

La Patria Anhelada

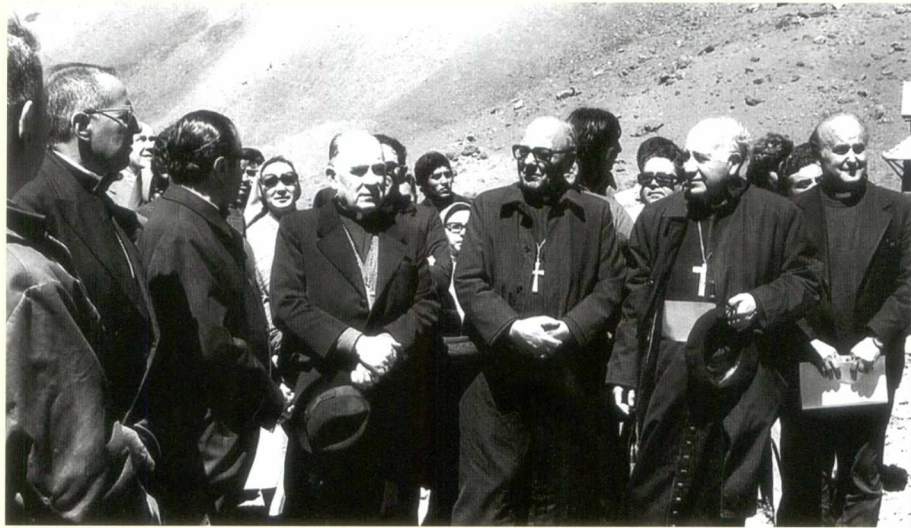


Cardenal Raúl Silva Henríquez en la senda del Bicentenario

Seis aproximaciones, veinticuatro entrevistados
y tres testimonios
acerca de "Mi Sueño de Chile"

Editado por Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez
-en el centenario de su natalicio-

Universidad Católica Silva Henríquez
Ediciones UCSH
y Editorial Salesiana EDEBE



Cita de documento de los Obispos de Chile “En Camino al Bicentenario”

“Construir la Patria es una tarea interesante, hermosa, desafiante, que a todos nos concierne, más aún si tenemos presente que en ella nos preparamos a vivir la Patria definitiva y plena que todos anhelamos. En este sentido pensamos que el Bicentenario de nuestra Independencia Nacional, puede ser ocasión de reencuentro con el Alma de Chile, en palabras consagradas por el recordado Cardenal Silva Henríquez, y de proyección de la mirada hacia el futuro con la Voluntad de refundar a Chile, a partir de la fecundidad de los valores que sustentan nuestra identidad nacional”.

“MI SUEÑO DE CHILE”

Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es 'imagen y semejanza' de la belleza y de la bondad de Dios. Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

Quiero que en mi país todos vivan con dignidad.

La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar, y a amarse entrañablemente.

Quiero un país donde reine la solidaridad.

Muchas veces ante las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos. Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia.

La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Quiero un país donde se pueda vivir el amor.

¡Esto es fundamental!

Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen.

La juventud es nuestra fuerza más hermosa.

Ellos tienen el derecho a ser amados. Y tienen la responsabilidad de aprender a amar de un modo limpio y abierto.

Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial eso se lo pido y ruego a las familias. ¡No abandonen a los jóvenes! Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo puedo decir: que vuelva su mirada hacia el Señor.

Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios.

He dedicado mi vida a esa tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan al Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por El y que lo amen con todo el corazón.

Quiero que mi patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo y esperanza trae para todos.

Este es mi sueño para Chile y creo que con la ayuda de María, ese sueño es posible convertirlo en realidad.

Cardenal Raúl Silva Henríquez

Santiago, 19 de noviembre de 1991

Lecciones de un Sueño

En el epílogo de sus Memorias, el Cardenal Raúl Silva Henríquez recuerda uno de los más famosos sueños del fundador de la Congregación Salesiana. En abril de 1886, de visita en Barcelona, Don Bosco tuvo la visión de un encuentro con un grupo de niños. Uno de ellos, una pastorcita, le pide que mire hacia el horizonte. Ve “montañas, mar, colinas, nuevamente montañas y mares”. Y un niño dice: “Yo leo Valparaíso”. Y otro: “Yo, Santiago”. “Santiago y Valparaíso”, acota un tercero.

El Cardenal explica que es probable que el santo tuviera fresca en su mente la petición de una generosa benefactora chileno-española, que quería que enviara salesianos a Talca. No era la primera vez que soñaba con Chile. Años antes ya había tenido una visión de Magallanes. Todo lo cual, concluye, “muestra, a una distancia de más de un siglo, cuán cerca ha estado Chile del corazón de Don Bosco”.

Don Bosco soñaba. En la historia de las religiones, los sueños ocupan un lugar destacado. No podemos soslayar el sueño de Jacob, en el primer libro de la Biblia, que se constituye en una instancia crucial para el destino del pueblo de Israel.

El Cardenal Raúl no era un “soñador” de esos que se forjan mundos imaginarios a partir de sus ilusiones. Fue un chileno de una fe sólida, siempre con los pies firmemente puestos en la tierra, capaz de juntar en un proyecto la solución de un problema con un cálculo realista de los costos involucrados.

Soñar, sin perder el cable a tierra, como se dice hoy, era una de las características de este gran hombre. Al que bien podría aplicársele el calificativo de “Cura bkn”, que registró con sentido periodístico Eliana Rozas en un grafitti de Don Bosco, mientras reportaba para uno de los capítulos de esta obra. Sergio Molina, ex ministro y colaborador cercano del Cardenal Silva, no salió a la calle, pero revivió sus experiencias junto al pastor. Pedro Morandé ofrece una visión poco habitual: cómo se inserta ese empeño del Cardenal en la defensa de los derechos humanos en la tradición de la Iglesia Católica. El arzobispo de Concepción, Monseñor Ricardo Ezzati, lo conoció de cerca como sacerdote salesiano y es uno de los responsables de la proyección de su obra. Lo mismo

que monseñor Cristián Precht, que tuvo un papel tan destacado en los años más duros y difíciles.

Pero, aunque pueda parecer sorprendente, como hace notar la historiadora Sol Serrano, la vida, las luchas, las polémicas y la entrega del Cardenal Raúl constituyen uno de los aportes fundamentales de la Iglesia Católica de Chile a la construcción del futuro de nuestra patria.

Este libro surgió como una contribución a la celebración de los cien años del Cardenal. Pero en definitiva debemos entenderlo como una mirada a lo que viene, en especial a ese gran hito histórico que es el bicentenario.

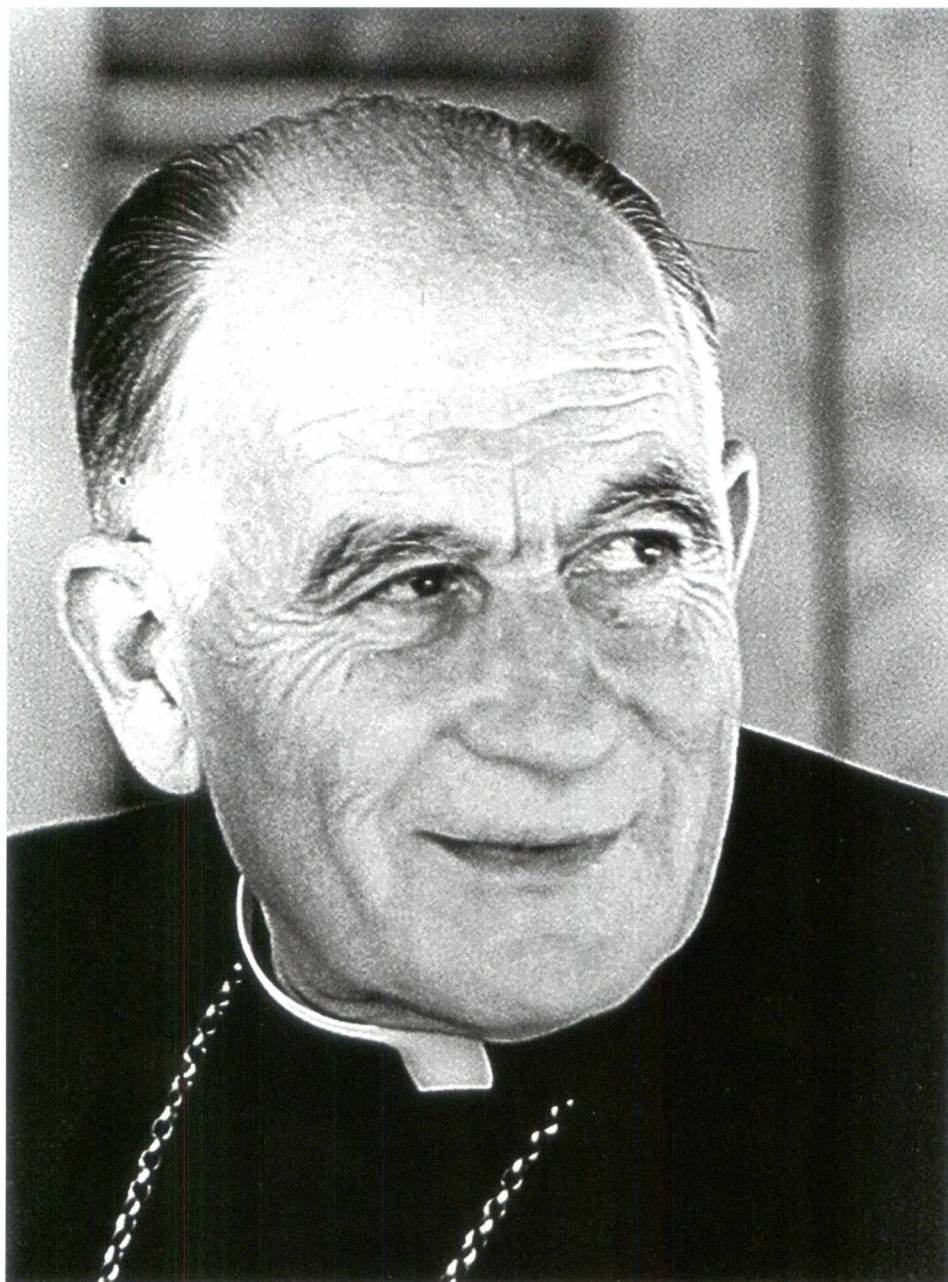
Ese es, desde luego, el objetivo que nos planteamos a lo largo de los meses de elaboración de esta obra. Pero, en su concreción, no están solamente los autores de los capítulos principales ya mencionados. Junto a ellos, a un grupo de entrevistados se les pidió que, además de sus vivencias y recuerdos, entregaran su interpretación del texto del sueño del cardenal y lo proyectaran hacia el futuro. Es un conjunto excepcional de chilenos, de muy diversos ámbitos, que accedieron a dar su testimonio y entregar su aporte.

Hay muchas coincidencias en lo que dicen, pero ninguna uniformidad... salvo en la admiración por este gran chileno que nos convocó y que, como pocos personajes de nuestra historia, no es un pétreo monumento al pasado, sino una presencia viva, que nos urge –como la caridad de Cristo- a tratar de construir un país mejor.

Es un sueño, pero no ilusión ni un espejismo.

Abraham Santibáñez
Director Editorial

TESTIGO Y ACTOR



Encarnó la relación entre la fe religiosa, la Iglesia católica y la sociedad secularizada.

SOL SERRANO PÉREZ

Historiadora. Académica
Universidad Católica.

“Los acontecimientos ya no corren sino que se agolpan” escribió en sus apuntes el Arzobispo de Santiago en 1871 desde la habitación en que presencié la ocupación de Roma que dejó al Papa Pío Nono enclaustrado en el Vaticano y que obligó a disolver el Concilio Vaticano I. Era el fin de los Estados Pontificios y del Papa como jefe de Estado territorial. Una larguísima tradición se desplomaba a la vista de Rafael Valentín Valdivieso, el primer Obispo de Santiago que visitó Roma en calidad de tal y por cierto el primero que participaba en un Concilio en la sede pontificia. América Latina era entonces casi desconocida para Roma y si bien su Iglesia había sido un actor fundamental de la monarquía hispana, no lo era en la Iglesia Universal.

Cien años después se nombró un nuevo Arzobispo de Santiago que sería una figura señera en el siguiente Concilio de la Iglesia Católica y posiblemente el único en su cargo que ha sido una figura latinoamericana y universal.

Esto importa poco desde la perspectiva de la misión de la Iglesia de estar en la historia pero no ser de la historia. El Cardenal Raúl Silva Henríquez vivió el mundo desde la Iglesia y hoy, al conmemorar el centenario de su nacimiento, es posible mirarlo a él y a su Iglesia desde el mundo. No es la perspectiva óptima para hacerle justicia, pero es necesaria para comprender su obra y su legado.

Si ha habido alguna autoridad eclesiástica en la historia de Chile a quien los hechos se le agolparon fue Silva Henríquez quien no solo vivió los momentos de cambio más profundos de la historia de Chile sino que fue uno de sus principales actores.

Desde una mirada histórica esto parece por lo menos paradójal.

La Iglesia Católica vivió muchas derrotas en el siglo XIX, aquellas que Pío Nono y Rafael Valentín Valdivieso intentaron afanosamente doblegar. Los estados nacionales modernos se transformaban en repúblicas o en monarquías constitucionales cuya legitimidad no sería más el derecho divino ni donde la Iglesia Católica sería la religión del Estado. No era solo un problema político. Se trataba nada más ni nada menos que de la secularización del estado, de la sociedad y finalmente de la cultura.

El liberalismo, el positivismo y más tarde el marxismo creyeron y a veces postularon que la religión se retiraría de la vida pública a la conciencia individual y que la Iglesia sería una institución del pasado, tan del pasado como lo era la Inquisición. Sin embargo la historia probó que la Iglesia no solo sobreviviría en la cultura moderna, sino que readecuaría su misión al tiempo histórico que vivía y en algunas experiencias, con resultados asombrosos.

La readecuación de la Iglesia a ese terremoto gigantesco que fue el desplome de las monarquías católicas iniciado con la Revolución Francesa es la que explica la paradoja de ser tal y donde es posible situar la obra de Raúl Silva Henríquez.

El camino seguido por las naciones católicas europeas y las latinoamericanas fue muy distinto. De hecho, si el catolicismo ha perdido fuerza cultural y social en Europa, en América Latina, por el contrario, ha demostrado su fortaleza. La Iglesia latinoamericana no solo no le temió a la modernidad: salió con fuerza a defender a sus víctimas y a defender su principal valor que es la democracia.

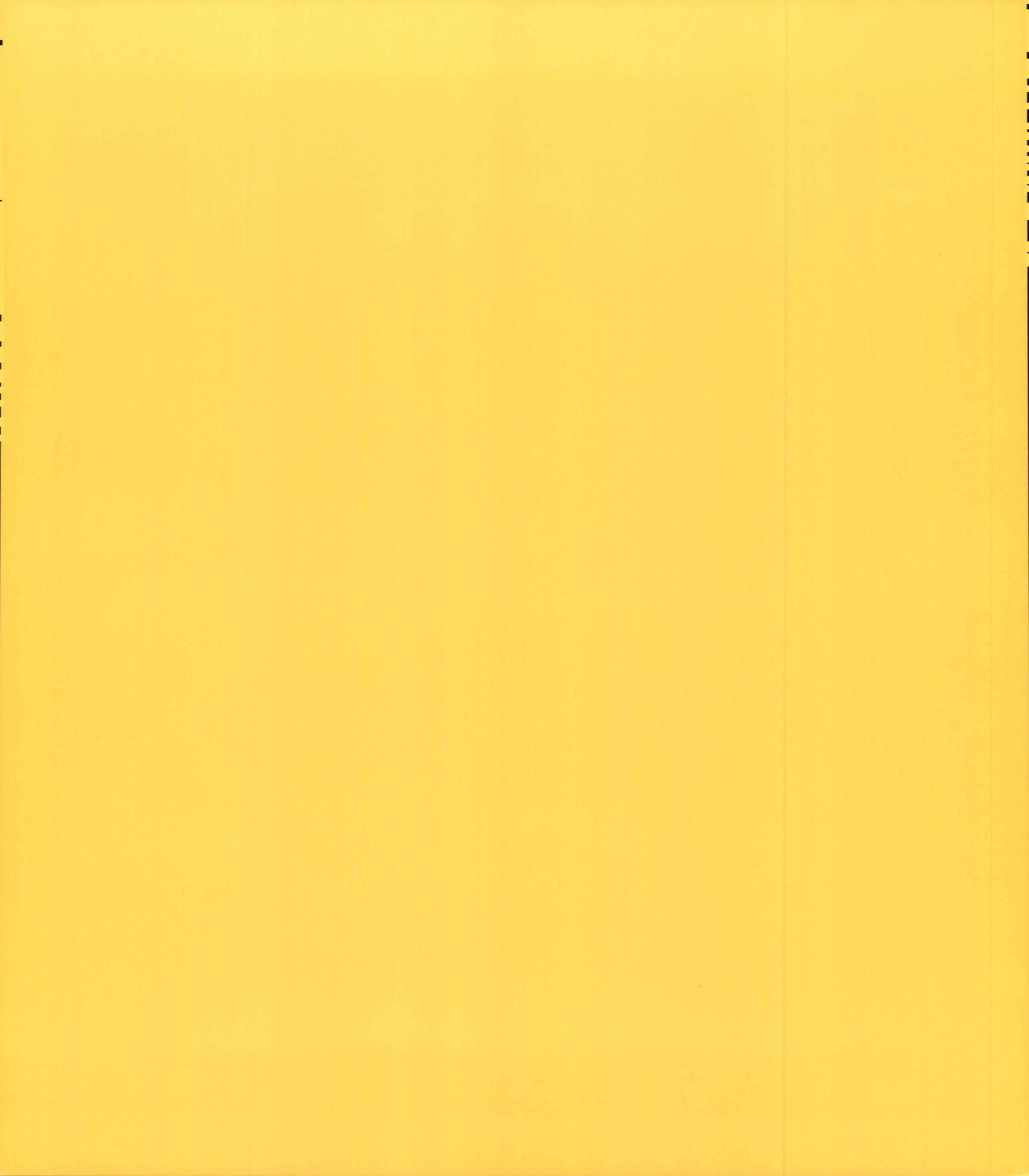
Sin embargo, no es su “obra” la principal obra del Cardenal. Su principal originalidad estuvo en la forma en que encarnó la relación entre la fe religiosa, la Iglesia Católica y la sociedad secularizada. Este libro da cuenta de ello en cada página, tanto en las que hablan de su vida cuando vivía como las que hablan de su legado.

Es importante en este momento de cambios tan profundos como los que ha vivido la sociedad chilena en las últimas décadas, volver a repasar los fundamentos de este vínculo. Resulta sorprendente que su propia figura no haya sido suficiente testimonio de la empobrecedora disputa entre una Iglesia de sacristía y una Iglesia como poder fáctico. Es incongruente aplaudir la labor eclesial en derechos humanos y oponerse a que defienda públicamente su moral sexual. Es incongruente criticar la defensa del Cardenal Silva de los derechos humanos y aplaudir la oposición de la Iglesia al aborto como si no provinieran de una misma matriz doctrinaria. Por ello es que resulta tan relevante definir el legado del Cardenal Silva en esa relación entre Iglesia Católica y cultura moderna. Por ello resulta tan relevante comprender el papel de la

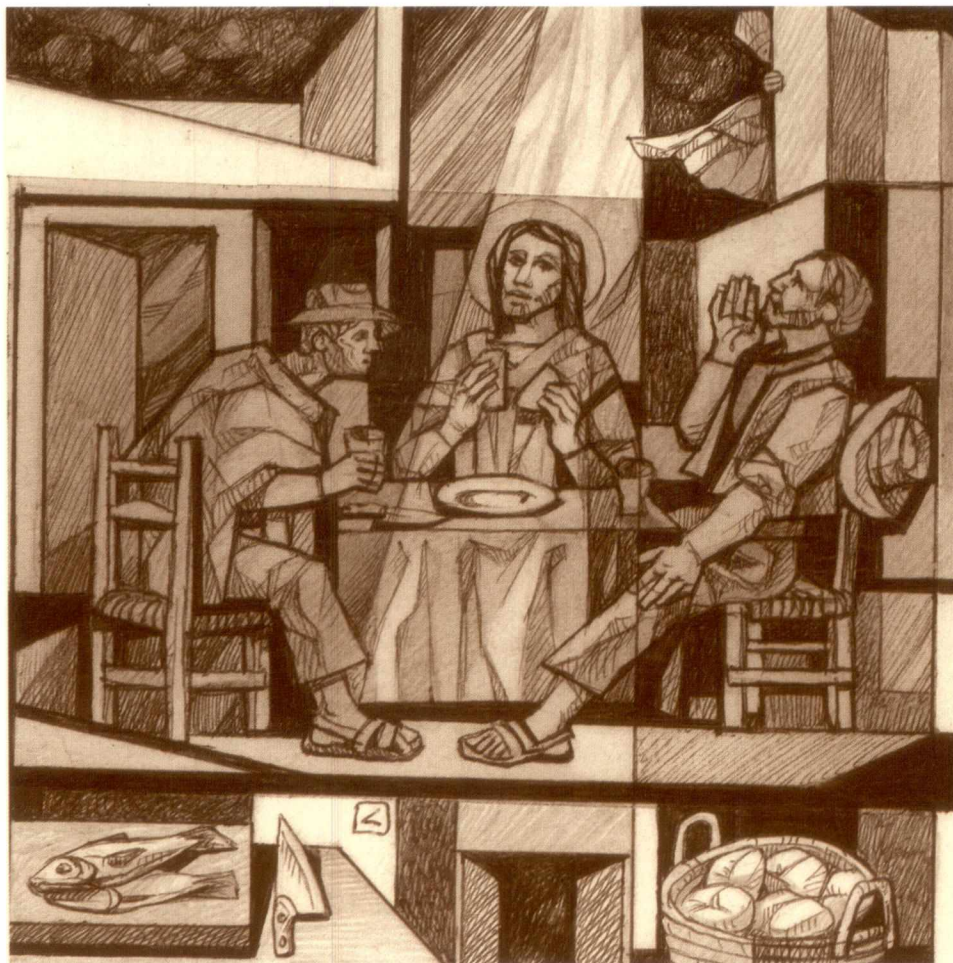
Iglesia en la sociedad chilena desde la perspectiva de su actuar en la sociedad civil.

Es posible que las categorías de laicismo y clericalismo propias de la secularización del siglo XIX sean categorías demasiado pobres para dar cuenta del papel de la religión en las sociedades contemporáneas y en el nuevo orden internacional.

El centenario del nacimiento del Cardenal Silva Henríquez se cumple en un momento en que muchos foros mundiales vuelven a analizar una relación para la cual es necesario construir nuevas categorías. La vida de Raúl Silva Henríquez, el Cardenal, es uno de los principales aportes de Chile y de la Iglesia chilena para ese futuro.

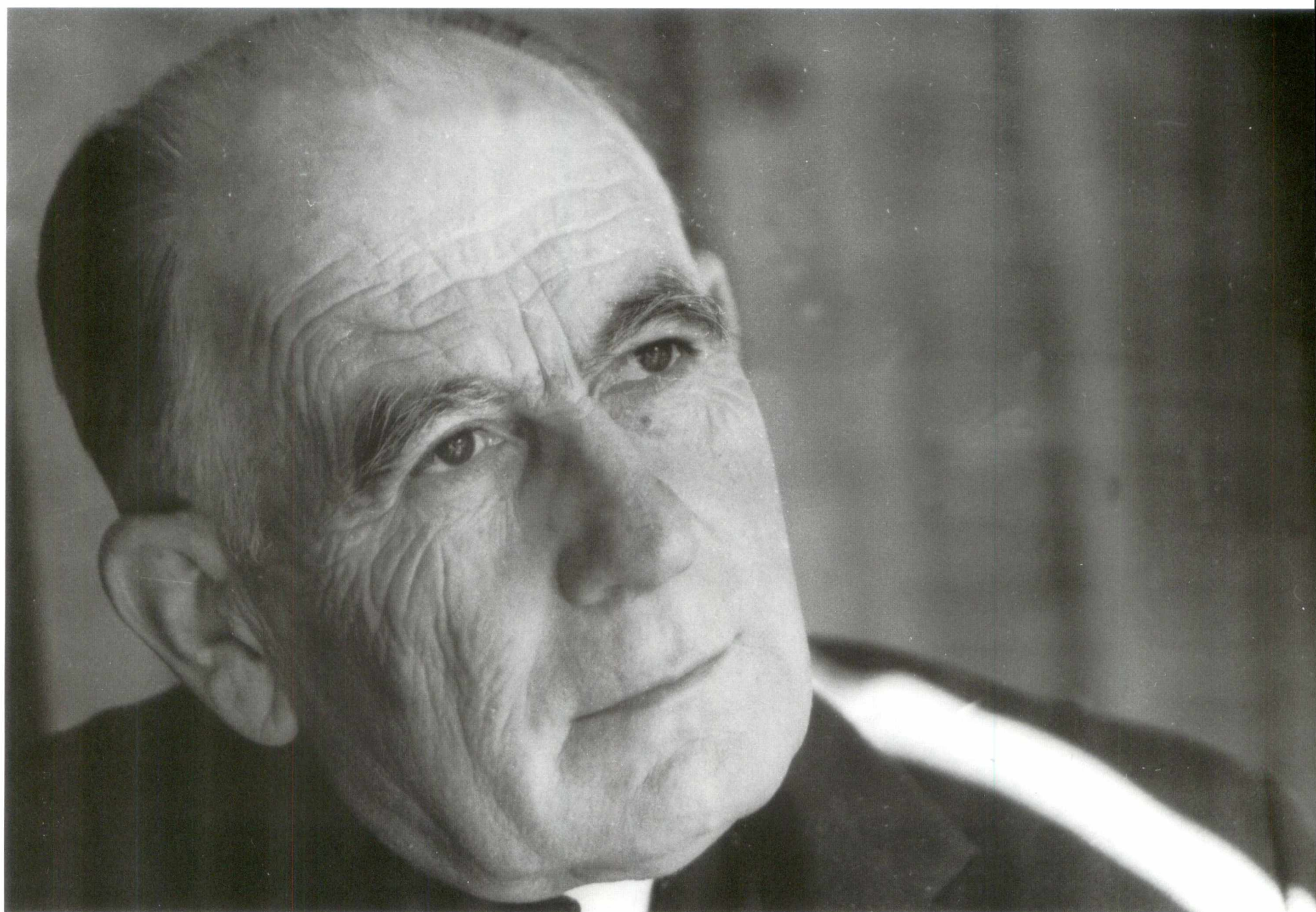


capítulo I



El Amor

**QUIERO UN PAÍS
DONDE SE PUEDA
VIVIR EL AMOR**



Una cosa que me enseñó don Bosco -diría en la homilía de sus bodas de oro de profesión religiosa- es el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos...

ELIANA ROZAS ORTÚZAR

Periodista.
Académica Universidad Católica.
Ex directora de Canal 13.

Aunque muchos lo recuerdan adusto (tiempos huracanados los suyos), seguro se habría reído de la ocurrencia de los “pequeños pillastres”, como alguna vez llamó a los niños.

Detrás de uno de los arcos de la estupenda cancha de fútbol del Liceo Manuel Arriarán Barros, donde la Gran Avenida cruza la comuna de La Cisterna, los muchachos llenaron el muro de grafittis, en medio de los cuales dibujaron a Don Bosco. La imagen del santo vuelve a aparecer en la puerta de una sala, encima de una leyenda que demuestra que quien fundara los salesianos en 1874 conmueve hoy a los usuarios de messenger: “Cura BKN”.

Se habría reído complacido el Cardenal Silva.

Dos retratos presiden el hall embaldosado del colegio: el suyo y el de San Juan Bosco, que lo conquistó por su carisma, marcado por el cariño a los niños. A través de los vidrios de la mampara y en medio de las camelias y azaleas que crecen a la sombra de un ceibo y de una palmera, se alcanza a ver una fuente en cuyo centro hay una imagen de María Auxiliadora.

Fue justamente en la Basílica que lleva como nombre esa advocación de la Virgen, en Roma, donde el 4 de julio de 1938 el joven talquino Raúl Silva fue ordenado sacerdote.

A su regreso a Chile, a fines de ese año, fue enviado a hacer clases al Instituto Teológico, donde se formaban los salesianos, que se ubicaba en el mismo lugar donde hoy estudian los mil quinientos alumnos del Manuel Arriarán. De hecho, las mismas salas altas de techo de tablas y piso de baldosas que hoy cobijan las salas de los inquietos estudiantes de séptimo y octavo fueron piezas de ese antiguo seminario.

Por ese entonces, estos eran los terrenos de una comuna naciente, todavía salpicada de potreros, con una fisonomía bien distinta de la que hoy ofrece la Gran Avenida, con la actividad constante de las ferreterías, los supermercados, los bancos, las pizzerías y las tiendas de repuestos que la flanquean y por la que ya hace tiempo corre subterráneamente una línea del Metro.

Cinco años después de su llegada al lugar, gracias a una donación, se terminó de construir el Liceo Manuel Arriarán Barros, contiguo al Instituto Teológico. A poco andar, fue nombrado rector del establecimiento, el primero de tantos encargos que recibió y cargos que asumió, con el inconfundible sello de su vocación salesiana y de esa particular cercanía que cultivó con niños y jóvenes en distintas etapas de su vida.

“Una cosa que me enseñó don Bosco –diría en la homilía de sus bodas de oro de profesión religiosa– es el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del padre. Dedicarme a ellos con tesón, con la generosidad, con la confianza y con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco. Fue para mi un bello ideal”.¹

Siendo rector tomó la decisión de construir, a continuación del liceo, el monumental templo de color rojo que hasta hoy es un inevitable punto de referencia en el sector. Hacerlo le exigió convencer a sus superiores de que era capaz de reunir los fondos que se necesitaban, para lo cual, entre otras cosas se convirtió en un pionero en la búsqueda de premios que después eran rifados. Esa sería la primera de muchas grandes obras y proyectos que abordaba con eso que para algunos era temeridad, pero que en realidad no respondía sino a una voluntad incombustible de hacerse cargo –y tomar la carga– de los problemas y dolores de las personas.

La inauguración del templo en 1950, lo encontró, sin embargo, en una nueva posición de servicio a los jóvenes. Dos años antes, su superior en la congregación le había encomendado la Dirección del Patrocinio de San José. Desde el principio se abocó a la instauración de una serie de reformas que impulsaran el modelo “preventivo” de educación, que ideara Don Bosco, y modificara lo que alguna vez definió como un sistema “carcelario”.

Participó en la organización de la FIDE, Federación de Institutos de Educación, formada a instancias del gobierno radical, para que hubiera un solo







interlocutor de los colegios católicos y se transformó en el primer director de Rumbos, la revista que la misma entidad comenzó a publicar.

En 1950 llegó a ser presidente de la FIDE Secundaria y asesor nacional de la Federación de Padres y Apoderados de Colegios Particulares (FEDAP), a la cual también se habían incorporado colegios particulares laicos.

Muy a su pesar, entusiasmado como estaba con sus funciones y con el desarrollo del proyecto escolar, en diciembre de ese mismo año debió dejar el cargo en el Patrocinio de San José porque se le encomendó la Rectoría del Instituto Teológico de La Cisterna, posición que ocupó por seis años, el máximo período posible, al cabo de los cuales lo esperaba un nuevo destino relacionado con los niños y los jóvenes. Esta vez, se trataba de la Dirección del Colegio de la Gratitude Nacional, sin que ello haya impedido que paralelamente ejerciera la presidencia de Caritas Chile, desde donde –nueva manifestación de sus desvelos por los más pequeños– encargó al padre Baldo Santi crear el Departamento de Colonias y Campamentos, para cuyo fin se recibió la donación de un terreno en el balneario de Pichidanguí y se dispuso la compra de una casa en San Alfonso, así como de buses para el traslado de los niños que de otro modo no podrían disfrutar de unos días de vacaciones. El padre Santi, quien lo conserva en su memoria siempre moviéndose y nunca sentado detrás de un escritorio, ha recordado que en el librito de cantos y juegos que Caritas publicó en 1962 para las colonias, el ya nombrado Arzobispo quiso escribir un breve texto dirigido a los chicos. Esas líneas, en que invitaba a cada niño a dejarse entusiasmar por el gran regalo de Dios que es la naturaleza, quiso firmarlas con un simple “Tu amigo, Raúl Silva Henríquez”.²

En los últimos meses de 1959 debió abandonar el tercer colegio que encabezó. El 29 de noviembre de ese año asumió como Obispo de Valparaíso y a partir de entonces el cariño y la preocupación por la niñez y la juventud tendrían que convivir con el sinnúmero de preocupaciones a que debe dar cabida el conductor de una diócesis, particularmente en medio de la complejidad de los tiempos que se avecinaban y que cambiarían tan radicalmente al país. Eso no significó, sin embargo, un abandono de la atención privilegiada que siem-





pre dedicó a los más jóvenes, sino tan solo una transformación en el modo de manifestarla. No sería sino hasta los días de su retiro que podría recuperar esa cercanía personal con los niños.

El dolor que duele

Y de nuevo María Auxiliadora. En su día, el 24 de mayo, esta vez de 1961, L'Osservatore Romano publicó el nombramiento como Arzobispo de Santiago. “Y en ese momento cayó sobre mis hombros la cruz ciertamente más pesada que he recibido”, dijo ante los salesianos cuando ya habían corrido las turbulentas aguas de las experiencias que en ese minuto eran impredecibles.³

Justo un mes después de la publicación en el órgano vaticano, tuvo lugar la solemne ceremonia de toma de posesión. No pasaría un año para que fuera creado Cardenal.

En los largos y tempestuosos años en que le correspondió estar a cargo de la Arquidiócesis, abordó, con obras, las grandes intuiciones de su particular carácter de pastor.

Difícil sería jerarquizarlas, pero no hay duda de que una de las más sobresalientes fue su preocupación por la “cuestión social” y, en particular, por los trabajadores. A su regreso a Chile luego del consistorio en que le fue impuesta la investidura cardenalicia, no dejó dudas sobre el punto: “Mi primer mensaje es este: tenemos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que le corresponde. Sólo con la justicia y con la verdad existe la grandeza de los pueblos”.⁴ Y para que las palabras no quedaran separadas de las acciones, dio cuenta de la voluntad de la Iglesia de iniciar una reforma agraria por medio del traspaso de las tierras de su propiedad a los campesinos, tarea para la cual contó con la ayuda del obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín.

Era la misma preocupación, que había manifestado en Caritas con la creación del Instituto de Viviendas Populares (Invica) y que luego lo haría empujar la creación del Banco del Desarrollo. La misma que en marzo de 1977 lo llevó a tomar la determinación de crear la Vicaría de la Pastoral Obrera, una iniciati-

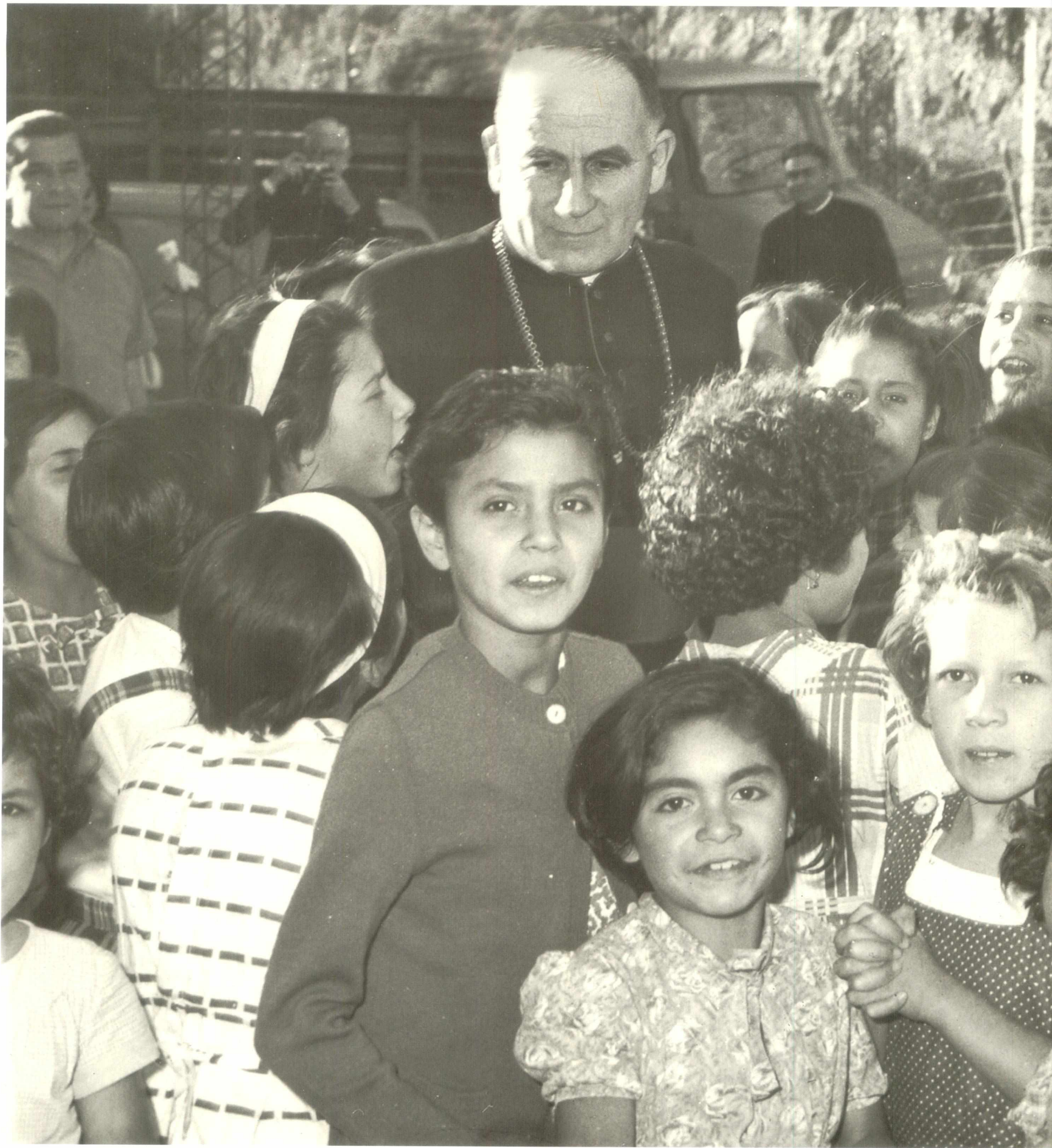
va pionera en América Latina, a cuyo cargo se nombró al padre Alfonso Baeza, quien había sido asesor del Movimiento Obrero de la Acción Católica. Era la decantación de un proceso que se había iniciado en los años inmediatamente anteriores, cuando cada vez más trabajadores se acercaban a la Vicaría de la Solidaridad, en cuyo seno se había creado una sección obrera. En parte, estaban motivados por el desempleo; en parte, por la falta de espacios de encuentro.

“El gran tema de la cuestión social es, justamente, el trabajo –dice el actual Vicario de la Pastoral Social y de los Trabajadores, Rodrigo Tupper, quien cultivó una gran cercanía con el Cardenal siendo seminarista–. En ese sentido, era muy razonable la intuición de don Raúl de poner la cuestión obrera en la Vicaría de la Solidaridad, que era en su momento la gran vicaría social”.

La relevancia y especificidad que fue adquiriendo, condujo, sin embargo, a adoptar la decisión de desgajarla y a centrar sus esfuerzos en la formación. Así, en enero de 1978, ochenta sindicalistas asistieron a la primera escuela de verano, en Punta de Tralca, que en los años siguientes vería más que duplicar su número.

El Cardenal explicó en sus memorias el diagnóstico que condujo a esta determinación: “En primer lugar, a mi modo de ver no teníamos a los obreros; ellos no sentían que la Iglesia los acompañara en sus aspiraciones, no pensaban en ella como parte de su vida normal. En segundo lugar, la experiencia de formar gente, con todos sus buenos resultados, se mostraba insuficiente; siguiendo al Concilio, nuestra tarea debía ser la de meternos en ese mundo y no esperar que él llegara hasta nosotros. En tercer lugar, bajo las condiciones impuestas por el régimen militar, a menudo tan duras para los trabajadores, la Iglesia tenía la oportunidad de constituirse en un lugar de encuentro, un hogar”.⁵

Era obvio que su sensibilidad lo hacía mirar integralmente las preocupaciones de los trabajadores, incluyendo de un modo muy claro sus condiciones materiales de vida: “Yo le tengo un cariño especial a los trabajadores, a los obreros. Les tengo un cariño especial porque son muy nobles, porque tienen grandes virtudes, porque los he conocido tratándolos a ellos y siempre, siempre me







han conquistado por su delicadeza, por su gratitud... No pueden vivir en un estado de miseria. No pueden vivir en un estado de inseguridad total en que no puedan educar a sus hijos, que no tengan casas donde cobijarse... ¡No puede ser! (...) Eso me hiere, me duele”.⁶

Volviendo sobre esas mismas palabras, el padre Rodrigo Tupper advierte que parte de las situaciones que causaban dolor al Cardenal ofrecen hoy mejores perspectivas, aun cuando no siempre son satisfactorias, y que también han surgido nuevos desafíos: “Hay más empleo, pero con un nivel de endeudamiento que es preocupante. Hay más soluciones habitacionales, pero a veces son miserables. Ahora también están la angustia, la depresión y sobre todo el nuevo tema de la segregación de los pobres, que es una verdadera dinamita en nuestro país”.

En medio de esos cambios, la cabeza de la Vicaría de la Pastoral Social y de los Trabajadores, creada después del Sínodo de 1998, en reemplazo de la de Pastoral Obrera, asegura que el legado de Monseñor Silva se mantiene en lo fundamental: “Su intuición, que consistía en estar atentos a los problemas de las personas de nuestro tiempo tiene su base en el misterio de la encarnación. Respondemos a un Maestro que se hizo solidariamente uno de nosotros”.

Universidad y servicio

La atención constante a las condiciones de vida de los chilenos se integraba, con la mayor de las coherencias, con la vocación salesiana de educador de jóvenes. Su visión del rol que la universidad cumple en el país no hace sino demostrarlo y es un ejemplo más de la fascinación que le inspiraba el objetivo de su fundador, la formación de “buenos cristianos y buenos ciudadanos”.

Esa impronta es clara en las iniciativas que desarrolló en el ámbito universitario, pero nunca fue manifestada con tanta claridad como en la exposición que en calidad de Gran Canciller hiciera al Claustro Pleno de la Universidad Católica, el 3 de mayo de 1971, tres años antes de que en medio de las tensiones con la rectoría del almirante (R) Jorge Swett, suspendiera el ejercicio de su cargo, en lo que calificó como uno de los momentos “más ingratos” de su vida.



En esa oportunidad expresó su convicción de que una universidad, cualquiera sea su identidad, no puede prescindir del desarrollo histórico del país en que se inserta y de que las necesidades del pueblo al que sirve la condicionan y la orientan. Así, sostuvo, opera como conciencia, no atemporal, sino con perspectiva amplia y de lo concreto. De lo contrario, afirmó, en vez de iluminar los problemas de la sociedad, termina siendo víctima de ellos.

En la sociedad chilena de los '70 no se respiraba, a su juicio, un ambiente de humanismo genuino, sino que primaba una mentalidad economicista, donde se medía al hombre por lo que produce y donde se privilegiaban los valores y las relaciones económicas. Muchos de los problemas están mal planteados, sostuvo, y presentados en una perspectiva limitada, por lo que la universidad debe contribuir críticamente a la superación de ese reduccionismo.

“En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales –afirmó–, la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueva a la Universidad –repetiendo la actitud de nuestro Dios– a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y solidaridad”.⁷

Era ésa la impronta que infundiría luego, ya retirado, al Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, hoy convertido en Universidad Católica Silva Henríquez. Formado originalmente como instituto comercial por las hermanas de la Congregación Casa de María, Madre de Misericordia, comenzó a tener una proyección tal, que obligó a traspasarlo a la Conferencia Episcopal. Fue él mismo quien en 1985 persuadió a los obispos para que aprobaran sus estatutos.

Orientada fundamentalmente a la formación de profesores –aunque también imparte Sociología, Derecho, Psicología y Trabajo Social- la Universidad se inspira en el modelo de pedagogía salesiana:

“El cardenal anhelaba que este centro de formación superior fuera la voz de la caridad, la voz del amor de Dios, que se hiciera escuchar más allá de que se hablara o no de Jesucristo, más allá de que se pudiera llevar adelante desde

el comienzo un proyecto de educación superior marcado por el evangelio de Cristo y acogido por todos. El Cardenal quería que el gesto del amor se hiciera visible”, dice Mons. Ezzati.⁸

“No quería un trabajo en educación demasiado técnico –agregan los investigadores Hansen y Albucco– demasiado teórico, academicista, sino algo cercano a la vida, especialmente hacia el trabajo en los sectores populares. Es un reflejo de la inquietud que había dejado la desaparición de las escuelas normales, una inquietud acerca de los sectores pobres”.⁹

“Háganse constructores del Reino”

Junto con constituirse en otro camino para encauzar sus preocupaciones sociales, el cultivo de la vocación universitaria, fue ciertamente una muestra de su salesiana predilección por la juventud. En cierto modo, como reconociera en una homilía a su congregación, en la Catedral de Punta Arenas, sintió que cuando fue ordenado Obispo, el Santo Padre lo “jubiló como salesiano”¹⁰, al menos durante un período.

Efectivamente, al asumir, primero en Valparaíso y luego en Santiago, dejó atrás el trabajo más directo con niños y jóvenes, particularmente como educador. Pero no cabe duda de que ellos siguieron ocupando un importantísimo espacio en su mente y en su corazón.

Así, en 1976 los vicarios para la pastoral juvenil, Miguel Ortega, y para la pastoral universitaria, Cristián Caro, tomaron la iniciativa de organizar una Semana Juvenil que se cerró con el festival Una Canción para Jesús, que repletó el teatro Caupolicán y que recibió en su primera versión casi 200 composiciones. La semana siguió desarrollándose en los años siguientes y el Cardenal asistió en reiteradas oportunidades al festival con que culminaba. Las fotos de la época dan cuenta de la evidente alegría con que dirigía su saludo a los asistentes, tocado por el genuino entusiasmo juvenil.

Una cercanía todavía mayor parece haberse propuesto cultivar con los jóvenes que se preparaban para el sacerdocio. El padre Rodrigo Tupper recuerda que,

aun siendo Arzobispo, iba todas las semanas al Seminario y que era éste el destino de su primera visita luego de sus viajes. También, que en muchas ocasiones respondiendo rápidamente a un llamado suyo, lo recibía a comer en su casa junto a un grupo de seminaristas que, como él, cursaba tan sólo el primer año: “Era totalmente papá, no un profesor. Era amoroso, cordial y campechano. Antes que hablarnos mucho, prefería preguntarnos y oírnos”.

La historia quiso que una de sus últimas grandes acciones pastorales en la Arquidiócesis de Santiago estuviera vinculada con la juventud. En 1981, luego de un trabajo indagatorio acerca de la situación de los jóvenes, los vicarios advirtieron rasgos de la aparición de una nueva cultura entre ellos. La Conferencia Episcopal acogió el diagnóstico del estudio y resolvió, en sus Orientaciones Pastorales 1982-1985, impulsar una misión destinada a ellos. En Santiago, su organización fue encomendada a Monseñor Manuel Camilo Vial y fue el propio Cardenal quien la convocó en una misa en el Santuario de la Virgen del cerro San Cristóbal.

En el contexto de la Misión, a comienzos de 1982, en una acción que Monseñor Cristián Precht, quien fuera el primer Vicario de la Solidaridad, considera hoy sobresaliente por lo innovadora (“es el primer obispo que conozco que destina un documento de este tipo a los jóvenes”), dirigió una Carta Pastoral a la Juventud de Santiago, bajo el título “Ven y sígueme”.

“Hijos míos –les encomendó en el texto–: No rehuyan el llamado del Maestro a caminar con El. No pregunten por qué ni adónde los llama. Corran con El la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay fuera de El, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan por ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma”.¹¹

La Paz -ustedes lo saben- es obra y fruto de la Justicia, corona de la Libertad, don precioso del Amor... esa paz es fruto del Espíritu de Dios

“No tengo palabras para describir la hondura que la misión joven alcanzó en todas partes —expuso en sus memorias—, ni la alegría que me producía saber que este precioso trabajo sería el último que dirigiría como Arzobispo. Me emociona aún recordar el fervor y la pasión con que los jóvenes respondieron a nuestro llamado, movilizados en decenas de miles, desde las modestas comunidades de base creadas en el corazón de la pobreza hasta las fuertes agrupaciones de universitarios, estos muchachos eran la savia de que se nutriría, ahora y en el ancho futuro, el mensaje de Cristo en Chile”.¹²

No solía el Cardenal utilizar un lenguaje admonitorio hacia los jóvenes, ni enrostrarles defectos o tibiezas. Más bien, se mostraba esperanzado en la potencia transformadora de sus capacidades. Y no pocas veces pareció, a través de sus palabras, sentirse en deuda o fuertemente interpelado por ellos: “Percibía que la juventud pasaba por un momento difícil. Era sensible a la agitación juvenil por los derechos humanos y a su necesidad de vivir en democracia”, dice hoy Monseñor Precht. No duda en definirlo como un “defensor de los derechos de los jóvenes”, en lo que a su juicio se cruzan muy obviamente su vocación salesiana, pero también su impronta jurídica. El abogado que había en él —asegura— se manifiesta en eso y también en el primado del derecho que reconoce en el alma de Chile. Confiado en su genuina búsqueda de cosas grandes, varias veces interpeló a los jóvenes y se hizo acompañar de ellos, cuando acometió alguno de sus propósitos de marca mayor.

Con la misma seguridad que mostró en “Ven y Sígueme” para declarar que sabrían “reconocer a Jesús en medio de su pueblo” y tendrían la fuerza de “subir a la montaña para escucharlo”, algunos años antes quiso dirigirse a ellos a los pies del Cristo Redentor, en la montaña real, la que separa-une a Chile y Argentina.

“En ustedes se encarna la vida que nace, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe victoriosa. Ustedes sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación al amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir (...) La paz que ustedes quieren afianzar no es el equilibrio inestable, basado en la equiparidad



de armamentos o en la abstención momentánea de hostilidades. Ustedes no quieren esa paz precaria, en que la noche y el día se transforman en vigilia armada (...) La Paz –ustedes lo saben– es obra y fruto de la Justicia, corona de la Libertad, don precioso del Amor (...) Esa paz es fruto del espíritu de Dios. Es la paz que sólo Cristo puede dar. Y es ese mismo Espíritu de Cristo el que los ha impulsado a ustedes a encontrarse para orar, implorando, con la irresistible fuerza de la unidad, el don de la paz”.¹³

Era el 8 de octubre, en la primavera sombría de 1978, cuando la guerra entre Chile y Argentina parecía ser, aquí y allá, simplemente una cuestión de tiempo.

La súplica por la paz

Desde que en enero de ese año el gobierno argentino declarara “insanablemente nulo” el laudo arbitral británico, las relaciones entre ambos países parecían discurrir por una fatal pendiente de desencuentros. Frente a ello, la Iglesia chilena comenzó a considerar la posibilidad de que el Vaticano interviniera de algún modo –sin que a esas alturas se vislumbrara la figura precisa de la mediación– para conjurar el riesgo de un conflicto. Las tensiones tendieron a disminuir durante el primer semestre de 1978, luego de dos reuniones que los entonces presidentes de ambos países, los generales Jorge Rafael Videla y Augusto Pinochet, sostuvieran en Mendoza y Puerto Montt. Pero el panorama volvió a oscurecerse con el correr de agosto.

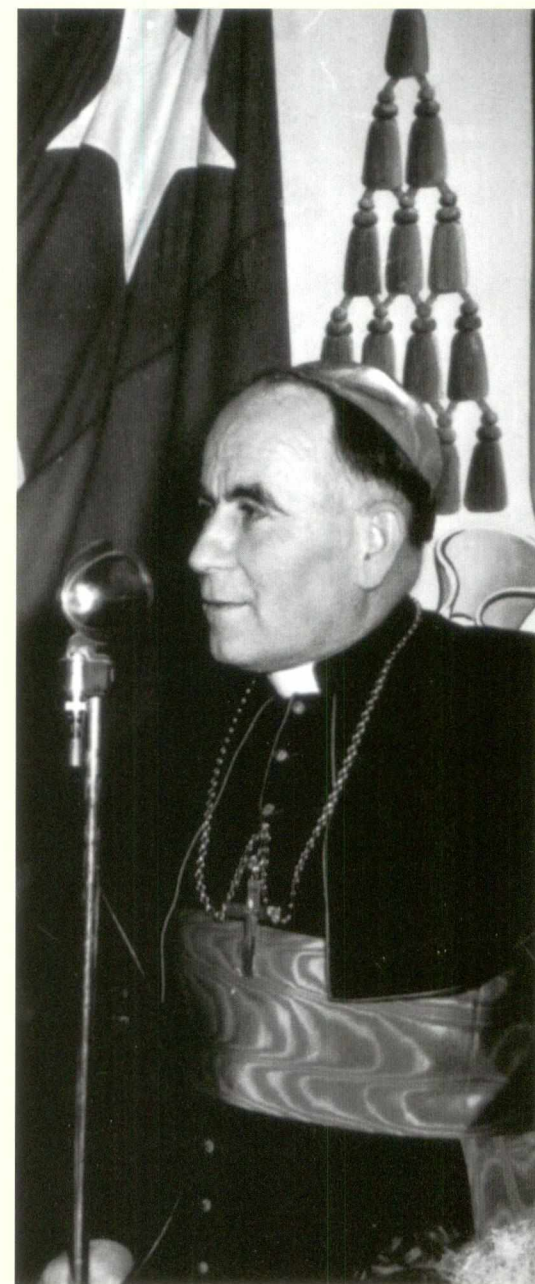
Convencido del rol que la Iglesia debía jugar en apaciguar los ánimos y en detener el galopante clima de hostilidad, el Cardenal aprovechó la convocatoria al cónclave que debía elegir al sucesor de Pablo VI para buscar un acercamiento con los obispos argentinos, con quienes, reconoce en sus memorias “nos conocíamos poco y mal. Era un defecto que compartíamos”¹⁴. Por eso, estando ya en el Vaticano, y valiéndose de la circunstancia de que su secretario Luis Eugenio Silva lo había conocido en los años 70, se acercó al Cardenal Raúl Francisco Primatesta, Arzobispo de Córdoba, lo que luego le permitió contactarse también con el Cardenal Juan Carlos Aramburu, de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

Redactaron una carta conjunta y fue el propio Cardenal el que la llevó a la Casa Pontificia y solicitó una audiencia que, sin embargo, dada la recarga del recién elegido Juan Pablo I, no podía ser concedida hasta 15 días después. Albino Luciani, el nuevo Papa, lo había conmovido profundamente. “Su aparición sobre la plaza de San Pedro, con esa sonrisa luminosa, que inmediatamente lo hizo popular, nos estremeció a todos: era un verdadero y santo padre, como queríamos y pedíamos”, narra en sus memorias.¹⁵

Con esa percepción de la paternidad del Pontífice y convencido de la urgencia del tema, ante la imposibilidad de prorrogar más su estancia en Roma, tomó una decisión que sorprendió hasta a sus más cercanos. Abordaría el problema de las tensiones entre ambos países en la ceremonia en que los cardenales deben prestar obediencia, un gesto protocolarmente impensable. Así, el 3 de septiembre, en una Plaza San Pedro repleta de gente, de rodillas y hablando velozmente en italiano, frente a secretarios inquietos y a prelados que extrañados se preguntaban qué conversaban el nuevo Papa y el Cardenal chileno, puso al Santo Padre al corriente de la situación. Algo sorprendido, pero con una atención que testimonian las fotos, Juan Pablo I le encomendó que a la brevedad le hiciera llegar el documento. “La paz bien valía una impertinencia”¹⁶, diría después el Cardenal.

En esa sorprendente determinación estrictamente personal, Monseñor Cristián Precht, que tan bien lo conoció, advierte el cruce de dos amores. La inminencia de una guerra, dice, hirió su cariño a la patria (“patria” era una palabra que usaba con frecuencia), sus genuinos lazos con Chile, construidos desde la infancia en el campo talquino, pero también tocó su corazón salesiano: las tropas se movían hacia ese Magallanes que tanto significaba para su congregación y que había sido el escenario de un profético sueño de Don Bosco.

El Te Deum del 18 de septiembre de 1978, fue la ocasión en que hizo el más ferviente llamado a la paz, mezclado con una especie de incontenible rebeldía frente a la posibilidad de un conflicto. Sus palabras de entonces llevaron el elocuente título de “las armas de la paz” parafraseando el texto de la Carta de San Pablo a los Efesios: “Como cinturón, la verdad; por coraza, la justicia y el



amor; como escudo, la fe; como casco, la esperanza; por espadas, el espíritu, que es la Palabra de Dios; y por calzado, el celo en propagar el Evangelio de la Paz”.¹⁷

“Inseguridad y angustia han pasado a ser las notas dominantes de la convivencia humana –afirmó–. Cuando el hombre parecía más cerca que nunca de disfrutar tranquilo los bienes del progreso tecnológico, se acumulan más que nunca las tensiones, las contiendas de supremacía, la amenaza vil del terrorismo, el espectro de la guerra. En todos los continentes y bajo los más diversos regímenes el hombre se pregunta, desolado, si su destino será yacer sacrificado a intereses estratégicos, económicos o ideológicos que no alcanzan a sumar, todos juntos, el valor de una vida humana”.¹⁸

Al preguntarse cuáles son las armas de la paz, inquiría si es segura una aquella que está fundada en armamentos preventivos, en el terror de la conflagración, en la resignación frente al atropello, en la organización egoísta del mundo económico. Y rápidamente se respondía que “hay que hacer más”; que ningún esfuerzo pacificador es duradero si no se basa en la mutua concordia, en el diálogo paciente y en la negociación justa y leal.

La paz, que definió como “la pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas”, no es sinónimo, afirmó, de ausencia de guerra, sino que supone la construcción de un orden querido por Dios, que “comporta una justicia más perfecta entre los hombres”.

Al constatar una comunidad cultural, construida desde los vínculos que nacen en la gesta de la independencia y, sobre todo, desde las creencias compartidas, sostuvo que Chile y Argentina están llamados a vivir una historia solidaria: “Entre hombres y pueblos hermanados por la misma fe en Cristo la paz tiene que ser posible; la paz es un deber”.¹⁹

Era una homilía con carácter de urgente. Con el tono que utiliza aquel que tiene clara conciencia de un peligro, pero que también confía en la promesa del Señor, esa con que ese día concluyó sus palabras: “Yo les aseguro que lo que pidan al Padre en mi nombre El lo concederá. Pidan y recibirán, para que la

*Los veo correr hacia mí cada viernes,
como un tropel -son cien- y cada domingo
siento una tibia tristeza cuando se despiden
con esas manos inocentes y pobres y cariñosas.*

alegría de ustedes sea colmada. Y les digo estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”.²⁰

Era, en definitiva, una homilía que contenía un clamor esperanzado, pero clamor al fin.

El 20 de septiembre, siete días después de que los comités permanentes de los episcopados de Chile y Argentina se hubiesen reunido en Mendoza para emitir una declaración conjunta, se recibió la carta de Juan Pablo I que, sin tener un carácter diplomático, indirectamente hacía ver que el Vaticano estaba muy atento a los movimientos de ambos países. La buena noticia que contenía la comunicación debía darse a conocer el 29 de septiembre, pero fue arrasada por otra: ese día fue encontrado muerto el Papa recién elegido.

El cónclave en que fue elegido Juan Pablo II fue ocasión para que se volviera a reunir con los cardenales argentinos. La experiencia del encuentro con los jóvenes en el acto de oración por la paz, al que habían convocado las conferencias episcopales poco antes en el Cristo Redentor, así como los ecos que tuvo, los impulsó a insistir con su petición frente a Juan Pablo II. Le enviaron una nota el 19 de octubre, cuya respuesta llegó el 25 de noviembre. En ella se informaba que la Secretaría de Estado tomaría contacto con los embajadores de ambos países para manifestarles la preocupación del Papa y que instruiría a los respectivos nuncios para que llevaran el mismo mensaje a las cancillerías.

La tensión, sin embargo, había seguido aumentando y casi simultáneamente con la reunión en que el propio Secretario de Estado Vaticano, Agostino Casaroli, se reunió con los embajadores de ambos países para informarles que el Papa estaría deseoso de enviar una misión de paz, en el extremo austral, la noche del 21 de diciembre de 1978, buques de ambas armadas estuvieron, como se sabe, a punto de iniciar el conflicto. El Cardenal recuerda en sus memorias que Monseñor Samoré solía relatar que una tormenta, en la que él intuía la acción del Espíritu Santo, les había impedido verse en la oscuridad.²¹

Fue justo después de la Navidad de ese año, cuando por encargo de Juan Pablo II el Cardenal Antonio Samoré, reconocido y diligente diplomático vaticano,

inició las maratónicas conversaciones en Chile y en Argentina que serían una constante en los años siguientes, hasta el mismo día de su muerte, en febrero de 1983. Sus más cercanos colaboradores, Monseñor Faustino Sáinz y el padre Fiorello Cavalli, terminaron el proceso de mediación, que culminó el 2 de mayo de 1985 con la firma del tratado de paz y amistad entre ambos países.

En esos años en que la convivencia entre los chilenos parecía ser un territorio habitado por la desconfianza y la discordia, este episodio fue percibido por el Cardenal como “el primer momento de verdadera unidad nacional”.²²

El general Pinochet, poco después de firmarse el acuerdo que daría inicio al proceso de mediación, le hizo llegar una carta de agradecimiento por sus gestiones a favor de la paz. A partir de entonces, el Cardenal, que había tenido una intervención tan decisiva y visionaria, se retiró y dejó a diplomáticos, juristas y mediadores vaticanos el espacio donde se construiría la paz. Fue, pues, una nueva ocasión en la que mostró lo que Monseñor Precht recuerda como uno de los rasgos más sobresalientes de su carácter: esa capacidad que le permitía “irse para adentro”, abordar los problemas con prudente reflexión pero, al mismo tiempo, cuando era necesario, enfrentarlos con una decisión y fuerza inusitadas.

En los últimos años, el padre

“Partió siendo un profesor y terminó siendo un padre; es como si con los años hubiera soltado su paternidad”, afirma el mismo Monseñor Precht. Ese juicio, con el que coincide el padre Rodrigo Tupper, se manifiesta claramente en la recuperación de la cercanía con los niños, sobre todo después de su retiro.

La cultivó en las parroquias de Ñuñoa y de Nuestra Señora del Carmen, donde ejerció como vicario cooperador; en el Seminario Menor donde, siendo director el padre Miguel Ortega, dictaba clases semanalmente; en el colegio San Gaspar, como director espiritual. Pero, sobre todo, la experimentó semana a semana con los niños de las Aldeas SOS.

Sintiéndose algo alejado de la más honda vocación salesiana y también agui-

joneado por la necesidad de echar una mano a los niños abandonados, durante 1970 tuvo oportunidad de conocer en Concepción una aldea SOS, organizada a partir de la idea del doctor austríaco Herman Gmeiner, quien para atender a los huérfanos que dejó la Segunda Guerra Mundial, concibió la idea de que podrían vivir en pequeños grupos en una casa, al cuidado de una tutora que hacía las veces de una madre. En 1979, luego de un contacto directo con su creador, el Cardenal vio en pie la aldea SOS de Punta de Tralca, a la que siguió otra en La Pintana y una aldea juvenil en Santiago.

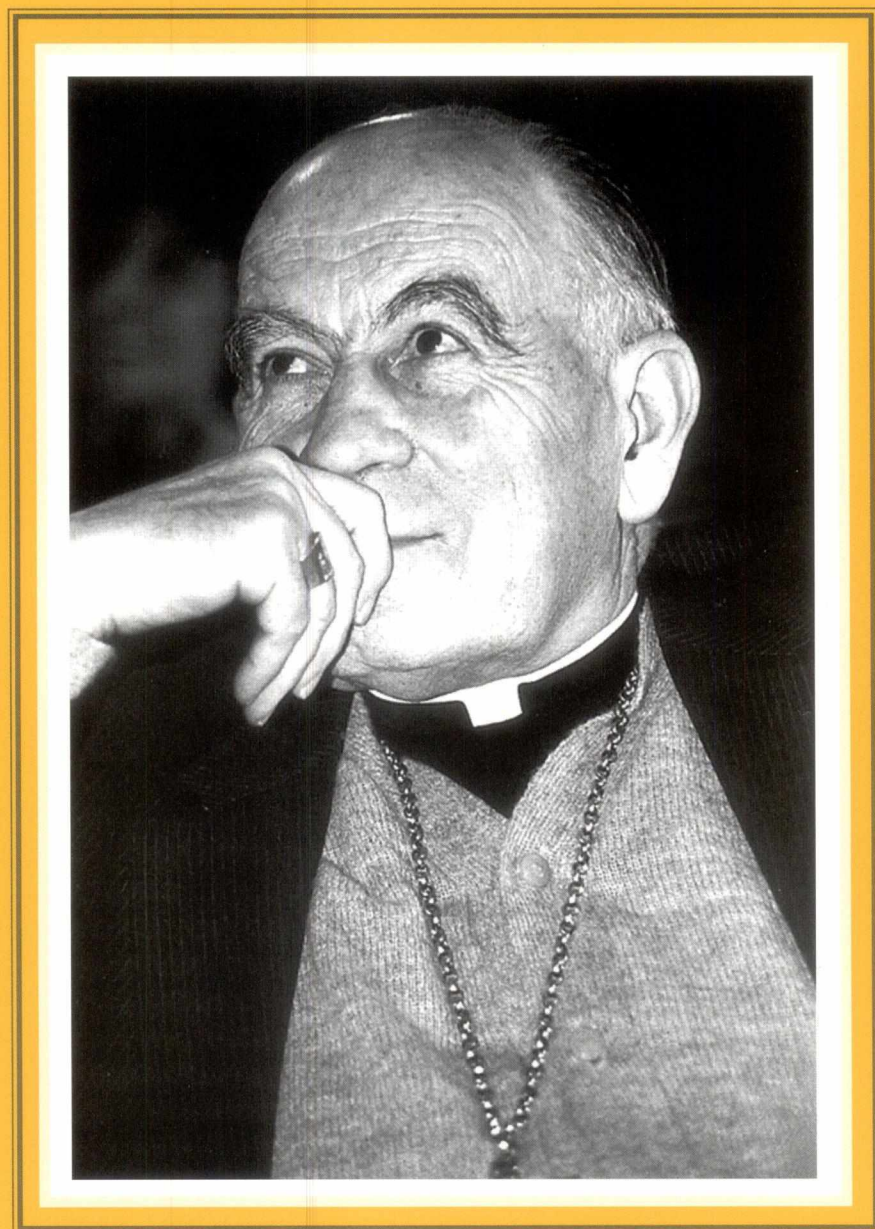
“En estos años las aldeas SOS han sido mi remanso, el lugar de mi dicha más profunda –sostuvo en sus memorias–. Cada fin de semana he vivido con la ilusión de ir a confesar a esos pequeños pillastres que me llaman tío y que me llenan el corazón de calor. Los veo correr hacia mí cada viernes, como un tropel –son cien– y cada domingo siento una tibia tristeza cuando se despiden con esas manos inocentes y pobres y cariñosas. Sesenta años se me quitan cada viernes; ochenta y tantos se me vienen encima cada domingo”.

“Sé que me quieren con ese afecto público e incondicional de los niños. Yo los quiero de otra manera, quizás sin inocencia, quizás más íntimamente: ellos me recuerdan a cada momento al Señor, a la razón por la cual he vivido y he querido servir”.²³

En los niños hallaba lo más propio de su vocación.

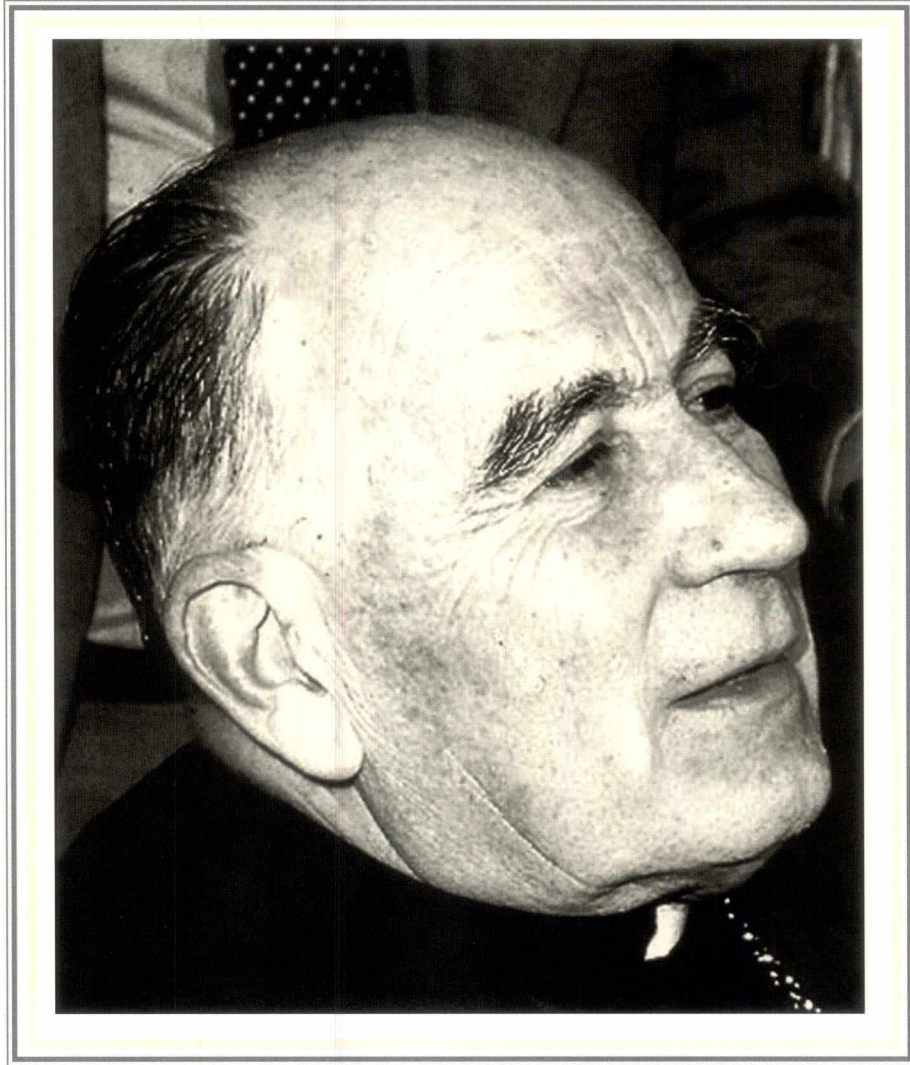
A través de ellos vio surgir, primero, al formador que llevaba dentro y luego, al padre.

Pero, sobre todo, con ellos experimentó, según él mismo declarara “la encarnación, en la pequeñez, de la grandeza del Señor”.



Notas

1. / Silva Henríquez, Raúl: "Don Bosco me ha conquistado". Homilía en sus Bodas de oro de profesión religiosa en la Congregación salesiana. Catedral de Punta Arenas. 2 de febrero 1981.
2. / Blanco, Mónica y Santibáñez, Abraham: "Caritas Christi Urget Nos". Fundación cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago, 1997. Pág. 67.
3. / Silva Henríquez, Raúl: "Don Bosco me ha conquistado". Homilía en sus Bodas de oro de profesión religiosa en la Congregación salesiana. Catedral de Punta Arenas. 2 de febrero 1981.
4. / Blanco, Mónica y Santibáñez, Abraham: Op. cit. Pág. 25.
5. / Cavallo, Ascanio: "Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez". Ediciones Copygraph. Santiago, 1994. Tomo III. Pág. 108.
6. / Baeza, Alfonso en Blanco, Mónica y Santibáñez, Abraham: Op. Cit. Pág. 84.
7. / Silva Henríquez, Raúl: "El cristianismo ante la tarea universitaria". Exposición ante el claustro pleno de la Pontificia Universidad Católica de Chile. CPU. Santiago, 1971. Pág. 22.
8. / Mons. Ezatti, actualmente Arzobispo de Concepción, conoció de cerca la labor del Cardenal Silva como Obispo auxiliar en Santiago. Las afirmaciones suyas están en: Santibáñez, Abraham (con investigación de Albucco, José y Hansen, Christian): "La herencia de un educador pastor". UCSH. 2007.
9. / Ibidem.
10. / Silva Henríquez, Raúl: "Don Bosco me ha conquistado". Homilía en sus Bodas de oro de profesión religiosa en la Congregación salesiana. Catedral de Punta Arenas. 2 de febrero 1981.
11. / Silva Henríquez, Raúl: Carta Pastoral "Ven y Sígueme". Carta a la Juventud de Santiago. Santiago, 1982.
12. / Cavallo, Ascanio: Op Cit. Tomo III. Pág. 240.
13. / Silva Henríquez, Raúl: Carta a los Jóvenes Chilenos y Argentinos. Encuentro por la Paz en la Cordillera. 8 de octubre de 1978.
14. / Cavallo, Ascanio: Op. Cit. Tomo II. Pág. 150.
15. / Ibidem. Tomo III. Pág. 139.
16. / Ibidem. Tomo III. Pág. 153.
17. / Silva Henríquez, Raúl: "las armas de la paz". Homilía en el Te Deum ecuménico de Fiestas Patrias. 18 de septiembre de 1978.
18. / Ibidem.
19. / Ibidem.
20. / Ibidem.
21. / Cavallo, Ascanio: Op. Cit. Tomo III. Pág. 158.
22. / Ibidem.
23. / Ibidem: Tomo III. Pág. 268.



Hay que abrir espacios de gratuidad al interior de la familia.

Benito Baranda Ferrán

Director Social del Hogar de Cristo.

A su juicio, ¿es el Chile de hoy un país donde se vive el amor? ¿Es un país que ha crecido en la capacidad de amar como nos pedía el Cardenal Silva Henríquez?

Creo que Chile ha crecido mucho materialmente. Se han levantado, como decía el Cardenal Silva Henríquez, grandes industrias y grandes edificios; pero el crecimiento económico acelerado ha llevado a que exista mayor amor hacia los bienes que se obtienen y no hacia las personas. Siento que la tendencia ha sido preferentemente hacia el tener y no hacia el ser. Una demostración de ello es que hoy día las personas son evaluadas por la sociedad en relación a los bienes que poseen y no a la posibilidad que tienen ellos de entregarse y de amar.

Existe una fuerte ambición de concentración y de crecimiento económico y escasa generación de oportunidades y de amor. Especialmente los jóvenes han sido los más castigados.

“¡No abandonen a los jóvenes! Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstranles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante”, clamaba el Cardenal en su “Sueño de Chile” en el año 1991. ¿Cree que la sociedad chilena pone atención en sus jóvenes, los escucha, los forma, les enseña a amar?

Lo que hemos ido viendo en el último tiempo es que un grupo importante de jóvenes, al interior de sus familias, está bastante abandonado. Tenemos algunos indicadores negativos en Chile que nos demuestran el desánimo que caracteriza a los jóvenes. Uno de ellos, sin lugar a dudas, es el aumento en la tasa de suicidios o su deseo por desaparecer. Personas que viven en constante depresión y que no tienen compromiso vital con su existencia.

A muchos jóvenes no les gustaría estar vivos y les incomoda fuertemente el mundo que habitan. Se aíslan, renuncian a sus valores, carecen de sentido...

Diría entonces que Chile está en peores condiciones en relación a lo que nos pedía el Cardenal en este aspecto

Creo que estamos peor. Estamos mejor en la posición de bienes materiales, pero peor en el cuidado y acompañamiento de los jóvenes. Comparto la idea que hay que amar a los jóvenes, pero si esos jóvenes no fueron amados cuando eran niños, van a tener muchas dificultades para aceptar el amor y poder amar a otros. Y de ahí surgen muchos jóvenes que tienen comportamientos psicopáticos. Porque si no tienes desde pequeño un amor que te dé seguridad, confianza básica, es muy difícil que puedas construir esos vínculos en la adolescencia. De pronto encontramos jóvenes que cometen delitos y cuando los entrevistan sus respuestas son tan frías, como que no les importa lo ocurrido. En el fondo del corazón no han experimentado el amor y una persona que no ha vivido el amor no puede comprenderse a sí mismo y tampoco es capaz de comprender a los demás. Es una sociedad que tiende más a castigar a los jóvenes que a generar espacios de oportunidad, de afecto, de comprensión. Nos cuesta mucho.

Por dónde ve la solución...

Sin lugar a dudas, existe una solución maravillosa. Y es trabajar, en el largo plazo, fuertemente la temprana infancia. En el corto plazo, la generación de oportunidades. Hay una infinidad de programas en el mundo que han sido exitosos. Hay programas pequeños en Chile que también han dado frutos. Se trata so-

lamente de tomar la opción y plantear que la misma cantidad de dinero que voy a invertir en cárceles, en el tema judicial de menores, la voy a destinar en oportunidades para los jóvenes.

Este es un capítulo que se centra fundamentalmente en la familia. ¿Cree que el concepto de familia está valorado hoy en Chile? ¿Logra ser realmente un espacio de encuentro y crecimiento que permite a sus integrantes y, principalmente, a los jóvenes proyectarse hacia la sociedad?

El grueso de las familias chilenas estamos fuertemente golpeadas por una cultura del consumo. Mucho del amor que naturalmente se entregaba en el pasado, hoy día ha sido reemplazado por la entrega de bienes. Yo te expreso mi cariño y amor por las cosas que te regalo. Eso hace un marido cuando trabaja muchas horas y compensa a su esposa o hijos con los bienes que le entrega; lo hace un hombre y una mujer que trabajan y que tienen pocos hijos, compensándolos con vacaciones maravillosas, o con regalos, o con un estatus determinado; en un sector popular con un bien determinado, que puede mantener relativamente contento por lo menos lo que es la superficialidad de los hijos. Y lo hacen también los mismos hijos cuando tratan de mostrarle el afecto a los padres, a través de algún bien y no mediante el vínculo cotidiano que se puede establecer. Es fundamental abrir espacios de gratuidad al interior de la familia.

¿Cuál es la mayor deuda que tiene Chile frente a las familias más débiles y desposeídas?

Lejos la mayor deuda es la de integrarlos a la sociedad. Podemos llegar al Chile del 2010 sin indignancia, o sin pobreza, podríamos tener mucho dinero, pero ellos fueron desintegra-

dos, fueron llevados a vivir fuera de los muros de la ciudad, como ha ocurrido muchas veces en la historia de la humanidad. Si nosotros tenemos un país pequeño, cristiano, por qué tenemos que construirlo así. Simplemente porque la sociedad estimó que nos teníamos que criar aparte, que era impopular tener personas en condiciones de pobreza o tener personas de otro estrato social en nuestros colegios, en nuestras parroquias. Es una deuda de integridad social que va de la mano de la movilidad social.

Mi sueño de Chile para el 2010 es que tengamos una sociedad más integrada y efectivamente con oportunidades de calidad para quienes viven en condiciones de pobreza y donde los vínculos que generemos sean vínculos de respeto mutuo, no de mirarnos con sospecha, ni discriminarnos, ni seguir construyendo estos prejuicios que hoy día nos causan tanto daño.

Los niños, las familias aspiran a determinados bienes y sienten que poseyendo ese bien la vida les va a cambiar. Y la verdad es que como se comprueba desde la psicología, el bien que tú ambicionas, que te seduce, una vez obtenido pierde su poder de seducción y ya no genera la felicidad que te creaste en torno a él. No es el bien que te iba a entregar lo que tú requieres en ese momento, que es bastante más íntimo, más profundo.

Mucho del amor que naturalmente se entregaba en el pasado, hoy día ha sido reemplazado por la entrega de bienes. Yo te expreso mi cariño y amor por las cosas que te regalo.

Dar las gracias por haber encendido una esperanza en esos años tan difíciles.

Carolina Tohá Morales

Diputada PPD.

¿Cómo definiría al Cardenal Silva Henríquez?

Como un sacerdote firme, algunos lo consideraron huraño, pero tenía una sonrisa conmovedora y conmovida. Conmovida con los dilemas de su época, con las posibilidades que se abrieron para los más humildes y con las que se cerraron, conmovido con esa alma de Chile de la que él habló y fue capaz de sentir sus latidos cuando todo era confusión y oscurantismo.

Conmovido con los niños y los jóvenes a los que tanto se dedicó. Primero, como educador, que fue una de las tareas a las que estuvo abocado durante toda su vida y, especialmente, en la primera mitad de su sacerdocio. Pero, también, fue un firme defensor de la juventud, de las distintas juventudes de varias generaciones que acompañaron sus largos años como sacerdote, obispo y cardenal.

Entendió y acogió a los jóvenes de los '60, con su entusiasmo reformista y su vocación por el cambio social. Peleó también con ellos a veces, pero siempre desde la legitimación de sus sueños. Defendió como un león a los jóvenes de los '70 y los '80, su derecho a pensar y a expresarse, y buscó protegerlos de la represión y la persecución de esos años. Y, en los '90, ya al final de su vida, cuando se puso de moda decir que los jóvenes "no estaban ni ahí", insistió en la importancia de considerarlos.

Para él, el entusiasmo de la juventud era un motor señero de la historia, de todas las historias. Por eso, repitió tantas veces que era necesario entender a los jóvenes, conversar con ellos, escucharlos, no juzgarlos tanto, no

exaltar siempre sus defectos sino ver sus virtudes, las nuevas virtudes que cada generación aporta una y otra vez a la historia.

Se conmovió también con los trabajadores, con los campesinos, con los pobres. Fue un impulsor anticipado de la reforma agraria y repartió tempranamente entre los inquilinos varios de los fundos que poseía la iglesia mucho antes que la ley se lo impusiera.

El Chile del que él hablaba, el que tanto amaba y al que dedicó su vida era el país de todos los días, el de la gente común, de las noblezas más sobrias y sutiles de los chilenos. El alma de Chile a la que él se refería no tenía que ver con los triunfos o las derrotas, con los grandes éxitos o las catástrofes, tenía que ver con la identidad que ha forjado nuestro pueblo a través de la historia, identidad que se las arregla para aflorar en las condiciones más adversas y enrielar a nuestro país en el camino de sus valores más profundos.

En un homenaje en la Cámara de Diputados, con motivo de las celebraciones del centenario del natalicio del Cardenal Silva Henríquez, usted se refirió a él señalando que "nos incomodó a todos en algún momento". ¿A qué se refería?

En los homenajes todos encontramos cosas que elogiar de los homenajeados, y terminamos muchas veces deslavándolos de sus aspectos más interesantes. Raúl Silva Henríquez no se presta para eso. Él nos incomodó a todos en algún momento.

Incomodó cuando manejó Caritas Chile con un audaz estilo de gestión, y fue acusado de actuar más como gerente que como sacerdote.

Incomodó cuando legitimó la reforma agraria y dejó sin respaldo las aprehensiones e intereses de los grandes agricultores.

Incomodó cuando dejó sin fundamento los discursos antieclesiales, que planteaban que la Iglesia Católica sólo defendía a los poderosos y ecuménicos en una época en que nadie lo había impulsado aún en Chile ni entendía muy bien lo que era.

Incomodó cuando avaló la reforma universitaria y también cuando confrontó a los dirigentes estudiantiles que se tomaron la Catedral.

Incomodó durante la Unidad Popular, buscando un diálogo cuando todos querían pelear, tendiendo puentes cuando lo único que valía era cortarlos y reafirmar la propia identidad. Y durante la dictadura incomodó de nuevo.

¿Incomodó sólo a quienes eran blanco de sus críticas?

Incomodó, por cierto, al gobierno de la época, pero nos incomodó también a nosotros, los que fuimos acogidos por su solidaridad. En medio de la oscuridad y los dolores de aquellos años, no sabíamos que hacer ante tanta generosidad. La ayuda vino de donde no la esperábamos, de donde no teníamos cómo agradecerla, de donde muchos sentíamos no pertenecer.

A nombre de tantos que fuimos acogidos por la labor solidaria de la Iglesia Católica, tantos que pertenecemos a corrientes de pensamiento laicas, que no somos creyentes, quiero agradecer humildemente la labor de la

Iglesia en defensa de los derechos humanos. Agradecer su generosidad y su valentía. Agradecer al Cardenal por encabezar esa labor. No sólo porque salvó vidas, denunció abusos, dio voz a los censurados y validó el dolor de los familiares de detenidos desaparecidos.

No sólo por eso.

También dar las gracias por haber encendido una esperanza en medio de esos años tan difíciles. Para muchos, los gestos de la Iglesia en defensa de los derechos humanos nos permitieron recuperar la fe en el ser humano, en su capacidad de bondad y compasión.

Entiendo que para usted fue muy importante la actitud del Cardenal ante la muerte de su padre, el ex ministro José Tohá.

En esa ocasión (en marzo de 1974, a seis meses del golpe militar), el Cardenal se ofreció para realizar la misa fúnebre en la Catedral de Santiago. Ante esto, recibió un llamado de atención del gobierno, a través del General Arellano Stark, exigiéndole que desistiera porque no correspondía despedir con una misa a un ateo que, además, era suicida, pues esa era la versión oficial de la causa de su muerte. El Cardenal insistió en que haría la misa de todas maneras, y brindaría la capilla de su propia casa para oficiarla, y dijo: "A mí no me consta realmente que José Tohá sea un suicida y, si lo fuera, hay suicidas y suicidas".

*Un joven cesante es parte
de nuestra patria que se muere.*

Diego Olivares Aravena

Presidente de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT)

¿Cuál es el mayor compromiso que tiene Chile frente a sus trabajadores?

El mayor compromiso, sin duda, tiene que ver con la mejora de los salarios y la protección de los trabajadores. Existe un problema de redistribución que no resiste análisis y que puede generar una explosión que nos lleve a niveles insospechados desde el punto de vista de la conducción del proceso.

Esta es una tremenda deuda del país, entendiendo país como el conjunto de sus componentes sociales. No es posible que Chile, que tiene un gran nivel de crecimiento y de dinero acumulado, siga respondiendo como si fuera una nación pobre. Aquí tenemos un gran pendiente, y creo que la Iglesia hizo muy bien en poner el tema del salario ético o del sueldo justo sobre la mesa. Sinceramente, espero que los empresarios entiendan la urgencia de modificar las actuales condiciones sociales.

A su juicio, ¿es Chile un país que ha crecido en la capacidad de amar como nos pedía el Cardenal Silva Henríquez?

Es evidente que no es así. Cuando tenemos cifras de redistribución del ingreso como las nuestras, es imposible lograrlo. Es cierto lo que el Cardenal decía, se trata de ponerle más amor a las cosas. Es satisfactorio ver que el país ha logrado construir modernos edificios y funcionales carreteras. En este aspecto no tenemos nada que envidiarles a los países desarrollados.

Pero el problema es que estamos construyendo un país triste, de mucha gente cabizbaja. Basta con mirar los rostros de las personas en el metro, gente cansada, mal alimentada, desesperanzada, etc. Y no lo digo por la coyuntu-

ra del Transantiago, ha sido siempre igual. Es una de las cosas que más me duele, me rompe el alma. Existe algo profundo ahí que no hemos resuelto. Esta característica histórica que teníamos de que los chilenos éramos gente alegre, hoy ha desaparecido. Es un tema que tenemos que resolver todos, los dirigentes sociales, los empresarios, los políticos, la Iglesia, todos.

¿La familia es realmente un espacio de encuentro y crecimiento que permite a sus integrantes, y principalmente a los jóvenes, proyectarse hacia la sociedad?

Cuando existe desesperanza, cuando en muchos casos se tiene hambre, cuando entre medio se sitúa la competitividad, es difícil hacer familia. Y si además consideramos el trato que se da en las empresas, nos encontramos con un jefe o jefa de hogar que llega a su casa cansado y lleno de amargura. Entonces, la droga, el alcohol, la vida fácil se vuelve necesaria y más accesible. Como nos pedía el Cardenal, creo que la clave está en escuchar más a nuestros hijos.

Por mi trabajo me relaciono mucho con los jóvenes y estoy tremendamente preocupado por ellos, especialmente por los altos niveles de cesantía. Un joven cesante es parte de nuestra patria que se muere. ¿Cómo no nos vamos a preocupar? Un joven desesperanzado es muy difícil de levantar. Cuando un joven está en la droga o en el alcoholismo, cuando una mujer está en la prostitución, cómo los recuperas. Por ello como movimiento sindical nos hemos centrado en el trabajo con los jóvenes, es parte fundamental de nuestro diseño estratégico de trabajo.

La UNT surge de una escisión de la CUT, en el año 2004, donde un grupo decidió formar su propio referente laboral, definido como más moderno, y con un modelo de diálogo social con el sector privado y con el Gobierno. ¿Cuál es el aporte que la UNT realiza a la sociedad chilena, a sus trabajadores?

Como central sindical, hemos establecido el diálogo social como eje estratégico de nuestro actuar. Desde que estábamos en la CUT pusimos el énfasis en la importancia del diálogo como mecanismo de entendimiento entre los chilenos. Eso lo aprendí con la Iglesia y particularmente con el Cardenal Silva Henríquez.

Hoy día muchos descubren, como la gran novedad, que un consejo de diálogo social es posible. ¡Pero si lo vengo diciendo hace décadas! Yo no miro a los empresarios como enemigos, los veo como mi contraparte. Y la empresa no puede ser un campo de batalla, es un campo de encuentro. Es un concepto muy diferente y basta con tenerlo claro. ¿Por qué el empresario me tiene que mirar como un enemigo a mí o por qué yo tengo que ver al empresario como un enemigo? Si en la cara del otro está mi hermano. Se deben generar las confianzas necesarias para construir un país más justo. Abrirles el corazón y decirles que ellos también pueden hacer un aporte, tienen en sus manos la posibilidad de transformar sus propias empresas.

¿Cree que el Cardenal Silva Henríquez estaría conforme con el actual movimiento sindical?

Estoy convencido de que el Cardenal no estaría contento. Hoy existe una profunda distorsión del rol del sindicato y de sus dirigentes. En primer lugar, porque las organizaciones deben ser respetuosas de su propia institucionalidad

y nadie se puede arrogar la representatividad de otros. Uno debe encarnar a los trabajadores, pero también debe respetar las distintas visiones dentro de su propia institucionalidad. Yo quiero a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), gran parte de mi vida y de mis sueños estuvieron ahí. Pero obviamente, no comparto ni su actual estrategia, ni su estilo, ni su forma de concebir el sindicalismo. No me cabe la menor duda de que al Cardenal le hubiera dolido lo que ha sucedido.

Insisto en que el movimiento sindical está en deuda con la clase trabajadora chilena, está en deuda con el país. Creo que aquí son legítimas las posiciones ideológicas, personalmente tengo la mía, pero no deslegítimo la otra, y tampoco me presto para el servicio de mi propio partido. Siempre he sido coherente entre mi pensamiento y mi accionar y los resultados están a la vista. Nadie puede decir que fui un mal dirigente de la CUT, incluso en momentos extremadamente difíciles –cuando me tocó reemplazar a Manuel Bustos siendo yo muy joven– demostré mi capacidad ante el país y el mundo entero. Los dirigentes creyeron en mi capacidad y lo hice honesta, solidaria y responsablemente. Y cuando tuve que hacerme a un lado, lo hice sin discusión, porque se nos irrespetó nuestra propia institucionalidad. No tengo duda de que el Cardenal Silva Henríquez hubiese sido muy duro con quienes tomaron esa actitud.

El problema más profundo y difícil es la soledad, el abandono de su familia, de su tierra

Monseñor Enrique Troncoso Troncoso

Presidente del Instituto Católico Chileno de Migración (INCAMI) y Obispo de Melipilla.

¿Qué le pareció el texto del Cardenal “Mi sueño de Chile”?

Leer este texto, para mí, es redescubrir un ideal hermoso y profundo.

“Mi sueño de Chile” está centrado en una capacidad del Cardenal de amor tan grande, que lo admiro realmente y quisiera imitarlo, predicarlo, mostrarlo y aprender.

Ojalá que nosotros, como personas, la Iglesia entera y el país, podamos entenderlo.

¿Cómo ve la labor que desempeñó el Cardenal en la construcción de un país basado en el amor?

Repasando un poco su vida, se nota claramente que él fue lenta, pero segura y fuertemente, buscando una manera de entregar su tiempo, sus preocupaciones, con una visión muy clara y concretando obras e instituciones que ayudarían especialmente a los más pobres, a los más necesitados... Esta era su idea central. Nunca olvidar a los pobres, siempre tenerlos presentes, con una preocupación constante.

Como presidente de INCAMI ¿cuál cree usted que es el legado que esta institución ha dejado en nuestro país?

Podríamos decir que INCAMI es una de las primeras obras del Cardenal.

Esta institución se crea para aunar los esfuerzos de los católicos y promover la inmigración y la emigración de los chilenos al extranjero.

Otro de los objetivos fue prestar asistencia a los inmigrantes y emigrantes, y representar las actividades y organizaciones católicas en Chile y en el extranjero.

Todo esto corresponde a esa energía interior que el Cardenal tenía de servir a las distintas

necesidades de la gente. Él sabía dónde había problemas, dónde la gente estaba sufriendo y tenía creatividad para saber entregar, con amor, una solución práctica y adecuada a los tiempos y a la gente.

¿Y cuál es el legado que dejó el Cardenal en INCAMI?

Creo que su legado más propio, es esa inquietud de estar alerta a la situación de Chile y del extranjero con un espíritu inmenso de servicio.

Hoy ¿cuál es la situación de los migrantes en Chile?

Hoy día, la situación de los migrantes está muchísimo mejor que antes, ya que hay una cierta apertura en nuestro país, no exenta de grupos xenofóbicos y otros problemas, pero hay políticas de mayor apertura en el Estado y, de parte de la Iglesia, ha ido creciendo la constatación y la importancia de este problema. Incluso, el Papa actual ha llegado a decir que es un “signo de los tiempos”, porque hay millones de migrantes en diversas partes del mundo y de Chile.

¿Qué problemas enfrentan los inmigrantes dentro del país?

En general, normalmente se encuentran con una serie de problemas en la parte oficial, el pasaporte, las exigencias de papeles, el dinero. Pero esto en Chile se ha mejorado y facilitado mucho.

Fuera de eso, las otras dificultades que encuentran es la xenofobia de algunos grupos que realmente los miran mal, los menosprecian. Sin embargo, el problema más profundo y difícil para ellos es la soledad, el abandono de su familia, de su tierra.

¿De qué manera INCAMI ayuda a los inmigrantes a superar estos conflictos?

INCAMI, con buen apoyo del gobierno chileno, ha estado de forma permanente, desde hace 50 años, buscando maneras de acompañar, de acoger, de ayudar a través de asesoría jurídica, bolsas de trabajo, capacitación, alojamiento, comedores, una serie de servicios.

Y los padres scalabrinianos, que trabajan allí, han estado constantemente asumiendo también las inquietudes religiosas y las tradiciones que los inmigrantes traen desde sus propios países; sus costumbres, sus fiestas nacionales y religiosas.

INCAMI es una institución que se basa plenamente en el servicio, en la acogida y en el amor al hermano. ¿Cómo se vive el amor en INCAMI?

Claro. Creo que INCAMI es una institución católica que se entiende solamente por un anhelo de amor pastoral, de caridad pastoral, de preocupación por estos grupos de hermanos que son mirados en menos, que no saben adónde ir, que no tienen dónde expresar su cultura, sus tradiciones, su religión.

La preocupación de INCAMI es una preocupación de amor por la situación de un grupo grande de gente.

Las dificultades que deben enfrentar los inmigrantes en nuestro país, y la dolorosa discriminación que viven, ¿pueden llevarnos a pensar que en nuestro país no se vive el amor?

Claro que sí. Creo que nos falta mucho por crecer todavía.

Hablando de nuestro país, creo que hemos mejorado en muchos aspectos, pero todavía quedan muchos resabios de xenofobia. Esto es falta de amor, falta de acogida, falta de sentimiento de servicio, y cuando hay poco servicio, hay poco amor. Cuando hay desprecio,

menos amor hay. Hay tantos momentos en los que nuestro amor es tan mezquino.

INCAMI ha hecho varias veces, con ocasión de la fecha anual del día del migrante, campañas para que crezcamos en acogida fraterna, para que Chile sea un país más generoso, para acoger al extranjero en forma directa y para facilitar su trabajo, su contacto con la familia, sus derechos humanos mínimos.

¿Por qué la Iglesia ve la necesidad de hacerse cargo de los migrantes?

Creo que la Iglesia tiene una gran fuerza espiritual y un bagaje bíblico. En el Nuevo Testamento hay un texto muy bonito que dice que ya no hay extranjeros y que todos son hermanos, porque todos pertenecen a la misma familia de Dios.

Para la Iglesia no hay extranjeros, por eso creo que de esta espiritualidad nace esta necesidad.

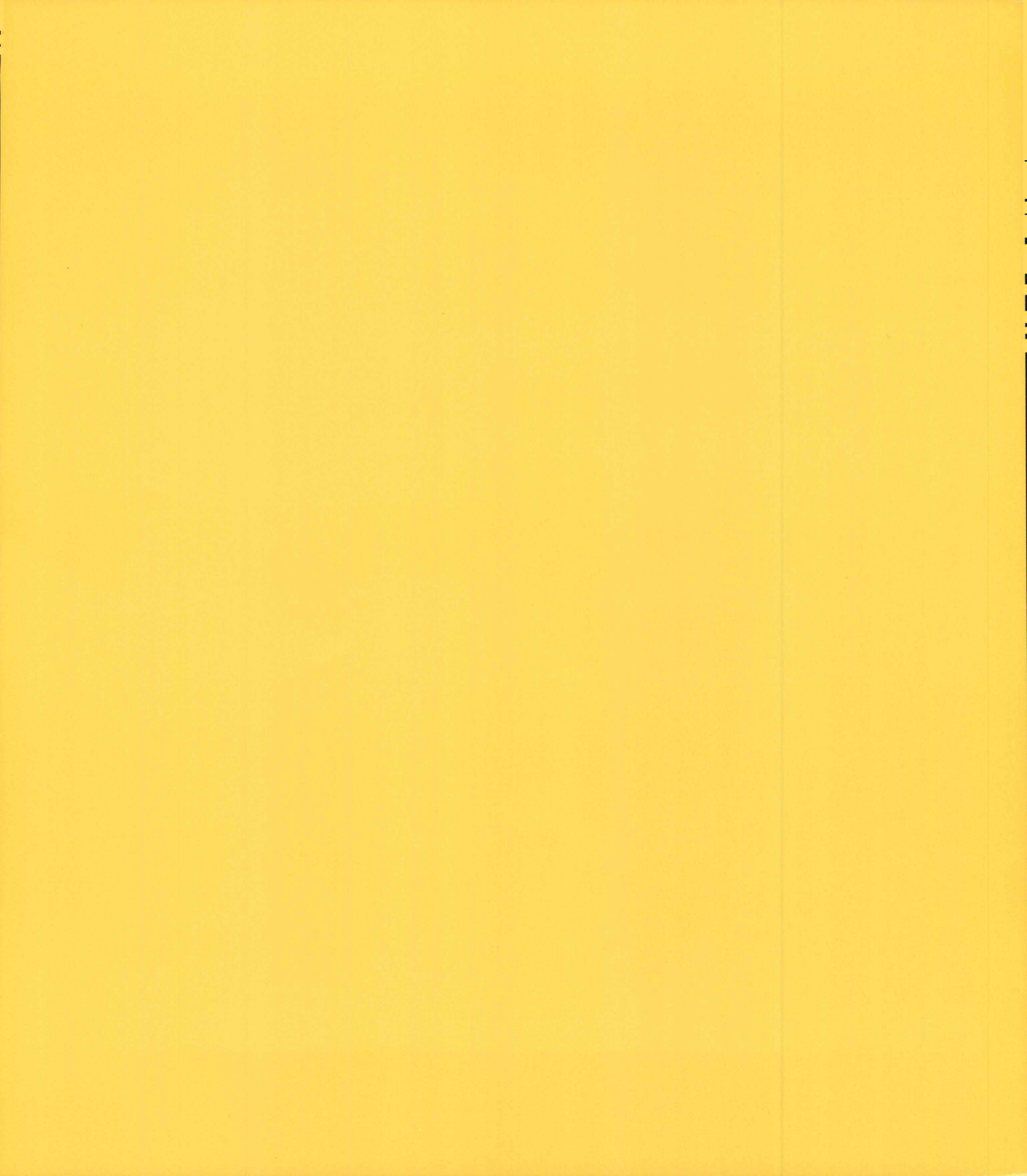
Considerando que la inmigración es uno de los fenómenos actuales más importantes a nivel mundial ¿cómo ve la integración de los nuevos flujos migratorios en Chile para el Bicentenario?

Nos estamos dando cuenta de que la migración es, al mismo tiempo, una ocasión de servicio mutuo, de enriquecimiento mutuo, de posibilidad de servicios entre un país y otro.

Creo que de a poco va a haber un crecimiento en este tema, pero es algo que no se solucionará para el Bicentenario, sino que en un tiempo más largo.

¿Y como país vamos a ser capaces de integrar a las nuevas culturas que lleguen?

Creo que nos estamos preparando en parte. Por un lado, nadie quiere perder su identidad, la propia cultura, pero eso no puede ser contrario a vivir en un sano pluralismo, para que hombres y mujeres de distintas razas, de distintas opiniones y formas de vida puedan compartir e incluso complementarse.

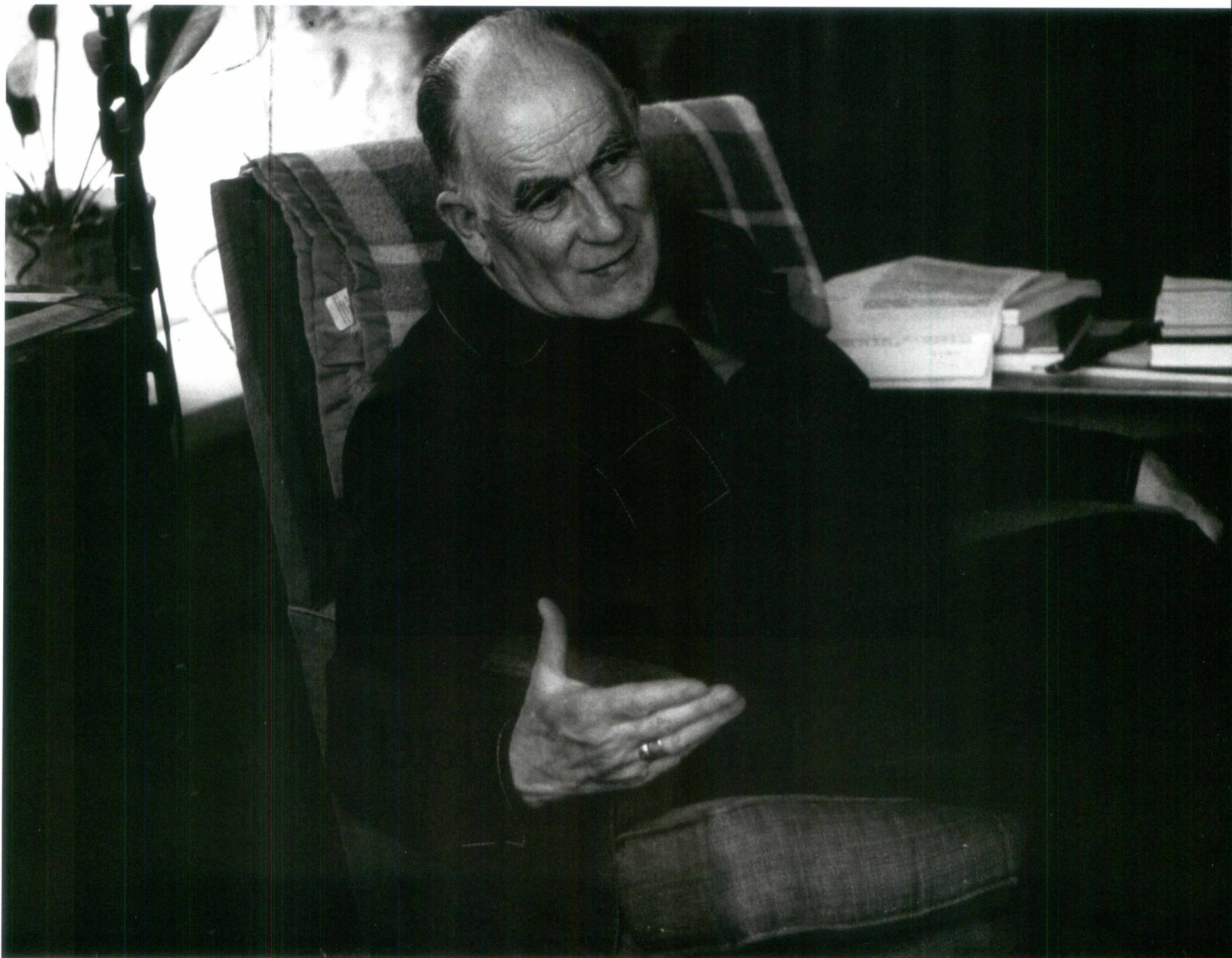


capítulo II



La Dignidad

QUIERO UN PAÍS DONDE TODOS VIVAN CON DIGNIDAD



...No haya más miseria para los pobres.
Que cada niño tenga una escuela donde estudiar.
Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud.
Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia.
Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y amarse entrañablemente.

SERGIO MOLINA SILVA

Ex Ministro y ex Presidente de la Fundación del Desarrollo.

Nuestra dignidad comienza con la Creación del mundo. Dios nos creó, hombre y mujer a su imagen y semejanza y nos encomendó la gran tarea de cuidar de su creación como hijos suyos. Este es el origen de nuestra dignidad y también de nuestra responsabilidad al hacernos co-creadores con El. Nos incita a seguir creando junto con El. “Mi Padre trabaja y yo también trabajo dice Jesús” (Jn 5,17). Una creación constante y activa que nos afecta porque somos los medios de que Dios se vale para seguir realizando su obra en la tierra.

El Cardenal Raúl Silva Henríquez fue un ejemplo de fecunda y comprometida respuesta a Dios y defensor incansable de la dignidad humana. Su recia personalidad se conmovía hasta las lágrimas con el dolor ajeno, especialmente de los más desamparados.

En “Mi sueño de Chile” nos indica de una manera elocuente y práctica la forma en que concibe una vida digna, cuando nos dice:

“La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y amarse entrañablemente”.

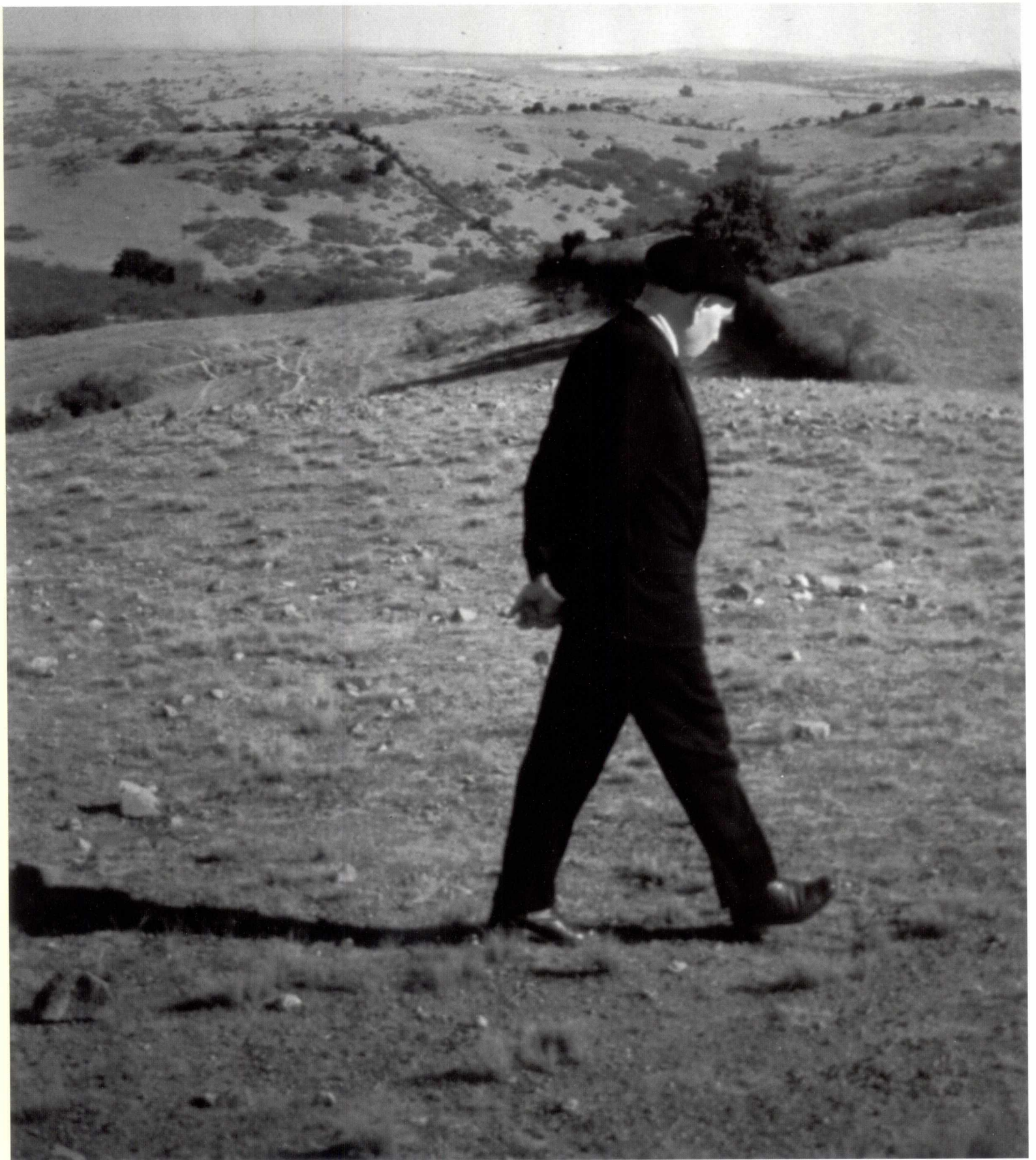
Las expresiones anteriores podrían ser programa de acción para un gobierno, pero también para las personas que están en condiciones de compartir, de instituciones de beneficencia y de empresas que cumplan efectivamente su responsabilidad social.

El Cardenal Silva no sólo expresaba sus deseos sino buscaba la forma de ponerlos en práctica. Él comprendió muy bien las expresiones del Apóstol Santiago; “Así como el cuerpo sin espíritu es muerto, así también es muerta la fe sin obras” (Santiago. 2,26).

Su sensibilidad frente a la pobreza, que lo acompañó siempre, su espíritu de hombre de acción y la gracia de Dios, le permitieron ubicarse en el plan que el Señor le tenía reservado y poner todas sus capacidades para cumplirlo a cabalidad. Por eso en el juicio final se ha encontrado entre los benditos del Padre, porque cumplió muy bien con lo que dice Mateo: “Porque tuve hambre y me disteis de comer; peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis, preso y vinisteis a verme” (Mateo. 25, 35-36).

Su vocación de educador se ve interrumpida para tomar la responsabilidad de crear y hacerse cargo desde su origen del Instituto Católico de Migraciones (INCAMI) (“Peregriné y me acogisteis”), donde tuvo oportunidad de conocer al padre Wolfgang Wallisfurth, con quien compartirá más adelante sus responsabilidades en Caritas. La mano del Señor fue guiando su destino, fue así que el Nuncio Baggio, que lo conoció en sus actividades en la FIDE, lo recomendó para presidir un Comité que elaborara la Carta Fundamental de la Corporación de Beneficencia Caritas Chile. Esta importante organización se materializó en abril de 1956 y su primer presidente fue el Padre Raúl Silva Henríquez, que permaneció en el cargo por varios años secundado como vicepresidente Ejecutivo por el Padre Baldo Santi, que ha sido alma y vida de la institución, y el presbítero Wolfgang Wallisfurth que fue el brazo derecho del Cardenal.

Recuerdo muy bien a este sacerdote alemán, corpulento, lleno de energía y vocación, cuando llegaba a mi oficina de Director de Presupuesto del Ministerio de Hacienda, a plantearme algunos problemas financieros que originaba el transporte de un volumen y variedad creciente de productos hacia distintas provincias del país. Guardo un gran recuerdo de la obra de Caritas que conocí de cerca en esos años, especialmente de la capacidad organizativa que demostraron el Padre Raúl Silva, el Padre Wallisfurth y posteriormente el Padre Santi.



*Porque tuve hambre y me disteis de comer;
peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis;
enfermo, y me visitasteis; preso y vinisteis a verme...*

Caritas incursionó en distintos ámbitos, que son conocidos, por eso señalaré sólo algunos para demostrar su importancia y diversidad, lo que requería de una gerencia disciplinada y eficiente.

A un año de su creación Caritas emprendió una obra notable de misericordia, construyó un hospital para cobijar a los leprosos de la Isla de Pascua y lo dotó de instrumental médico, medicamentos, víveres, ropa para los leprosos, etc. (“Estaba enfermo y me visitasteis”). En 1958 se firma un convenio con el Servicio Nacional de Salud, una de las obras más conocidas de Caritas, que coopera con el Plan de Alimentación Complementaria Gratuita, destinado a atender a cerca de 700 mil personas, entre madres embarazadas, enfermos de tuberculosis y escolares desnutridos (“Tuve hambre y me diste de comer”). En el mismo año que emprende esta enorme empresa crea el Instituto Chileno de Colonias y Campamentos con el propósito de dar la oportunidad de tomar vacaciones a niños de escasos recursos.

En 1959 Caritas crea el Instituto de Viviendas Populares de Caritas (INVICA) que permanece hasta nuestros días. Su propósito es: “Ayudar a que cada familia obtenga su casa propia, mejorando su calidad de vida, aportando a su desarrollo cultural, social y económico, permitiéndoles su incorporación a la vida productiva en sus comunidades y contribuyendo al desarrollo del país”. Invica ha participado en la construcción de alrededor de 60 mil viviendas en todo el país.

Durante el período que el Cardenal Silva presidió Caritas Chile, que duró hasta que fue nombrado presidente de Caritas Internacional, se hicieron otras obras que trascendieron o tuvieron el propósito específico de cooperar en circunstancias de catástrofe o en lugares especialmente desposeídos. Así fue la importante presencia de Caritas en el terremoto de 1960; el Programa de Ayuda al Norte-Chico; el Plan Cordillera en la Provincia de Antofagasta; la creación de la Federación Nacional de Instituciones Privadas de Protección a Menores; entre otras.

Entre las múltiples preocupaciones y ocupaciones del Cardenal Silva, siempre guiado por el propósito de favorecer a los más débiles, fue contribuir con





los predios de la Iglesia a extender y acelerar el proceso de Reforma Agraria tímidamente iniciado en el Gobierno de don Jorge Alessandri. Una de las primeras actuaciones como Cardenal, recién regresado de Roma, fue anunciar la Reforma Agraria en las tierras de la Iglesia. Tema que ya había sido anunciado en una pastoral de los Obispos titulada “La Iglesia y el problema del campesinado chileno”, publicada antes de su viaje a Roma para ser investido como Cardenal.

Desde que se hizo pública la decisión del Arzobispo de Santiago, como también lo que fue con anterioridad la del Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín, se produjo un acalorado debate dentro y fuera de la Iglesia. La tendencia más conservadora llegó a calificarlo hasta de comunista y en sus memorias el Cardenal da cuenta de la fuerte oposición que encontró entre los Canónigos del Cabildo Metropolitano. A pesar de todo el Cardenal llevó adelante su decisión acompañado de Monseñor Larraín que expresaba el propósito de este gesto de la Iglesia de la siguiente manera y que el Cardenal reproduce en sus memorias: “A través de esa experiencia, yo veo surgir claramente un nuevo día del campesinado chileno, los hombres arraigados en su suelo propio, unidos con los lazos de solidaridad humana y cristiana, manos encallecidas en el arado que se estrechan fraternalmente. Rondas de niños campesinos que miran sin temor el porvenir. Madres que en el hogar acogedor acunan las eternas esperanzas del pueblo. Un Chile que avanza confiado en la nueva edad histórica que comienza”.

Otra institución muy significativa que creó el Cardenal Silva es la Fundación para el Desarrollo, que en la actualidad aún permanece con el nombre de Fundación Emanuel dependiente del Arzobispado de Santiago.

El Cardenal Silva sentía que las necesidades eran muchas y urgentes y que la Iglesia no podía atenderlas con sus recursos tradicionales. Fue así como surgió la creación de la Fundación para el Desarrollo en 1967. Don Raúl inquieto y emprendedor, pensaba que esta Fundación podía dar origen a actividades económicas que generaran excedentes para destinarlos a los necesitados o, por sí misma impulsara la creación de unidades productivas que pudieran combinar rentabilidad y fin social.

Monseñor Raúl Silva Henríquez es nombrado Cardenal por el Papa Juan XXIII

Después de hacer algunos intentos en grandes proyectos la Fundación fue impulsada, por la necesidad de la sociedad y los efectos en el empleo de los severos ajustes de la política económica del gobierno autoritario, a emprender pequeños proyectos que podrían tener trascendencia, pero inicialmente centrados en paliar la dramática cesantía.

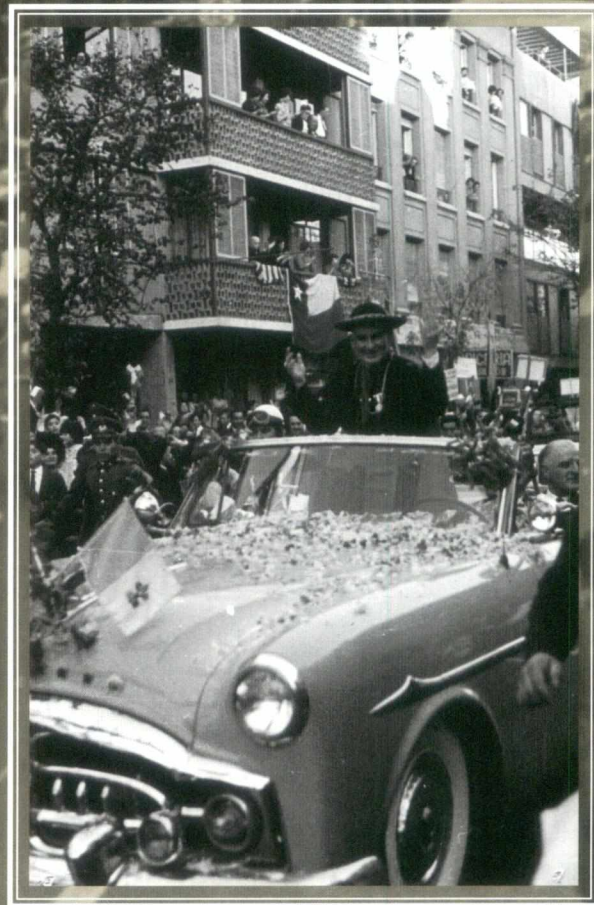
La Fundación reapareció a partir de 1974 como organismo coordinador de los proyectos sociales del Arzobispado de Santiago y un conducto para canalizar recursos internos y externos destinados a los proyectos sociales. La Fundación tenía un Consejo de nueve personas, de confianza del Cardenal, que lo asesoraban y acompañaban en las iniciativas socio-económicas que no siempre eran bien comprendidas.

Múltiples iniciativas surgían de la fe, las necesidades, la iniciativa empresarial y la audacia de este Cardenal; el Instituto de Promoción Agraria (Inproa), la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina (OCAC), el Instituto de Autogestión, la Cooperativa de Ahorro y Crédito Laboral. Y en otros campos no ligados a la Fundación para el Desarrollo, se creaban la Vicaría de la Solidaridad, la Academia de Humanismo Cristiano, la Fundación Aldeas Infantiles S.O.S. y con posterioridad la Universidad Católica Cardenal Silva Henríquez.

Tuve el privilegio de seguir de cerca muchos de los proyectos del Cardenal porque fui presidente de la Fundación para el Desarrollo por alrededor de cinco años, hasta que él dejó de ser Arzobispo de Santiago. No he mencionado intencionalmente una de las iniciativas del Cardenal que ha perdurado con éxito en el tiempo: me refiero al Banco del Desarrollo, que tiene como antecesora inmediata a la Financiera de Interés Social (Fintesa).

Tengo muy presente los orígenes del Banco que surgió como una inspiración profética del Cardenal. Él estaba muy dolido por la alta cesantía, recordemos que alrededor de 1982 era cercana al 30 por ciento, por eso él propiciaba las empresas autogestionadas cuyo objetivo era dar oportunidades de trabajo a tantas personas que eran despedidas o a pequeños empresarios que no podían







*El nuevo Cardenal Raúl Silva Henríquez
es recibido jubilosamente en la ciudad de Santiago.*

subsistir, sin embargo, veía con angustia que sus esfuerzos eran insuficientes y no se podían sostener. Soñaba con una institución que tuviera medios para servir de palanca de progreso a los que estaban marginados de esos medios. Primero una cooperativa de ahorro y crédito, después una financiera y finalmente el audaz paso de crear un Banco. Esta iniciativa se concretó con el trabajo de muchos que se habían comprometido con el Cardenal, como fue el caso de Domingo Santa María, alma de la iniciativa, y de muchos otros que hasta el día de hoy están en el Banco en calidad de directores y de altos funcionarios. El propósito inicial del Cardenal nunca se ha perdido de vista y ha sido posible conciliar el objetivo social con la rentabilidad necesaria para perdurar.

En el momento que se inició el Banco del Desarrollo pertenecía casi el 100 por ciento al Arzobispado de Santiago, a través de la Fundación para el Desarrollo. Tengo muy claro, pues yo era presidente de la Fundación, el proceso de aprobación y las condiciones que puso la Superintendencia de Bancos para darla. El Banco nació con una extrema fragilidad y nuestra preocupación principal era evitar un fracaso que dañara al Cardenal y le diera la razón a los que lo criticaban por estas iniciativas alejadas de los intereses directos y propios de la Iglesia.

Los años 1982 y 1983 son recordados con dolor y angustia por la cesantía y por el desastre que sufrió el sistema financiero chileno, lo que obligó al Estado a salir en su ayuda para evitar daños mayores. Esta lamentable circunstancia fue una tabla de salvación para el Banco recién creado pues pudo traspasar al Banco Central la casi totalidad de su cartera de alto riesgo que no habría podido soportar con recursos propios. Librado de la crisis se requerían recursos, por cierto que la Iglesia no los tenía, nuevamente fue la presencia y el prestigio del Cardenal que permitió encontrar socios extranjeros de la calidad del Crédit Agricole de Francia, el San Paolo di Torino de Italia, FMO de Holanda y otros. Muchos de ellos se mantienen hasta el día de hoy como socios importantes del Banco del Desarrollo.

¿Qué ha pasado con el Banco que nace prácticamente quebrado? Hoy es el sexto banco privado de Chile, tiene poco menos de 500 mil clientes, el total







de colocaciones alcanza a dos billones de pesos, de ese total el 41 por ciento se destina a cubrir necesidades de pequeños empresarios, el 19 por ciento a la construcción de viviendas principalmente sociales, financia a alrededor de 800 colegios y 35 universidades, tiene 76 sucursales y da empleo directo a 2.250 personas. En su filial de microempresa atiende a 90 mil microempresarios. No hay duda que el Espíritu Santo y la intercesión de su inspirador y sostenedor, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, han estado presente en esta evolución exitosa que hoy es un ejemplo en América Latina. Un banco privado que ha logrado armonizar fin social y rentabilidad.

El éxito anterior no ha sido todo, porque los deseos del Cardenal no sólo se han cumplido en la institución que él creó, sino que ahora otros bancos están atendiendo a actividades y personas que antes excluían. Para el Banco del Desarrollo esto es una competencia que antes no tenía y le hace la vida más difícil, pero abrió camino y muchos de los excluidos tienen ahora la posibilidad de acceder al mercado financiero. Gracias Cardenal.

Otra obra que ha perdurado exitosamente hasta nuestros días es la Fundación Solidaria Trabajo para un Hermano, que en 2007 cumplió veinticinco años de existencia. Un grupo de laicos, conmovidos por los dramáticos efectos de la alta cesantía de 1982, que pertenecían a las Comunidades de Vida Cristiana (CVX), no pudieron conciliar su condición de cristianos con el silencio y tácita aceptación de lo que estaba ocurriendo. Acudieron a la Iglesia de Santiago para expresar su inquietud y tratar de contagiar a otros movimientos de iglesia para iniciar una campaña destinada a denunciar la realidad y crear la solidaridad que permitiera aliviar el dolor que afectaba a tantas familias chilenas.

El espíritu alerta y la voluntad comprometida del Cardenal Raúl Silva Henríquez escuchó el lema que decía “no basta con dar pan, hay que dar trabajo” y apoyó la iniciativa y estimuló dentro de la Iglesia la campaña de solidaridad del trabajo. Las obras del Cardenal no fueron neutras, era frecuente que ellas encontraran sostenedores y detractores. El gobierno de la época consideró que la información que se daba era una campaña en su contra y dio instrucciones para impedir la publicación de los afiches que daban cuenta de

No basta con dar pan, hay que dar trabajo.

la dolorosa realidad. El Cardenal Silva volvió a reiterar su apoyo, y no sólo eso, sino que logró que el Episcopado Nacional hiciera suya la “Campaña Trabajo para un Hermano” que, después de algunos años, pasó a ser la Fundación cuya misión se sintetiza en “crear conciencia del valor y dignidad del trabajo humano; constituir un puente de solidaridad entre quienes necesitan trabajo y quienes quieren colaborar con ellos; y facilitar la formación de nuevas fuentes de trabajo estable, teniendo como orientación el desafío de construir una “cultura del trabajo” y una “economía solidaria”.

Mirando la historia, el Cardenal Silva tuvo muchas iniciativas importantes y exitosas, en las cuales puso todo su empeño e influencia, pero también supo confiar en las personas a quienes dio responsabilidad, de otra manera habría sido imposible desarrollar tantos y tan variados proyectos, algunos de los cuales adquirieron vida propia.

Si el Cardenal pudiera mirar su obra estaría satisfecho, reconociendo los defectos de toda obra humana, pero rápidamente descubriría las razones objetivas para emprender nuevas acciones. ¿Qué vería el Cardenal en el Chile de hoy que lo vio nacer hace 100 años y que abandonó hace ocho años?

Con seguridad diría que a pesar del progreso todavía hay alrededor de 500 mil personas que viven en la indigencia, esto es que lo que ganan no les alcanza para comprar una canasta de alimentos básicos. Seguro que su voz potente diría: no es posible contemplar tanta miseria en medio de tanta abundancia. Nos llamaría también la atención para decirnos: Mire, es verdad que el desempleo ha bajado pero me dicen desde las poblaciones que entre los pobres los cesantes llegan al 25 por ciento, esto es uno de cada cuatro personas que está en condiciones de trabajar no encuentra trabajo; nos diría que no es posible que un país que ha progresado tenga un grado tan alto de trabajadores informales sin contrato de trabajo, ni seguridad social; se irritaría al comprobar que el desempleo juvenil en las familias relativamente pobres alcanza al 40 por ciento; nos recriminaría a quienes tenemos responsabilidades en el Banco del Desarrollo por las altas tasas de interés que se cobra a los pobres, nosotros nos disculparíamos con la normativa vigente diciendo que son de alto riesgo

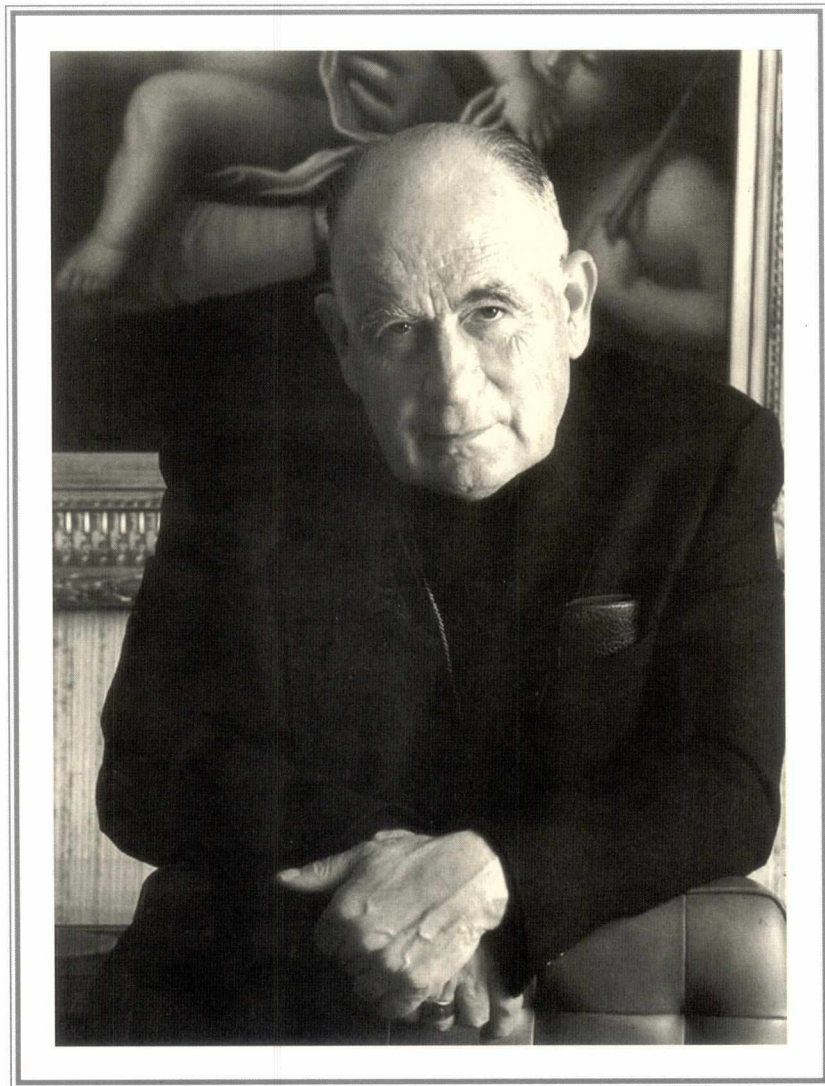


25 por ciento de cesantes entre los pobres.
40 por ciento de desempleo juvenil en familias relativamente pobres.
48 por ciento de los niños y niñas pertenecientes al 20 por ciento más pobre abandonan la educación media antes de terminar su ciclo.

y se deben hacer provisiones más altas en esos casos, nos diría entonces que hablaría con las autoridades para decirles que no es posible que un gobierno que dispone de tantos medios no ponga mejores garantías para otorgar créditos más baratos a los microempresarios; se enojaría mucho al comprobar en sus conversaciones con los pequeños empresarios el abuso que cometen los grandes con ellos cuando les postergan pagos y les imponen condiciones de precio que los mantiene con la soga al cuello; diría que se alegra porque casi todos los niños van a la escuela, pero frunciría el ceño y consideraría inaceptable que el 48% de los niños y niñas pertenecientes al 20 por ciento más pobre de la población abandonan la educación media antes de terminar su ciclo; en la Universidad Cardenal Silva Henríquez le dirían que ha habido un importante aumento en el acceso a la Educación Superior de jóvenes que provienen del 20 por ciento más pobre de la población, pero que sólo llega al 15 por ciento, en cambio en el 20 por ciento más rico ese porcentaje sube al 75 por ciento.

Ciertamente que después de hacer este recuento nos diría que no se puede descansar ni ser complacientes, hay que poner manos a la obra, no dejaría puerta por golpear, ni dejaría pasar las oportunidades públicas para expresar sus angustias y también su ira frente al sufrimiento y las desigualdades.

Nos recordaría, como siempre lo hizo, que la fuente de nuestra dignidad está en que somos hijos de Dios. “Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Romanos. 8, 14). Nos animaría a emprender nuevas obras y nos ubicaría en lo que Dios pide de nosotros ahora.



Siempre fue una persona preocupada de romper las desigualdades.

Guillermo Blanco Martínez

Periodista y escritor.

¿Cómo evalúa el esfuerzo que desplegó el Cardenal Silva Henríquez en materia de dignidad?

El Cardenal fue intransable en la lucha por la dignidad de las personas y del país, especialmente durante la dictadura. La defendió todo lo que pudo y no se amilanó nunca. La resguardó más que lo que se habría podido esperar, porque en ese tiempo la gente corría peligro. Tenía un sentido muy claro de su propia dignidad, estaba consciente que ejercía un cargo muy importante y que debía profesarlo con toda propiedad, como Cardenal y como la imagen más visible de la Iglesia chilena. Sus intervenciones eran claras y directas, varias veces fue a interpelar al General Pinochet, en reiteradas oportunidades visitó los campos de prisioneros. La creación de las Aldea de Niños de Punta de Tralca, de Caritas, del Banco del Desarrollo, todas iniciativas tendientes a dignificar a los habitantes de este país.

Él disponía de un pequeño fundo cerca de Pirque, donde a mi juicio realizó la primera reforma agraria. Tengo un hermoso recuerdo al respecto, representativo de una especie de símbolo de la dignificación de las personas. El Cardenal dividió esa pequeña tierra y se las entregó a los campesinos. Poco después fui a visitar ese lugar y uno de los campesinos se me acercó, se agachó, recogió un terrón y me dijo con gran emoción “esto es mío”. Mucho más allá de lo que económicamente podría valer esa tierra, ese hombre se sentía dignificado.

El funeral del Cardenal fue impresionante. Era tanta la gente, que no pude entrar a la Catedral. No recuerdo que haya habido otro igual en la historia de Chile. Es que era muy querido, fue increíble como la gente pobre entendió su mensaje. Porque no era una persona que fuera

a visitarlos y a repartirles cosas, su sola visita y su mirada los hacía sentirse dignos.

¿Cuándo conoció al Cardenal Silva Henríquez?

Mi primer contacto directo con el Cardenal fue en la Revista Rumbos, cuando era el Padre Raúl. Él la dirigía y yo, como subdirector, me hacía cargo de todo el tema periodístico. Fue un trabajo muy lindo que duró hasta que lo nombraron Cardenal, él se fue y yo pasé a dirigir la revista.

Años después, trabajamos juntos en el Arzobispado. Esta vez, mi cargo era de jefe del departamento de opinión pública. Era cómico el Cardenal. Un día dio una conferencia de prensa con motivo de un problema serio que había sucedido en dictadura. Como era retraído, y a veces daba la impresión de ser un hombre seco, le recomendé que intentara ser afectuoso con los periodistas. Tomó literalmente el concepto y al entrar palmoteó la cara de un periodista. De todas formas creo que le sirvió, porque le permitió dar una conferencia en un ambiente más distendido. El Cardenal tenía esa cosa que le llamaban la “patada de mula”, que como era introvertido y medio tímido, cuando se soltaba, se le pasaba el caballo para el otro lado. Tenía un tremendo carisma.

¿Cómo cree que el Cardenal Silva Henríquez enfrentaría hoy día las situaciones que subsisten en relación a este tema en especial?

No es difícil imaginárselo, porque fue persistente en su actuar. Desde que asumió como Cardenal y antes, como el padre Raúl, siempre se preocupó de romper las desigualdades y de ayudar a la gente caída a levantarse. Hoy actuaría exactamente igual. Creo que sería muy crítico del modelo económico imperante.

¿Es Chile un país donde se practica la dignidad?

Diría que es un país donde es posible buscar la dignidad, pero falta mucho. Existe un caso típico y característico del Chile de hoy, que tiene que ver con la disponibilidad que los empresarios tienen sobre la gente que trabaja con ellos. Se sienten con plena libertad de echarlos cuando se les ocurra. Los trabajadores viven con miedo a ser despedidos y lo que más me llama la atención es que, a pesar de ese temor, los mantienen sonriendo. Y peor aún, tengo la percepción de que esas sonrisas son sinceras, y que no responden a un mandato de la autoridad. En este tema la dignidad está muy por el suelo.

¿Cree que es posible sacar al Cardenal Silva Henríquez de la coyuntura en la cuál vivió y proyectarlo hacia los años venideros, pensando sobre todo el Bicentenario?

Sucede que, con el transcurso del tiempo, los pequeños factores irritantes van perdiendo fuerza, y la gente que en algún momento puede haberlo mirado no con mucha simpatía, ya no le tiene antipatía y por lo menos pueden tener una visión más objetiva. A mí no me cabe duda de que en la historia del siglo XX el Cardenal es una de las figuras importantes. Dejó su huella, todavía en las conversaciones, cuando se habla del Cardenal, se refieren a él, y hemos tenido dos o tres después. Entre mis amigos, uno dice el Cardenal y a nadie se le va a ocurrir que estamos hablando del actual. Dejó su impronta muy firme.

¿Cómo llegaremos al 2010 en este tema, mejor, peor, igual? ¿Es un mejor Chile que el que le tocó al Cardenal?

Sí, creo que vamos progresando. Me declaro un gran admirador de este país. Hemos dado un salto espectacular, por ejemplo en la conciencia que existe hoy respecto a la necesidad de educarse. Cuando yo era chico, era un hecho que la gente pobre no se educaba, llegaba hasta cierto punto y nada más. No podemos olvidar, por ejemplo, que el partido Conservador combatió la ley de enseñanza obligatoria porque decía que los pobres serían desgraciados, ya que si aprendían a leer iban a salir de su ignorancia y se iban a poner tristes.

Otro indicador es la sensación de que somos capaces de hacer muchas cosas. La cantidad de gente que tiene computadores, Internet, y que sabe manejarse, es impresionante. La vida es más compleja pero, ciertamente, la situación en la que nos va a encontrar el Bicentenario es muy superior a la del otro centenario. Cada día se abren más posibilidades de que la gente lleve una mejor vida y, sin duda, la persona que empieza a vivir lo hace con mayores oportunidades.

Hay que hacer un reconocimiento de las personas que conformamos este país.

Carolina Huenchullán Arrué

Coordinadora del Programa de educación intercultural bilingüe del Ministerio de Educación.

¿Qué te pareció el texto del Cardenal?

Hoy estamos hablando mucho de educación, de transporte, de una serie de aspectos que tienen que ver con políticas sociales, pero poco se habla de sueños.

Me conmovieron mucho dos aspectos, uno que tiene que ver con la dignidad y otro con la solidaridad, porque creo que son los principios o las propuestas éticas y morales que más comunidad política pueden hacer del país.

¿Cómo ves la labor que desempeñó el Cardenal en la construcción de un país mejor?

Fue una labor muy importante sobre todo para la reconciliación del país, para ver la pobreza desde la valoración de las personas que no tienen los mismos medios que a lo mejor la elite intelectual o una elite más letrada.

Creo que su obra no tiene que ver con asistencia social, sino que con la relación de pares. El Cardenal ve la pobreza en otras dimensiones y valora a las personas a pesar de sus carencias y esa idea es trasladada a un conjunto de proyectos que son de su autoría. Pero, por sobre todo, su labor en el tema de los derechos humanos es muy importante.

Fue una persona que se la jugó mucho y creo que esa obra debe ser transmitida a la juventud y a los niños y niñas, porque poco nos va quedando de eso, poco entendimiento de lo que son los derechos humanos y de lo que significó este tema para la historia e historiografía de este país.

¿Crees que es posible sacar al Cardenal de la coyuntura que le tocó vivir y proyectar sus ideas hacia el Bicentenario?

De todas maneras. Se puede proyectar su obra, su pensamiento y su ideología más allá del contexto histórico, porque el mensaje que el Cardenal entrega, sobre todo en términos de solidaridad y dignidad, es un mensaje que apunta a crear sociedades más humanas y eso es parte de lo que nosotros deberíamos hacer de aquí al Bicentenario.

El Bicentenario tiene que ser un hito importante para poder entender qué es lo que significa la dignidad para las personas. Desde mi experiencia esto va muy asociado a lo que es reconocernos en cierta diversidad, porque en la filosofía, antes, y en la ética política, después, lo que se entendía por dignidad era la igualdad. Con ese concepto se hicieron muchas cosas pensando que lo mejor era dar dignidad tratando a las personas con derechos igualitarios y la evidencia demuestra que la igualdad, cuando se desconoce la diversidad cultural, no es un acto de justicia social.

Mencionabas que aún faltaban muchas cosas por hacer respecto de la dignidad. ¿Cuáles son las acciones que se deberían llevar a cabo para llegar al Bicentenario siendo un país que respeta la dignidad?

No quiero hablar de tolerancia, porque en eso soy optimista.

Lo primero es aceptarnos en la diversidad. Tenemos que tener la capacidad de reconocernos para que seamos personas dignas.

Hay que hacer un reconocimiento de las per-

sonas que conformamos este país, en su diversidad y allí reconocer lo que nos une y en esos puntos en común uno puede proyectarse como país y decir hacia allá queremos ir, hacia valores como la justicia social, la dignidad, la solidaridad...

Si pudiéramos relacionar el sueño del Cardenal respecto de la dignidad con el tema específico de la integración de los pueblos originarios, ¿cree que este sueño se ha cumplido o falta trabajar en él?

Yo creo que falta. Todavía los pueblos originarios son vistos por la sociedad chilena como seres inferiores, y también pasa con parte de la sociedad chilena que ve a los pobres como incapaces para hacer algo...

Creo que todavía nos falta un poquito de conciencia y respeto por los derechos. Uno no puede decir que vive en un país donde los derechos se respetan si sabes que la gente es discriminada.

Hay muchos datos duros sobre esto; datos que nosotros manejamos dicen que la brecha entre la población indígena y la no indígena es bastante amplia. Si tú miras el Censo 2002 o la Casen 2006, puedes ver que los indígenas siguen siendo el estrato social más pobre del país.

Mi deseo es que esto cambie, pero no te puedo decir que estamos cerca o que he visto algunos signos de sensibilidad, porque eso no está pasando. Todavía existe incompreensión sobre estos sujetos, sobre cómo sienten, cómo viven, sobre cómo profesan la religión, sobre cómo conciben el mundo...

Esa sensación de que hay personas que son

superiores o inferiores no te permite crear una comunidad de ciudadanos y ciudadanas que vivan en dignidad.

¿Cómo crees que enfrentaría el Cardenal los problemas que hoy tenemos como país?

Creo que no sería una persona que se quedaría callada. No se sentiría fuera, y aunque no fuera invitado, se haría invitar para hacerse parte de cuestiones que son importantes para recuperar estos sueños que tenía.

Me imagino que incluso estaría mediando entre distintas disputas que hoy pueda haber, desde las más simples a las más complejas. Creo que estaría siendo bastante conciliador y dando sentido y norte a la discusión. No estaría ni en la galería ni en la tribuna, estaría siendo partícipe y creo que estaría, como lo hizo en varias oportunidades, haciendo llamados precisamente a darle un proceso de construcción de sentido al Bicentenario.

El Cardenal sería un aliado de las transformaciones que necesitamos.

¿Cuál es tu sueño de Chile?

Mi sueño es que la gente no le tenga miedo a la diferencia, porque podemos enriquecernos en esa diversidad. Aprender a valorar lo que los otros te puedan entregar y sobre estos actos construir comunidad, pero una comunidad basada en la dignidad, la solidaridad, el respeto, la tolerancia...

No me imagino un nuevo siglo si no se hace especial énfasis en estos valores...

*Un país que ofrezca oportunidad
de crecimiento y desarrollo a todos.*

Esperanza Cueto Plaza

Directora ejecutiva y socia fundadora de Comunidad Mujer.

¿Qué te pareció el texto del Cardenal?

El texto, sentido y lúcido, apunta a algo que con el tiempo hemos ido perdiendo como sociedad, esto es, la capacidad de mirarnos con detención y profundidad, y la necesidad de encontrar una visión, un sueño de largo aliento, que pueda convocarnos e incluirnos a todos.

Creo que la capacidad de soñar un futuro mejor, donde, como bien lo dice el Cardenal, todos seamos respetados en nuestra dignidad, independientemente de las condiciones sociales o de género, es algo que debiera guiarnos siempre.

Ese sueño debiera ser el norte de quienes estamos trabajando para que Chile sea un país de iguales oportunidades para todos.

¿Cómo ves la labor que el Cardenal desempeñó en la construcción de un país mejor? ¿Y su labor en el ámbito de la dignidad?

El Cardenal Silva Henríquez es, sin duda, una de las figuras que más marcaron al país en la segunda mitad del siglo pasado. Todo lo que él realizó en términos pastorales, en materia de educación a los jóvenes, pasando por su labor con los campesinos, con los pobres, su defensa de los valores familiares, de lo que él llamó “el alma de Chile”, y especialmente su defensa de los derechos humanos, todo ello representa un compromiso notable por la dignidad de la persona humana.

Creo que esos fueron sus grandes aportes para la construcción de un país mejor y el legado con el que muchos nos sentimos identificados.

¿Crees que es posible sacar al Cardenal Silva de la coyuntura en la que vivió y proyectarlo hacia los años venideros, pensando sobre todo el Bicentenario?

Como toda persona, el Cardenal es el fruto del tiempo que le tocó vivir, pero su pensamiento y sus obras se mantendrán siempre vigentes y son una referencia permanente.

Sin duda, hemos avanzado muchísimo en temas como la superación de la pobreza, el respeto a los derechos de las personas y otros, pero pienso que todavía falta mucho para que se concrete ese sueño de construir un país en el que se respete a todas las personas en su dignidad, en el que reine la solidaridad, en el que se pueda vivir plenamente el amor, en el cual se superen las muchas desigualdades que todavía tenemos como sociedad. No por nada, los estudios reflejan que los chilenos no nos sentimos felices.

Si pudiéramos relacionar el sueño del Cardenal con el respeto a la dignidad de la mujer en Chile, ¿Se ha avanzado en este tema? ¿Cuál es el lugar que la mujer tiene hoy en nuestra sociedad?

El Cardenal nos invita a vivir en un país donde “el hombre y la mujer sean respetados... donde todos vivamos con dignidad”...creo que desde esta perspectiva Chile aún está en deuda con las mujeres.

La dignidad de la mujer se reconoce cuando un país trabaja para eliminar los fuertes niveles de pobreza que la aquejan a ella y a su familia.

En nuestro Chile actual, y así lo confirman los datos de la Casen 2006, el 37,2 por ciento de los hogares pobres tienen una mujer como

jefa de hogar, esto representa un aumento del 34,2 por ciento respecto del año 2003. Pero lo lamentable y la señal de alerta es que si bien la pobreza en Chile va en disminución, entre las mujeres, y en especial entre las mujeres jefas de hogar, esa condición va en aumento.

El Cardenal también nos dice “que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable que le permita alimentar a su familia...” Si bien es cierto que la participación laboral de las mujeres ha aumentado en torno al 30 por ciento durante los últimos diez años, esta tasa de participación sigue siendo una de las más bajas en Latinoamérica. Esta situación se acentúa en las mujeres del primer quintil de ingresos, donde sólo un 26 por ciento participa del mercado laboral. Sin lugar a duda, el Cardenal hoy pediría por un trabajo digno que permita a estas mujeres no sólo alimentar a sus familias sino darles una vida digna.

Además, es importante agregar que estas mujeres se encuentran insertas principalmente en el sector servicios y agrícola, cuyos horarios y bajas remuneraciones no siempre favorecen una vida familiar digna y real desarrollo de sus talentos. Sabemos también que en torno al 42 por ciento del trabajo informal es femenino, el que tiene poca o ninguna protección social.

Para avanzar en el sueño del Cardenal, nuestra sociedad debe comprometerse a asegurar igualdad de oportunidades y acceso para todas las mujeres a una educación de calidad; a trabajos dignos y bien remunerados; a tener una familia. Finalmente, que se le reconozca su aporte al desarrollo económico, social y cultural de nuestro país.

Parte de tu trabajo ha sido contribuir de alguna manera a que este sueño del Cardenal se haga realidad ¿Qué falta por hacer para que este sueño se cumpla?

A falta del gran sueño que sea capaz de convocarnos a todos, independientemente de nuestras diferencias, en Comunidad Mujer partimos de un anhelo propio, cual era que mujeres de distinto origen, profesiones, creencias políticas y religiosas podían reunirse para reflexionar, compartir visiones y llevar a cabo acciones tendientes a superar las desigualdades y discriminaciones que día a día enfrentan y afectan a la dignidad de las mujeres de nuestro país.

Quizás a nuestro país le falta algo similar: sentirnos parte de una gran familia, de una comunidad en la cual se viva en la solidaridad y el respeto por la dignidad de todos.

¿Cuál es tu propio sueño de Chile?

El Cardenal dijo que vivimos en un país que es “pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica”; pero “grande y desbordante en su riqueza de espíritu”. Esa riqueza, que no es más que la de su gente, debiera estar en el centro del país con el que quiero soñar y construir.

Como él lo decía, un Chile en el que todos, cualquiera sean sus diferencias, sientan y ejerzan “el derecho a sentirse sus hijos”, a ser “padres de un nuevo Chile”; un Chile en el que “sin distinción ni excepción alguna”, reine “la vocación de todos a ser libres”; en definitiva, un Chile más fraterno y solidario, que ha sido capaz de superar sus desigualdades y de ofrecerle oportunidades de crecimiento y desarrollo a todos sus habitantes, cualquiera sea su condición social, sean hombres o mujeres.

Ése es mi sueño.

Me gustaría un Chile donde se reconozca que el trabajo es más importante que el capital y se valore la dignidad.

Juan Somavía

Director General de la Organización Mundial del Trabajo con sede en Ginebra.

¿Qué le pareció el texto “Mi sueño de Chile”?

Leí ese texto maravilloso cuando era Embajador de Chile en Naciones Unidas y estaba impulsando una Cumbre Mundial para el Desarrollo Social, en una época en la que se imponía una globalización que se había olvidado de la gente. Sentí una inyección de energía, de razón de ser, como si el Cardenal me estuviera diciendo “échale para adelante, muchacho, que vas por la buena vía”.

La Cumbre fue exitosa, colocó de nuevo “lo social” en medio del debate internacional y fue luego el fundamento de los objetivos del Milenio para el año 2015 que hoy orienta las actividades de Naciones Unidas.

Siempre sentí la fuerza inspiradora del “Sueño de Chile” y la necesidad de que también fuera “el sueño del mundo”.

¿Cómo ve la labor que el Cardenal desempeñó en la construcción de un país mejor?

Para quienes vivimos fuera de Chile durante parte de la dictadura, no hay duda de que el Comité Pro-Paz y la Vicaría de la Solidaridad fueron hitos de esperanza. Expresaban el compromiso de la Iglesia con los derechos humanos, pero también simbolizaban el coraje de un hombre, un chileno que con gran fuerza moral e inteligencia política, entendió que la historia le había entregado la tarea de enfrentar al dictador. Y sabía que el alma de ese pueblo de Chile, silenciado por el poder militar, le gritaba a viva voz que persistiera en la defensa de la dignidad. Eso le dio la fuerza para imponer un “mano a mano”, donde la dictadura no pudo nunca doblegarlo.

La labor y la influencia del Cardenal no fueron sólo para construir un Chile mejor. Había un gran respeto por él en el mundo, que persistió luego del fin de la dictadura. La gente quería oírlo, recibir su mensaje.

Puebla fue un momento de encuentro con él. Eran días difíciles para un continente marcado por dictaduras militares. Para los chilenos, pesaba la tragedia de una patria dividida, con cientos de miles castigados por el exilio. De eso fuimos a hablarle al Cardenal, pensando en los años que vendrían para Chile. Le dijimos que había que seguir luchando por la recuperación de la democracia y el derecho de todos los chilenos a vivir en su patria, pero, junto con el retorno, había que pensar en el reencuentro. «Sí, el reencuentro», nos dijo. «Habrá que pensar cómo trabajamos para que en los años venideros aquellos que salieron al mundo y aquellos que estuvieron siempre dentro, puedan reconstruir el diálogo, anular las desconfianzas y compartir los entusiasmos de mirar juntos el futuro, más allá de cualquier campo político. Cuando llegue el momento, también habrá que construir espacios para compartir las experiencias y los dolores, las esperanzas y lo que todos hemos aprendido en estos años tan duros. No lo olvidaré... aunque, sinceramente, creo que el reencuentro no será tan pronto », agregó con su voz fuerte y a la vez reflexiva.

Cuando llegó el momento de nuestro propio retorno a Chile, en 1983, es el Cardenal quien nos da amparo. Había creado la Academia de Humanismo Cristiano para cobijar a tantos profesionales despedidos de las universidades y la función pública por la dictadura.

En 1985, invité al Cardenal Silva a trabajar en uno de esos espacios donde actores sociales, políticos, de iglesias, de organizaciones sindicales, juveniles y femeninas tendrían mucho que decir: la Comisión Sudamericana de Paz. Comprometió su apoyo desde el comienzo y viajó a Buenos Aires para la sesión inaugural. Su voz, siempre fuerte, llamó a la fraternidad entre nuestros pueblos. Había que pensar nuestro futuro colocando al ser humano en el centro del desarrollo y de la vida sin temores.

Sociedades con respeto a los derechos humanos y al diálogo. Sociedades que tomaban la opción por la paz. Era así como el Cardenal entendía que debíamos trabajar para cuidar el alma de Chile.

¿Es posible decir que hoy tenemos un país que respeta la dignidad?

Nos hace falta una gran institucionalidad del diálogo. Hay que colocar los temas que le importan a la gente en su vida diaria mucho más en el terreno de los acuerdos que en el de las diferencias insalvables.

Chile tiene la capacidad de ser mejor. Si las cosas siguen como están, continuaremos teniendo grandes injusticias desde el punto de vista social, grandes inequidades y discriminaciones.

¿Nuestro país hoy respeta los derechos y la dignidad de los trabajadores? ¿Cuánto se ha avanzado en este tema?

Sabemos que hay abusos laborales. No son, sin duda, todas las empresas, pero sí suficientes para que el problema sea real. Se dificulta la organización sindical y todos sabemos que los salarios en Chile son muy bajos. Son he-

rencias del pasado, donde primaba la arrogancia del patrón o la impunidad de la dictadura. Eso no es digno del Chile de hoy.

La empresa, desde una perspectiva cristiana, tiene que hacer más humanas las relaciones laborales y reconocer equitativamente, a través del salario, la contribución del trabajador a la riqueza que ayudó a generar. Al mismo tiempo, muchos sindicatos tienen que modernizarse, fortalecer la autonomía sindical, capacitar a sus líderes, dejar atrás las divisiones y ofrecer a los trabajadores la oportunidad de que, a través del sindicato, puedan realizarse como seres humanos más completos.

¿Cuál es su sueño de Chile?

Me gustaría ver un Chile donde impere una verdadera democracia social, donde se reconozca que el trabajo es más importante que el capital y se valore la dignidad. Un Chile donde impere el diálogo, se respeten las diferencias y se construyan consensos de los que se beneficien los más necesitados. Un país productivo, creativo, innovador, donde cada cual tenga los espacios para que su propia energía lo lleve lejos, particularmente mujeres y jóvenes. Un país en paz consigo mismo, que no olvida el pasado, pero que es conciente de que la tarea de hoy es construir día a día un futuro mejor. Un país donde nunca, nunca más, la discordia civil abra paso a la siempre inaceptable intervención militar. Y un país donde el sueño del Cardenal Silva, que es el sueño de muchos chilenos, se pueda finalmente hacer realidad.

Falta "Que los actores sociales hagan su papel".

David Bravo Urrutia

Miembro del Consejo Asesor Presidencial Trabajo, Salario, Competitividad y Equidad Social
"Hacia un Chile más Justo".

¿Qué te pareció el texto del Cardenal "Mi sueño de Chile"?

Cuando uno lee este sueño, lo que ve es el desafío de la equidad para Chile, dicho desde el año 1991, y se da cuenta de que esta carta no deja de ser actual.

¿Por qué no deja de ser actual?

Porque está dicho en un momento en el que teníamos un enorme desafío con la equidad, después del reencuentro con la democracia, y uno puede tomar cada una de las frases del texto y decir que no cabe ninguna duda de que, desde el momento en el que el Cardenal lo escribió hasta ahora, claramente hemos avanzado, como país, como sociedad.

¿En qué hemos avanzado?

Hemos avanzado por cierto en el tema de la miseria y de la pobreza. No hay ninguna duda de que la pobreza que teníamos en Chile el año 1990, hoy, en 2007, claramente ha caído. Y eso creo que también hay que decirlo como país con cierta alegría, porque a veces la magnitud de los desafíos que tenemos por delante es un peso muy fuerte que no nos hace mirar con claridad lo mucho que hemos avanzado en tan poco tiempo.

Yo diría que como país hemos tenido ciertos logros que son importantes, pero al mismo tiempo esta carta sigue más vigente que nunca, porque a pesar de todos estos avances en algunas áreas, el desafío que tenemos por delante es aún más grande.

¿Y cuál es ese desafío?

El desafío de la equidad en todo sentido. Por una parte, es verdad que hay menos pobres, pero sigue siendo cierto que todavía tenemos

a mucha gente que tiene ingresos bajos. Es verdad que hay acceso a la salud, pero todavía tenemos que hacer andar este plan con garantía, que es el AUGE, y tenemos que llegar a que los tiempos de espera sean aceptables y dignos para las personas. Para qué decir el transporte, hoy día que es un tema importante, y la vivienda.

Tomando línea por línea lo que nos plantea el Cardenal en su texto, yo creo que podemos decir que este no es un país que se ha quedado estático. El Cardenal escribió esta carta en un momento especial del país, donde estábamos iniciando un camino y donde teníamos mucha incertidumbre respecto de lo que venía. Hoy, podemos decir que ese camino se ha recorrido como sociedad, pero, por otro lado, está la sensación de que esta tarea recién comienza.

¿Por qué?

Porque al parecer la desigualdad es algo que está bastante enraizado en nuestro país. Hemos hecho muchos intentos por mejorar las condiciones de vida de los que más lo necesitan en Chile, pero recién ahora, que hemos avanzado de forma muy significativa en este terreno, creo que estamos tal vez en mejores condiciones de poder abordar la tarea de manera más integral, por eso es que me parece que la carta escrita por el Cardenal, leída hoy, también nos sigue fijando una hoja de ruta.

Esa fue la impresión más fuerte que tuve cuando la releí. Me gustaría que mis compañeros de Comisión pudieran tenerla. Creo que es un bonito desafío contrastar lo que dice el texto con el trabajo que estamos rea-

lizando, de reflexión y propuestas, y tal vez algo útil para nosotros sería preguntarnos si efectivamente ese informe que haremos es una respuesta hoy a lo que nos dice el Cardenal.

¿Qué reflexiones y propuestas se están dando hoy en la Comisión de Equidad?

La Presidenta convocó a este Consejo para que hiciera un diagnóstico y pudiera presentar sus recomendaciones.

El área en la que yo estoy y que conozco más tiene que ver con la equidad en el mercado laboral, empleo, salario mínimo, flexibilidad laboral, qué pasa con las distintas políticas para que las personas puedan tener mejores empleos y más empleo.

Un tema relevante que estamos abordando es el de los jóvenes que no tienen empleo suficiente, o bien, no tiene las oportunidades para disminuir el desempleo en los primeros años de su experiencia laboral. Por otro lado, estamos trabajando fundamentalmente el tema de las mujeres, porque hay hartos desafíos de equidad en el ámbito de género.

¿Ha habido alguna discusión respecto del llamado salario ético?

Bueno, ese es uno de los ejes de esta Comisión y vamos a abordarlo.

Mi impresión es que el llamado de la Iglesia al salario ético es muy relevante, porque nos pone un poco con el deber ser.

Una relación laboral no es solamente una compra venta de mercancía o de servicios laborales. Hay otros aspectos fundamentales

que se juegan, como la dignidad, la realización de las personas, ideas sobre las cuales la doctrina social de la Iglesia ha escrito por largo tiempo.

El salario tiene dos o más funciones; desde el punto de vista económico, la retribución, la compensación por los servicios laborales, pero, por otro lado, todos sabemos que el salario, como fuente principal de ingresos de los hogares, tiene que ver con la condición de subsistencia de las personas y, por lo tanto, con la dignidad de las personas.

El dilema que enfrentamos los países en vías de desarrollo, es que no podemos pagar los salarios que quisiéramos pagar, fundamentalmente porque estos tienen que ver con la productividad y típicamente esa productividad es baja en economías como la nuestra. El desafío es cómo avanzar para que en nuestro mercado laboral los salarios tengan un marco de realismo.

Un elemento adicional, que me parece que sale a la palestra en la discusión del salario ético, independientemente de lo que haga la política social y la política de reajuste del salario mínimo y otras políticas de ingreso del gobierno, tiene que ver con la responsabilidad social empresarial. Lo importante es reconocer que en una relación laboral hay un sentido mucho mayor que una simple transacción de mercancía. Por ello, al menos para mí, esa discusión del salario ético es también un llamado muy concreto y directo al sector privado y público a examinar su política salarial y efectivamente preguntarse si las condiciones son las mejores posibles y si hay algo más que se puede hacer al respecto.

Con todos los obstáculos que pone la economía para alcanzar resultados visibles, ¿podremos en algún momento hablar de que se logrará este sueño de la equidad? ¿Cómo abordamos el desafío de acabar con la desigualdad?

Cómo abordar ese tema es una de las preguntas más relevantes que tiene Chile, por eso yo confío mucho en la discusión que estamos haciendo en la Comisión, que nos va a permitir abordar las causas de largo plazo de esa desigualdad.

Dos o tres cosas que en este sentido se pueden decir y que son todas de largo aliento. Una, tiene que ver con la cuna, prácticamente. Se ha hablado siempre de la educación como algo que nos iguala, pero los estudios recientes son aún más duros y dicen que en realidad es la educación, pero también, y tal vez en mayor medida, es lo que ocurre en los primeros dos años de vida. Entonces, debe haber una profunda revisión de las políticas que tenemos ahí en esos primeros dos años. Tomar tempranamente a los niños para asegurarnos de que todos tengan oportunidades equivalentes es muy importante. Por eso creo también que es tan relevante todo el esfuerzo que hay que hacer en educación preescolar, en salas cunas, en jardines, que son la oportunidad para que niños que vienen de hogares que están mal constituidos o que tienen bajos ingresos puedan tener la posibilidad de igualarse.

Pero, también la educación está fuertemente relacionada con la desigualdad en Chile. Entre el año 1974 y el año 1990, más o menos, la desigualdad aumentó de manera muy

significativa en el mercado laboral y si tú miras los datos, eso tiene que ver con las diferencias que se abrieron entre la gente que estudia en la educación superior y quienes no.

Por cierto que todas las medidas para que la cobertura educacional aumente en los grupos de menores ingresos es crucial para dar mayores oportunidades. En Chile necesitamos un gran esfuerzo en educación.

Pero luego de toda la discusión que hubo respecto de este tema, ¿por qué aún no podemos ver resultados?

Tal vez parte del problema está en que esto se ha estado mirando como políticas de gobierno y en realidad son políticas de Estado, entonces, corremos el gran riesgo de que a veces se invierte gran cantidad de recursos en educación, pero si no resulta, a lo mejor vendrá otro ministro u otro grupo político que va a tratar de hacer algo distinto, pero en educación los esfuerzos son acumulativos. Entonces, no podemos perder el tiempo y sí se requiere de un grupo de personas que esté mirando esto como país.

Creo que se necesita un gran esfuerzo relevante y ponernos metas para que podamos ver resultados.

¿Podremos ver estos resultados en algún momento? ¿Es posible llegar a pensar que habrá mayor equidad?

Tengo una visión más optimista y por eso parto de la carta que el Cardenal escribió.

Creo que claramente con consenso es posible dar a las tareas que quedan por delante una dimensión más de Estado que de un gobierno en particular. Si hacemos eso, vamos a dejar estas tareas un poco menos a la intemperie. En realidad, esto requiere de una mirada completa.

Estoy convencido de que todo lo que estamos haciendo ahora va a tener un impacto positivo a futuro. Son apuestas a largo plazo.

También me parece que estas reformas necesarias deben combinar el papel del Estado y del sector privado, pero hay un tercer actor que típicamente no entra y que es muy relevante. Toda la discusión que hemos tenido en Chile desde los '90 ha sido mercado – Estado, como si fuera más de uno o menos de otro. En Chile, probablemente lo que nos falta, y le falta al mercado y al Estado, es el tercer actor que es la sociedad. Que los actores sociales en general hagan su papel. Esa voz en particular creo que le hace mucha falta a este problema de la equidad y diría que esta es una tarea para la sociedad a las puertas del Bicentenario. La sociedad se tiene que organizar y esa no es una tarea que tenga que hacer el Estado.

Pero de alguna forma hay razones para que no exista esa organización social. Por mucho tiempo se anuló el derecho a organizarse...

Bueno. Sí. Eso es muy importante. Tal vez la historia afectó y en ese sentido yo soy fiel partidario de que el Estado busque los mecanismos y los incentivos más apropiados para que surja esa asociatividad.

Pero, en definitiva, hay una tarea que es de las personas y ahí es donde tomo una palabra del

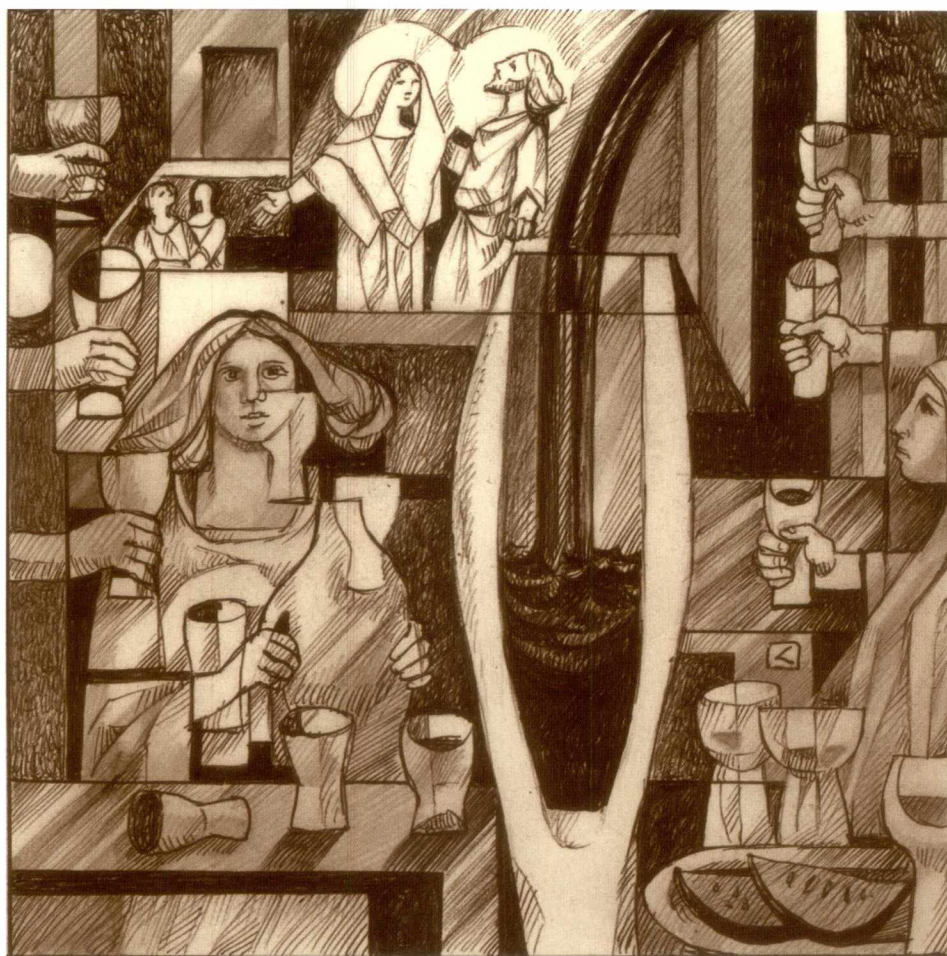
Cardenal, la solidaridad. Para que esta dimensión de la sociedad sea más completa, se necesita menos egoísmo, que las personas estemos dispuestas a sacrificarnos por bienes que son superiores, ser capaces de dedicar nuestro tiempo para que otros también se puedan beneficiar.

¿Cuál es tu propio sueño de Chile?

Creo que mi sueño tiene que ver con esta dimensión de equidad básica donde, independiente de donde tú naciste, que no depende de uno, ni de tus méritos, ni de tu esfuerzo, independientemente de cuál sea el estado material del lugar donde uno nace, exista una sociedad que nos ofrezca oportunidades que estén a la altura de la dignidad de cada persona.

A lo mejor, si hubiéramos tomado más en serio las palabras del Cardenal y nos hubiéramos propuesto metas específicas, estaríamos llegando mejor al 2010. Hoy día, estamos llegando a los 200 años de Chile un poco a mitad de camino.

capítulo III



La Solidaridad

QUIERO UN PAÍS DONDE REINE LA SOLIDARIDAD



La preocupación por la solidaridad
en sus distintas dimensiones
pertenece al corazón de la Doctrina Social de la Iglesia.

PEDRO MORANDÉ COURT

Sociólogo.
Decano Facultad de Ciencias Sociales
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile.

El mismo año en que se conmemoró el centenario del natalicio del Cardenal Raúl Silva Henríquez, los cuarenta años de la encíclica *Populorum progressio* del Papa Pablo VI y los 20 años de la encíclica *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II, se celebró en el Santuario de Nuestra Señora Aparecida, en Brasil, la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y El Caribe. En su discurso de inauguración, el Papa Benedicto XVI dijo a los obispos allí reunidos: “Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, “pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura... a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin” (*Populorum progressio*, 21).

El derecho a la vida plena, propia de los hijos de Dios, ha sido también la inspiración que tuvo Don Raúl para soñar un país solidario y crear la Vicaría de la Solidaridad. Aunque la creación de la Vicaría en enero de 1976 fue, en cierto sentido, imprevista e impuesta por las circunstancias del cierre del Comité de Cooperación para la Paz, la preocupación por la solidaridad en sus distintas dimensiones pertenece al corazón de la Doctrina Social de la Iglesia, tanto en su fundamentación bíblica, como en el desarrollo que alcanzó en el magisterio social de los pontífices desde León XIII en adelante. El lema episcopal del Cardenal “*Caritas Christi urget nos*” explica por sí mismo la vastísima obra social que realizó durante sus 22 años como Arzobispo de Santiago. Como antecedente más inmediato de la creación de la Vicaría, habría que recordar su carta Pastoral de la Solidaridad, publicada el 25 de julio de 1975 la que representa, sin duda, un buen indicio de que, no obstante la imprevisibilidad de lo que sucedería seis meses después, en la mente del Cardenal se decantaba ya la necesidad de que la Iglesia hiciese una contribución decisiva para el reencuentro de los chilenos y el fortalecimiento de una sociedad civil más justa e integrada. Inspirado ahora en la parábola del Buen Samaritano, sentía la urgencia de salir al encuentro de quienes sufrían la violación del derecho a la

vida por parte de los agentes del Estado, en el ámbito político, como también de quienes debían asumir los costos sociales más altos de los cambios introducidos por las nuevas políticas económicas: desempleados, pobladores, obreros, campesinos, pequeños propietarios agrícolas, etc. A comienzos de 1977 crearía la Vicaría de la Pastoral Obrera, más especializada que la anterior, pero compartiendo similares fuentes de inspiración.

Como se sabe, el concepto de solidaridad se convertiría en uno de los conceptos claves del magisterio de Juan Pablo II y del sindicalismo obrero polaco que, años más tarde, serían un factor decisivo en la transformación político social de toda Europa oriental y en el término subsiguiente de la guerra fría. En esto, nuestro Cardenal fue pionero y su palabra, profética. Sin embargo, aunque la expresión es nueva, el concepto es antiguo y pertenece a la tradición de la Iglesia y, antes todavía, a la filosofía aristotélica. El mismo Juan Pablo II lo recuerda del siguiente modo: “El principio, que hoy llamamos de solidaridad y cuya validez, ya sea en el orden interno de cada Nación, ya sea en el orden internacional, he recordado en la *Sollicitudo rei socialis*, se demuestra como uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política. León XIII lo enuncia varias veces con el nombre de «amistad», que encontramos ya en la filosofía griega; por Pío XI es designado con la expresión no menos significativa de «caridad social», mientras que Pablo VI, ampliando el concepto, de conformidad con las actuales y múltiples dimensiones de la cuestión social, hablaba de «civilización del amor»” (*Centesimus annus* n.10). Cualquiera sea la expresión usada conforme a las circunstancias de cada época, se trata de la definición misma de cuál es el orden justo de la vida social y cómo la justicia y la caridad se necesitan recíprocamente para garantizar la vida plena a la que tienen derecho los seres humanos como hijos de Dios.

El actual pontífice, Benedicto XVI, después de recordar estos conceptos de sus predecesores, ha vuelto a plantear el mismo tema en su encíclica *Deus caritas est* con las siguientes palabras: “La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse

*Porque tuve hambre y me disteis de comer;
peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis;
enfermo, y me visitasteis; preso y vinisteis a verme...*



EL 14 CHILE RECIBE A SU CARDENAL





al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar... El amor –caritas- siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo” (n.28).

Este breve recuento del magisterio pontificio me parece que ayuda a poner en perspectiva el significado de la Vicaría de la Solidaridad, no sólo en el contexto de la convulsión social y política de los años en que se creó, sino en el horizonte más amplio del servicio de la Iglesia a la justicia y la caridad en la sociedad chilena. Ayuda a comprender, sobre todo, la actitud evangélica del propio Don Raúl, quien era la piedra angular de esta y de todas las demás vicarías. Toda representación vicaria remite a quien delega su propio oficio en esa representación. En este sentido, a la Vicaría de la Solidaridad no se la puede entender solamente como una mera organización, donde llegaron a trabajar algunos cientos de personas, y que fue relativamente exitosa en el cumplimiento de su tarea. Tampoco, incluso, se la puede considerar exclusivamente desde el reconocimiento y prestigio internacional de que gozó por su defensa de los derechos humanos en una determinada época de la historia, aunque estemos orgullosos de ello. Creo que debemos preguntarnos más bien cuál fue la lección que aprendimos, si es que lo hicimos, del Pastor que arriesgó su propia seguridad y la de sus colaboradores hasta convertirse en el “enemigo principal” del régimen, según expresión de la época, que aceptó convertirse en “signo de contradicción” para la sociedad, e incluso, lo que a él más dolía, sufrir la incompreensión de quienes pensaban que ponía en riesgo la unidad de la Iglesia, como queda ampliamente documentado en sus propias memorias. Pienso que detrás de todos estos desafíos, lo que estaba en juego para él era lo que él mismo llamó “el alma de Chile”, la dignidad de sus gentes, la nobleza de su cultura, la posibilidad de convivir en paz no sólo en el momento en que ejerció





activamente un protagonismo indiscutible, sino cuando nuevas generaciones cumplieran el natural relevo que impone la ley de la vida.

No cabe duda que, a ejemplo del Buen Samaritano, la Vicaría representó un signo elocuente de caridad evangélica, como lo atestiguan las miles de personas y familias que recibieron consuelo, apoyo y protección en circunstancias muy difíciles para sus vidas, de parte de quienes trabajaban en ella. Pero su actividad era también, como la persona del propio Cardenal, un aguijón en la buena o mala conciencia de los chilenos y en los medios de comunicación, respecto a que la construcción de un orden justo, aún cuando se invoquen situaciones de excepción, exige el respeto irrestricto a la vida y a la dignidad de las personas, el cumplimiento de la ley moral natural como criterio de legitimación del orden social, el reconocimiento de la libertad de las personas para actuar según su recta conciencia, la protección jurídica de sus derechos esenciales, la protección social de los más débiles y excluidos en razón de su escaso capital social o cultural, la participación de todos en la construcción de un destino compartido y orientado por el bien común.

No siempre es fácil armonizar ambos principios en las circunstancias específicas de la historia. Algunos hubiesen preferido la caridad de la Iglesia pero sin ninguna demanda asociada respecto al orden justo. Otros, en el polo opuesto, una reivindicación del orden justo sin perder el tiempo y las energías en la acogida caritativa de los que sufren. Me parece que nadie puede negar que el Cardenal Silva se esforzó en cada circunstancia por equilibrar ambas dimensiones sin anteponer ningún reconocimiento personal a la conservación del patrimonio espiritual de Chile. Soportó la crítica tanto de sus colaboradores como de sus detractores, teniendo siempre presente que en todo aquello que hiciera o dejara de hacer asumiría un protagonismo en primera persona que nadie podría reemplazar. Su voz era reconocida dentro y fuera de Chile, tanto por el pueblo sencillo como por los líderes de su tiempo, como una voz propia, única, inseparable de su persona. Aunque se quejaba de que no lo escuchaban o no le hacían caso, sabía que nadie quedaba indiferente a su voz. Tal vez la única excepción haya sido la Universidad Católica. Siempre tuve la impresión de que el Cardenal tenía una aguda autoconciencia de su propio protagonismo en





la orientación que asumiría el desenlace final de los tormentosos hechos históricos que acabaron con la convivencia pacífica entre los chilenos. Se identificó de tal modo con su oficio de Pastor del pueblo que, como él mismo confiesa en sus memorias, no le fue fácil abandonarlo cuando cumplió la edad canónica para hacerlo.

Es materia discutible si acaso el Acuerdo Nacional alcanzado por los principales líderes políticos en 1985, bajo el patrocinio de su sucesor, el Cardenal Juan Francisco Fresno, fue facilitado por su retiro. Pero más allá del análisis de coyuntura, me resulta inimaginable ni que el proceso de institucionalización del régimen militar que se decide con la Constitución de 1980 ni el mencionado Acuerdo de 1985 se hubiesen producido de igual modo con independencia de la palabra y de la actitud asumida por el Cardenal Silva en los años de su gobierno pastoral de la Arquidiócesis de Santiago. Las homilias de los Te Deum de fiestas patrias han dejado el registro de lo que él consideraba permanente de la tradición cultural nacional y de lo que eran desafíos de cada coyuntura. O mejor dicho, aprovechaba los dilemas de la coyuntura para recordar los valores permanentes que daban sustentabilidad a la convivencia nacional: el primado de la libertad, el respeto a la dignidad humana y al derecho, la paz social, el amor a la verdad, la posibilidad de discrepar. Todo ello, sin embargo, lo consideraba posible de alcanzar sólo cuando el contexto social propiciara un orden social justo e integrado, con trabajo, educación, vivienda, desarrollo. Don Raúl no era un intelectual, sino alguien con una muy marcada sensibilidad social e histórica. Un hijo de su tiempo que aspiraba también a ser su Padre y Pastor, a orientarlo hacia un horizonte más humano y digno de ser vivido.

Este talante de su personalidad y la aguda autoconciencia de su protagonismo personal lo convirtieron objetivamente, sin duda, en un factor de mucho peso para la historia social y política del país. Cuando se mira el conjunto de la historia republicana de Chile, no es difícil llegar a la conclusión de que ella ha estado marcada por grandes personalidades individuales, carismáticas, que en distintos momentos y también con diferentes orientaciones, ayudaron al país a sortear las encrucijadas más angustiantes. No quisiera sugerir nombres

para no forzar comparaciones. Pero tanto en el siglo XIX como en el XX encontramos estas personalidades decisivas para la convivencia nacional. A pesar de que suele decirse que Chile es uno de los países más europeos de entre los latinoamericanos, por la estabilidad de sus instituciones y de las orientaciones ideológicas de sus grupos dirigentes, ello no ha sido obstáculo para que hayan surgido estas personalidades altamente originales capaces de imprimir a los acontecimientos un sello propio.

El Cardenal nunca ocultó sus simpatías por las orientaciones socialcristianas. Sin embargo, le tocó vivir el período del postconcilio Vaticano II en que los católicos comenzaron a diseminarse a lo largo y ancho de todo el espectro político. Ya a fines de los años sesenta, grupos de origen socialcristiano se habían desplazado hacia la izquierda abrazando el ideario socialista. Otros, desde el gremialismo, contribuían a la renovación de la centroderecha. El mismo Cardenal reconoce en sus memorias que una de las mayores dificultades de la confrontación que vivió la Iglesia con el gobierno militar estaba dada por el hecho de que la mayoría de sus líderes también eran católicos. Así, los problemas del país y de la Iglesia eran, en cierto sentido, inseparables, o al menos, estaban estrechamente vinculados. En este contexto, es fácil comprender que la voz del Arzobispo de Santiago sobre las circunstancias del momento fuese inevitablemente interpretada con intencionalidad política. Ni siquiera el exitoso Congreso Eucarístico Nacional de 1980, que por su propia naturaleza, constituye uno de los actos más genuinamente religiosos, pudo ahorrarse las suspicacias de esta interpretación. Lo mismo podría decirse que ocurrió con la posterior visita a Chile del Papa Juan Pablo II en 1987.

Lo que ocurre es, como recordaban las palabras citadas de Benedicto XVI, que si bien la construcción del orden justo de una sociedad es responsabilidad del Estado y no de la Iglesia, esta última no puede marginarse de la lucha por la justicia y el respeto de la dignidad humana, y debe prestar una colaboración activa e insustituible para que la razón se libere de su ceguera ética. Tal ceguera no afecta sólo al respeto de los derechos humanos de los disidentes políticos, sino también los derechos del conjunto de los socialmente excluidos por diversas razones. Por ello, la sustentabilidad en el mediano y largo plazo de



Los católicos comenzaron a diseminarse a lo largo y ancho de todo el espectro político.

A fines de los sesenta grupos de origen socialcristiano se habían desplazado hacia la izquierda abrazando el ideario socialista. Otros, desde el gremialismo, contribuían a la renovación de la centro derecha.







un proyecto histórico de Nación exige la integración social, la armonización de los principios de solidaridad y subsidiariedad, la participación protagónica de las personas en todos los asuntos que conciernen a su vida y al bien común de la sociedad. Esta preocupación superior por la solidaridad intergeneracional de los pueblos es lo que va formando su tradición cultural y la Iglesia ha situado su voz en este plano, puesto que con ello apela a la conciencia de las personas para que asuman su responsabilidad por el bien de todos, pero reconoce al mismo tiempo la autonomía de cada uno de los órdenes de realidad que distingue el ordenamiento institucional y la vida privada de los ciudadanos. Aunque lo haya hecho con un estilo personal único y original, el Cardenal siempre fue a este respecto extremadamente fiel a las orientaciones pontificias y a lo establecido por la Doctrina Social de la Iglesia en relación a los diferentes ámbitos de la vida social.

Nada distinto hizo su sucesor como Arzobispo de Santiago, el Cardenal Juan Francisco Fresno, al proclamar que “Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento”. El propio Juan Pablo II hizo suya también esta afirmación cuando visitó Chile. Para entonces las circunstancias políticas habían cambiado, puesto que estaba ya determinado el cronograma de la institucionalización progresiva del país y la forma de recuperación de la democracia. Sólo unos pocos grupos desestimaban esta vía y querían un término violento y abrupto del régimen. También había cambiado la situación económica, puesto que tras la aguda crisis de 1982 y 1983 se inició un período de fuerte crecimiento con disminución del desempleo y aumento del bienestar. Estas condiciones más favorables, junto a la paciencia y humildad del Cardenal Fresno, ayudaron ciertamente a que se produjera una mayor convergencia de los sectores políticos disidentes y que aceptaran jugarse su opción a través del plebiscito de 1988. En todas partes del mundo se ha alabado, con posterioridad, la transición democrática pacífica e institucionalmente estable que hubo en Chile. Fue una obra del conjunto de la sociedad chilena que supo levantar la mirada desde los problemas de coyuntura a los valores culturales y cívicos más permanentes que han cimentado la nacionalidad a lo largo de la historia. Sin embargo, creo que la presencia de la Iglesia fue realmente decisiva en este

Quiero un país donde reine la solidaridad.
Que quienes poseen más riquezas ayuden y apoyen a quienes menos poseen.
Que los más fuertes no se desentiendan de los más débiles.
Que los sabios se responsabilicen de los que permanecen en la ignorancia.
Que se destierren los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.





plano, sin desmerecer en absoluto la contribución de otros actores con autoridad moral e intelectual al mismo proceso. Tanto el Cardenal Silva como su sucesor lograron que el pueblo chileno les reconociera su autoridad moral y aceptara el camino de la no violencia y de la paz para construir entre todos un destino histórico común.

Es esta misma herencia espiritual la que ha sido repropuesta a los chilenos por la Conferencia Episcopal de Chile a través del texto “Camino al Bicentenario”. Se trata nuevamente de una amplia convocatoria a todos los habitantes del país a asumir la responsabilidad que a cada uno le corresponde para construir el bien común de la sociedad. Alcanzada la estabilidad institucional del Estado de Derecho y del funcionamiento democrático de los poderes públicos, como también la estabilidad macroeconómica de un país internacionalmente confiable y abierto al intercambio y a la cooperación con todas las naciones, llega la hora de un esfuerzo mayor y más sostenido de equidad social para que los frutos del desarrollo alcancen a todos los chilenos y puedan sentirse con justicia protagonistas de esta historia compartida. La fecha escogida, el bicentenario de la república, es un signo propicio para que todos los chilenos se sientan corresponsables del destino de su país. Resuena en este nuevo contexto otra vez la voz del Cardenal Silva Henríquez: “Quiero un país donde reine la solidaridad... que quienes poseen más riquezas ayuden y apoyen a quienes menos poseen... que los más fuertes no se desentiendan de los más débiles... que los sabios se responsabilicen de los que permanecen en la ignorancia... que se destierren los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria”.

Tengo la impresión de que el país ha logrado un amplio consenso sobre estos nobles objetivos. Podrá haber discrepancias, tal vez, en escoger las mejores políticas tendientes al logro de esta meta, como diferencias también en la apreciación de los ritmos necesarios para alcanzarla. Pero todos los actores políticos y sociales concuerdan en que tanto el Estado como el sector privado deben aunar esfuerzos en torno a la responsabilidad social compartida. En el plano de las políticas públicas hay un creciente consenso de que ellas deben ser políticas de Estado, que sean técnicamente monitoreadas y evaluadas, y que su estabilidad se sobreponga a los avatares propios del recambio de autoridades. Existe

también una conciencia mayor de la responsabilidad de las universidades en la producción de conocimiento en torno a los principales problemas sociales del país y en la necesidad de su transferencia útil a los actores con capacidad de resolverlos. Todos concuerdan en que la población debe incorporarse progresivamente al uso productivo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación para evitar también las nuevas formas de inequidad y exclusión social que ellas pueden traer consigo.

La fecundidad de este espíritu compartido puede malograrse, sin embargo, si no se encuentra el justo equilibrio entre solidaridad y subsidiariedad en todos los ámbitos de la vida social. Una solidaridad sin subsidiariedad conduce al paternalismo y una subsidiariedad sin solidaridad a la indiferencia de los fuertes respecto a las necesidades de los débiles. La estabilidad del orden social puede ponerse en riesgo si la generación de los mayores no es capaz de transmitir con convicción y credibilidad a las nuevas generaciones que se respetará su protagonismo y originalidad y que todos deben tener oportunidades reales de participación en la definición de las prioridades para invertir los recursos que siempre son más escasos que las necesidades existentes. La voz de la Iglesia se levanta nuevamente para recordar que las instituciones no pueden legitimarse sólo por el procedimiento y la eficacia, que necesitan valores capaces de justificar también la renuncia a privilegios y el desprendimiento. Justicia y caridad se necesitan recíprocamente y la sabiduría capaz de comprenderlo y ponerlo en práctica es el más noble patrimonio espiritual de que disponen las naciones. En nuestro caso, es lo que el Cardenal Silva llamaba “el alma de Chile”.

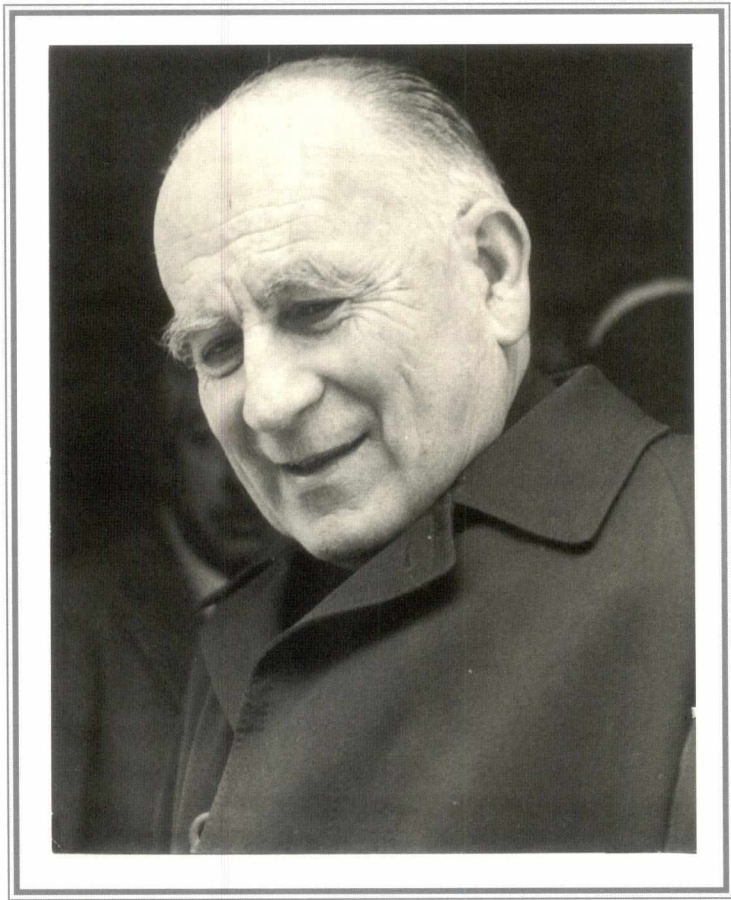
Mientras fue Arzobispo de Santiago, el Cardenal experimentó en carne propia lo distorsionante que puede llegar a ser la información producida por los medios de comunicación social, especialmente, cuando están al servicio de intereses políticos o económicos particulares. Con la revolución electrónica, esta tendencia se ha consolidado aún más en el período transcurrido después de su retiro y se ha ido ampliando progresivamente a todos los ámbitos de la vida social. Particularmente grave para la vida de los países es que los valores y tradiciones espirituales que constituyen el alma de sus culturas no sólo no encuentren eco en los medios de comunicación sino que sean deformadas por ellos. Pareciera ser que las distintas formas de violencia cautivan más a las audiencias



que la caridad desinteresada que trae paz al corazón. Pero como señaló con fuerza y convicción Juan Pablo II en su visita a Chile, “el amor es más fuerte”, precisamente, porque edifica a las personas, satisface sus anhelos más íntimos, moviliza sus energías para el servicio al prójimo y para el reconocimiento de su dignidad.

Los trágicos acontecimientos políticos y sociales del último medio siglo hicieron que sea muy difícil mirar desde el amor y no desde la violencia la historia común, con lo que se aleja siempre más la posibilidad de una sincera reconciliación entre los chilenos. Tal vez sea cierto que sólo el paso del tiempo restañará las heridas. Entretanto esperamos ese momento, sin embargo, corremos el riesgo de que las nuevas generaciones pierdan una mirada de aprecio al patrimonio espiritual de la cultura a la que objetivamente pertenecen. Por la sobreabundante información que proporcionan, los medios de comunicación pueden crear la ilusión de que cada cual puede escoger la cultura a su gusto y elegir el estilo de vida que le resulte más placentero. Pero sin arraigo en la propia tradición sapiencial es muy difícil que pueda desarrollarse la solidaridad como valor rector y estructurante de la convivencia social. Sin solidaridad intergeneracional tampoco hay estímulo para la solidaridad entre quienes pertenecen a la misma cohorte. Ambas se suponen y refuerzan.

En momentos en que el país ha tomado conciencia de la necesidad de mejorar los estándares de calidad de la educación en todos sus niveles, invirtiendo cuantiosos recursos para ello, es importantísimo recordar el sueño de Chile del Cardenal Silva Henríquez, particularmente, el de un país solidario. Las destrezas y competencias que necesitamos no pueden quedar reducidas exclusivamente al incremento de la productividad económica, a la adquisición de nueva tecnología, a mejorar las ventajas competitivas del intercambio comercial. Todo ello es indispensable. Pero más indispensable todavía es construir un país reconciliado y en paz, donde todos se sientan corresponsables del patrimonio espiritual compartido, de los valores que se fundan en la dignidad humana, donde la preocupación por alcanzar un orden justo sea estimulada por la solidaridad. Como escribió Juan Pablo II, cinco años después de que el Cardenal le entregara su renuncia al gobierno de la Arquidiócesis, “Opus solidaritatis pax, la paz como fruto de la solidaridad” (Sollicitudo rei socialis n.39). La voz más autorizada de la Iglesia hace suyo el legado del Cardenal. Quiera Dios que también lo hagan los chilenos.



El tema más exigente, más demandante y más urgente, es la desigualdad escandalosa

Enrique Palet Claramunt

Secretario General Adjunto de Gestión y Comunicaciones de la Conferencia Episcopal. Secretario ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad, entre 1981 y 1989.

¿Qué le pareció el texto del Cardenal?

“Mi sueño de Chile”, es un sueño que compartimos muchos, que nos conmovió y comprometió mucho en nuestra vida, en nuestra existencia y en nuestro quehacer.

Es un sueño que sigue siendo un sueño, lamentablemente, sin embargo todavía me comprometo en lo personal y me hace soñar y esperar con mucha esperanza el futuro.

¿Y qué falta para que este sueño se haga realidad?

Que haya más justicia, más equidad. Que las relaciones sean más humanas, más fraternales, más cordiales, más respetuosas; que nos sintamos más hermanos y más responsables unos de otros.

Siento que nos hemos ido acercando, incluso más que antes, hacia una vida que tiende hacia un individualismo muy fuerte. Hay un proceso de privatización de la vida social que se aleja del sueño del Cardenal y, en ese sentido, creo que nos falta mucho.

¿Cuál de todos estos sueños del Cardenal es el que necesita hoy de mayor trabajo?

Creo que la desigualdad escandalosa que nos han señalado los obispos en Chile. Este es el tema más agudo, demandante y más urgente. Es cierto que hemos mejorado algo en términos de superación de la pobreza, no hay duda, también en cierta confianza, pero en términos de equidad social estamos en una situación escandalosa en nuestro país.

¿Y cómo se podría alcanzar esa equidad?

¡Ah! Si tuviera la fórmula.

Uno tendería a buscar fórmulas concretas en el campo de lo económico o lo laboral, pero me parece que para llegar a eso hay que dar

pasos previos en términos de conciencia y de asumir valores de humanidad, de comunión y comunidad. Si estos valores no están impregnados en nuestra cultura es muy difícil que terminemos con la desigualdad.

En este sentido, creo que es posible dar pasos, por ejemplo, en el campo de la educación. Ahora que este tema se está repensando en el país, creo que es una oportunidad excepcional para empezar a caminar más decididamente en esta búsqueda de una cultura de fraternidad y de responsabilidad social.

¿Cómo ve la labor que el Cardenal desempeñó en la construcción de un país más solidario?

El espíritu solidario del Cardenal venía como una impronta desde su juventud. Su inquietud por la justicia, por lo social, lo marcó todo.

Desde la perspectiva de la sociedad chilena y de nuestra historia, su compromiso con la promoción y defensa de los derechos humanos resalta en primer lugar para muchos y obviamente que esto es reflejo de su personalidad y de su lema episcopal, “Caritas Christi Urget Nos”, el amor de Cristo nos urge, nos apremia, nos compromete.

¿Cómo evalúa la labor que desempeñó la Vicaría de la Solidaridad en la construcción de un país más solidario? ¿Qué cimientos se forjaron?

El objetivo y el servicio que prestó la Vicaría van mucho más allá de lo que la opinión pública mira, porque la opinión pública tiene presente los derechos humanos políticos fundamentalmente y de lo que ocurría con los perseguidos, con los detenidos desaparecidos, con los torturados, con los exiliados... todo eso ya es mucho decir. Pero la labor de la Vicaría era más que eso.

Existía una fuerte labor social en las poblaciones. Manteníamos un trabajo con organizaciones sociales en el mundo de los pobres, con los cesantes, con las mujeres, con los niños. En buena medida, allí estuvo muy encarnado lo que el mismo Cardenal llamaba “El Alma de Chile”. Fue muy grande todo lo que se hizo allí.

Esa labor para mí fue tremendamente importante, como también fueron significativas las publicaciones de la Vicaría, como la revista “Solidaridad”, que ayudaba a mantener una información pública de lo que estaba ocurriendo en el país y que lamentablemente los medios de comunicación social no entregaban.

¿Cree que es posible sacar al Cardenal del contexto en el que le tocó vivir y proyectar estas obras y su mensaje a nuestros días y hacia el Bicentenario?

Habría que reflexionar un poquito más allá... Yo creo que sí. El Cardenal encarnó y puso en acción, con coraje y lucidez, valores que son esenciales a la fe cristiana y católica, y eso es perfectamente rescatable y tiene sentido ahora y siempre.

Si los chilenos, o por lo menos un número importante de ellos, más allá de la pertenencia a una iglesia específica, nos convenciéramos de esta mirada del Cardenal, de esta mirada bondadosa de Dios sobre todos nosotros como país, y eso lo asumiéramos en nuestros comportamientos, en nuestro criterio, en nuestra acción, eso sería una proyección del sueño de Chile del Cardenal y sería muy importante para la patria.

¿Cómo cree que el Cardenal enfrentaría hoy los problemas que se relacionan con la falta de solidaridad en nuestro país?

Predecir qué es lo que haría, cómo actuaría

hoy en Chile, es muy difícil. Lo único que tengo claro es que su conducta estaría inspirada en su texto “Mi sueño de Chile” y lucharía y ejercería su ministerio sacerdotal, episcopal y humano buscando estos objetivos. De eso no me cabe duda.

¿Cree que hoy faltan personajes como el Cardenal?

Bueno, yo creo que los hay, en una realidad distinta, pero los hay.

La tradición de la Vicaría de la Solidaridad marcó muy fuertemente a la Iglesia y ésta llegó a asumir los derechos humanos como parte fundamental de la defensa de la dignidad de las personas. Estoy seguro de que si algo así ocurriera, en la Iglesia surgiría algún tipo de liderazgo muy fuerte en la misma línea del Cardenal.

¿Cree que podemos llegar al Bicentenario siendo un país más solidario?

No lo sé. En algunos sentidos creo que sí y en otros tengo muchas dudas.

En la Iglesia nos hemos propuesto re-levantar todos los temas del Bicentenario. Hoy nos estamos preguntando qué Chile queremos, qué quiere cada uno de nosotros. No dudamos que los valores que están en el fondo del corazón de los chilenos, por su historia, por su tradición, por su cultura, están fundados en la solidaridad, en la fraternidad, en la justicia... Quisiéramos promover reflexión en la gente para que podamos decir qué queremos para Chile. En cierto modo, me gustaría mucho que fuéramos capaces de reflexionar y de replantearnos, a partir del Bicentenario, el sueño de Chile que nos propone el Cardenal.

¿Usted cree que el Chile de hoy ha avanzado en materia de solidaridad respecto al Chile que vivió el Cardenal Silva Henríquez?

El Cardenal Silva Henríquez es de aquellas personas que son líderes visionarios y que se reconocen por su perspectiva de futuro. Su mensaje, que lo escribió en 1991, es válido ayer y hoy. A pesar de que las cifras macroeconómicas son mejores, a pesar de que tenemos mayores rasgos de modernidad y de crecimiento, somos el mismo país de antes. En materia de solidaridad, en término de todos los gobiernos, Chile está al debe muy fuertemente con la gente, con su sociedad. Está al debe con las mujeres, con los jóvenes, con los niños. Un país donde los gobiernos de turno siempre reaccionan frente a hechos consumados, pero no se adelantan respecto a los temas que hay que poner arriba de la mesa o en la agenda.

Por ello comparto muchas de las cosas que se dicen en el texto Mi Sueño de Chile. El día que nosotros logremos, por ejemplo, tener un gobierno de carácter nacional, donde estén los mejores, no importando sus orígenes, ni su religión, nos estaremos acercando más a ese sueño de Chile. Ese es mi sueño para Chile y creo es compartido por mucha gente.

¿Cómo evalúa el rol desempeñado por el Cardenal en materia de derechos humanos y específicamente en la creación de la Vicaría de la Solidaridad en el año 1976?

Pertenezco a un sector político en el que desde niña escuché hablar en contra de la Vicaría de la Solidaridad. En esa época lo veía como un tema político, un lugar donde se refugiaban los terroristas. Sin embargo, hoy soy una convencida de que los derechos humanos y

lo que sucedió en esos años es patrimonio de todos los chilenos y no sólo de un sector político. Como país tenemos que aprender a valorar la importancia de conocer la verdad e impedir que estos hechos se vuelvan a repetir. Da lo mismo bajo qué signo.

Creo también que Chile tiene una gran deuda en esta materia. Como país tenemos que aprender que la violación a los derechos humanos no se justifica bajo ningún prisma ni mucho menos por razones de Estado. No se justifica jamás. Desde ese punto de vista, el aporte del Cardenal Silva Henríquez fue fundamental, principalmente por la valiosa tarea de generar una conciencia colectiva al respecto.

¿Qué tareas cree que el Cardenal Silva Henríquez les solicitaría con urgencia a los políticos de hoy con respecto a la solidaridad?

Lo primero sería decirnos: niñitos se les acabó el recreo.

Luego, nos instaría a que nos ocupáramos de aquellas tareas país que nos deben congregarse a todos, sin importar la tendencia política. Existen variadas iniciativas que hoy convocan a políticos de distintos sectores. Sin embargo, la ciudadanía no alcanza a percibir las porque no responden a las mezquindades que alimentan algunos medios de comunicación, porque no se ajustan a la agenda blanco y negro que se esfuerzan en mostrar.

En su rol de política, y específicamente como Secretaria General de Renovación Nacional, ¿de qué forma interpreta hoy la frase “Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para

convertirse en una patria solidaria”, planteada por el Cardenal Silva Henríquez en su texto “Mi Sueño de Chile” el año 1991?

Mi interpretación es que se trata de un fuerte llamado a dejar las ambiciones personales de lado. Quienes estamos en política, se supone que lo estamos por una vocación pública. Todas las vocaciones son duras y cargadas de riesgos y problemas, sino no es vocación. Si todos fuéramos vocacionales en la política, tendríamos lugares de encuentro mucho más fuertes, porque no habría espacio para la agenda personal por sobre la agenda colectiva. Pero desgraciadamente en política, pocas veces se da. Cuando sucede algo, todos quieren sacar su propia ventaja personal y quedar mejor posicionados. Es una cuestión inentendible. Esa es la crisis que hoy afecta a la política, y esa crisis afecta también a Chile, en términos de su solidaridad y de una cantidad enorme de otros aspectos.

¿Cómo resolverlo?

Cada uno tiene su opción personal. La mía es jugármela de verdad por un cambio profundo, por ser parte de un remezón fuerte en Chile. Y eso pasa de todas maneras por un cambio de Gobierno. Absolutamente. Porque hay que remover un montón de cosas y mejorar las estructuras.

Con miras hacia el Bicentenario, cuáles son a su juicio los grandes aportes que puede hacer la Alianza por Chile como coalición para hacer de Chile un país cada vez más solidario.

Queremos llegar al Gobierno porque estamos convencidos que lo podemos hacer mejor. La Concertación comenzó en forma exitosa, abrazaron causas y objetivos que le dieron a Chile la estabilidad que necesitaba luego del

Gobierno militar. Soy una convencida de eso y lo reconozco. Pero con el tiempo han ido perdiendo la mística y el norte. Sinceramente siento que como coalición estamos preparados para afrontar el desafío. Necesitamos que nos den la oportunidad para demostrarles a los chilenos que sabemos cómo hacer las cosas bien. Disponemos de un capital humano valiosísimo capaz de asumir las tareas que urgen en Chile.

¿Cuál es la mayor deuda que tiene Chile frente a los más débiles y desposeídos?

Cuando la gente conoce sus derechos, es capaz de exigirlos. Cuando la gente tiene herramientas para discernir es más libre para elegir, es más autónoma, puede tomar decisiones y emprender de una mejor manera su vida. Pero lamentablemente existe una tremenda pobreza, no solo material sino que fundamentalmente espiritual, que coarta la posibilidad de actuar con libertad. Esa es la gran deuda. No existe un real acceso al conocimiento en el amplio sentido de la palabra, que va más allá de prometer educación para todos.

*El recuerdo de un hombre
que se jugó, que fue valiente*

Javier Luis Egaña Baraona

Ex Secretario Ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad. Ex Embajador de Chile en el Vaticano.

¿Cree que el Chile de hoy es un país en el que quienes poseen más riquezas ayudan a los que menos poseen; en el que los más fuertes se preocupan de los más débiles; y en el que los más sabios se responsabilizan de los que permanecen en la ignorancia, como soñaba el Cardenal Silva Henríquez?

Al cumplirse el centenario del natalicio del Cardenal Silva Henríquez, creo que su deseo no se ha cumplido. Los fuertes no se preocupan de los débiles, los ricos no se responsabilizan de los pobres. Lamentablemente en el Chile de hoy esa brecha se agranda, las peticiones del Cardenal continúan siendo enormemente vigentes y la realidad es negativa para un Chile que debiera ser distinto.

Honestamente creo que en esta materia estamos en una situación peor a la que vivió el Cardenal. En ese momento quizás, precisamente por la situación de opresión que vivíamos, es probable que se dieran más gestos de solidaridad. Hoy día, que estamos viviendo en democracia, como que no aparece la necesidad de ser solidario. Creo que en la medida que esta sociedad siga por este camino, de enorme consumismo, egoísmo e individualismo, se aumentan las distancias, no se camina por sendas de justicia.

¿Cómo evalúa el rol desempeñado por el Cardenal Silva Henríquez en materia de derechos humanos y específicamente en la creación de la Vicaría de la Solidaridad en el año 1976 y de la Vicaría de la Pastoral Obrera en el año 1977?
El Cardenal era un pastor comprometido con el sufrimiento del prójimo. Él, un hombre con una profunda espiritualidad, era extraordinariamente sensible, con un gran amor a Jesucristo y a su mensaje. Él veía en los más po-

bres, en los desvalidos, en los perseguidos, en los que sufrían en época de dictadura, al propio señor Jesús y sentía la obligación moral de ayudarlos. Por eso nació con mucha fuerza, inmediatamente después de producido el Golpe Militar, el Comité para la Cooperación de la Paz en Chile, el Comité Pro Paz. Pero a poco andar, comenzaron las presiones para que éste fuese cerrado. El Cardenal resistía los hostigamientos personales, pero no podía permitir que la gente que colaboraba con él fuese detenida. Por ello comprendió que debía someterse, pero sin transigir en su responsabilidad pastoral. Es así como desde un comité ecuménico se originó la Vicaría de la Solidaridad, dependiente directamente de él. Pero eso no era todo. Rápidamente se dio cuenta de que los trabajadores se encontraban en una situación muy desmedrada, por lo que no dudó en tenderles la mano creando la Vicaría de la Pastoral Obrera.

Si uno mira la historia, ambas vicarías jugaron un rol fundamental en la defensa y promoción de los derechos humanos. No sólo en la denuncia, sino también en el anuncio. El Cardenal fue el inspirador, guía, y pastor de esas vicarías. De ahí que el pueblo chileno recuerde al Cardenal como un hombre que se jugó, que fue valiente, que enfrentó una situación de poder muy dura y que puso lo mejor de sí en su intento por ayudar a quienes sufrían.

Sin desmerecer su valiosa acción en este tema, se podría afirmar que hiciera lo que hiciera el Cardenal era un personaje intocable por la dictadura

Puede surgir la duda acerca de si el Cardenal era intocable o no. Sin embargo, nadie puede discutir que la dictadura tocó a todos los que

quiso. Si pudo asesinar a un ex presidente de la República –Eduardo Frei Montalva–; si pudo mandar matar a Orlando Letelier a Washington y a Carlos Prats a Buenos Aires; si pudo mandar matar a Bernardo Leighton y no lo logró en Roma... Por lo tanto, si quería matar al Cardenal, lo podría haber hecho. Sin duda, a la dictadura le pesaron las consecuencias internacionales que podía tener el peso de la Iglesia, pero eso no quita que el Cardenal haya tenido el coraje de hacerlo. Se podría haber mantenido expectante como lo hicieron otros, pero él conocía su misión.

El Cardenal mantuvo inalterable su compromiso y, en este sentido, no es menor el signo que dio al situar la Vicaría de la Solidaridad en el corazón de Santiago. Se podría haber instalado en un barrio alejado, desconocido, popular, pero quiso ubicarse en un punto central de Santiago, dando una señal muy potente de que la Iglesia, desde el corazón de la capital de Chile, iba a ser defensora del hombre y sus derechos.

A su juicio, ¿Qué hace que el Cardenal Silva Henríquez sea uno de los grandes hombres del siglo XX, un pastor de la historia social y política del país?

Es una sumatoria de cosas. Su hombría, él sabía enfrentar los problemas y decir las cosas de frente. Era un pastor, que comprendía que estaba al frente de una comunidad a la que debía guiar en los principios del Evangelio y en la enseñanza de la Iglesia. Creó las vicarías zonales, le dio una estructura al arzobispado, generó toda una red que permitiera que la Iglesia cumpliera su misión. Un hombre de un carácter capaz de dirigir Caritas, inventar un banco o de entregar las tierras de la refor-

ma agraria. Es decir, un personaje que además supo construir escuelas, dirigir colegios. Es una personalidad que junto a esos elementos, que parecen como muy gerenciales, tenía esa ternura con los niños en la aldea de Punta de Tralca. Paralelamente luchaba por la dignidad en su amplio sentido. Para él era un drama, y lo dijo muchas veces con llanto, que un hombre y una mujer hicieran el amor en una cama que estaba rodeada de niños. Sentía que eso era inhumano y se preocupó por crear viviendas. Sabía que la vida había sido entregada para gozarla y ser feliz y por eso le dolía mucho que no todos los chilenos pudieran serlo.

De ahí que son muchos los chispazos, muchos los brochazos que a uno le vuelven a la memoria de un Raúl Silva Henríquez Cardenal, pastor, visionario, dirigente, líder, hombre con un gran carisma, de una buena oratoria, de una hábil conducción pastoral. Sin duda que es una pérdida y es lamentable que no haya podido seguir al frente de la arquidiócesis por más años. Lamentablemente a él se le aceptó la renuncia muy rápido y creo que dejó un vacío muy grande.

Un hombre de estas características, que se instaló en el corazón de la gente, evidentemente pasa a ser un personaje de la historia.

*Es importante sentirse parte de un proyecto,
una visión de Chile*

José Antonio Viera-Gallo Quesney

Ministro Secretario General de la Presidencia.

¿Usted cree que el Chile de hoy ha avanzado en materia de solidaridad respecto al Chile que vivió el Cardenal Silva Henríquez?

Más bien diría que el Chile de hoy ha avanzado en materia de justicia social. Hemos logrado disminuir enormemente la pobreza e incluso se han reducido las desigualdades sociales. Sin embargo, impera una cultura muy individualista. En mi opinión, los avances en materia de justicia social se deben a que se ha generado una nueva conciencia en aspectos relativos a falta de oportunidades, discriminación, indigencia, etc. Hemos implementado políticas públicas que van en la dirección correcta y que favorecen a los más necesitados. Pero diría que no somos un país más solidario. Por el contrario, veo un Chile más competitivo, en el que reina el individualismo y en el que la gente deposita todas sus esperanzas de futuro en sí mismo y espera poco de los demás.

Hubo tal vez más solidaridad cuando hubo más sufrimiento. Hubo más solidaridad cuando había persecución y hubo mucha solidaridad cuando había grandes índices de pobreza y de desocupación. Felizmente hoy no vivimos esa situación, se goza de libertad y de mayores niveles de bienestar. Sin embargo todo este crecimiento no ha ido acompañado de solidaridad. Ese es el punto.

¿Cómo evalúa el rol desempeñado por el Cardenal en materia de derechos humanos y específicamente en la creación de la Vicaría de la Solidaridad en el año 1976?

El mismo día del Golpe Militar, poco después de que muriera el presidente Salvador Allende, me comuniqué telefónicamente con el Cardenal Silva Henríquez. Estaba desolado y tenía una visión muy dramática de lo que estaba

ocurriendo. Inmediatamente tuvo clara conciencia de que Chile podía caer en una suerte de enfrentamiento y de dictadura, tal como ocurrió.

Desde el mismo día 11 de septiembre, empezó a movilizarse y a buscar fórmulas de solución. En momentos muy complejos formó el Comité Pro Paz y posteriormente, cuando el régimen militar ordenó su cierre, se las ingenió para crear la Vicaría de la Solidaridad, porque era mucho más complejo para el Gobierno interferir directamente en una estructura de la Iglesia Católica.

Desde el primer momento, su compromiso con los derechos humanos fue sincero, claro y coherente. A mi juicio, él hizo lo posible por evitar tanta desgracia, pero lamentablemente no tuvo éxito.

¿Qué tareas cree que el Cardenal Silva Henríquez les solicitaría con urgencia a los políticos de hoy con respecto a la solidaridad?

En primer lugar, nos pediría valorar más la vida pública. Hacer de ella una vocación de servicio a los demás y al bien común. Y al mismo tiempo, nos exigiría una mayor capacidad de diálogo. Pienso que el Cardenal Silva Henríquez sería enfático en señalarnos que si una persona tiene una autoridad, o porque ha sido elegida popularmente o porque ha sido designada en un cargo, está ahí para servir y no para servirse de, o para ponerse por encima de, sino que muy por el contrario, para estar como ningún otro al auxilio de los demás. Creo que estaría contento por el progreso social que ha experimentado el país. Es cierto que quedan muchas tareas por delante y en ese sentido habría muchas cosas que tal vez él sugeriría.

Finalmente, creo que nos pediría que apuráramos el paso.

En su rol de político, y específicamente como Ministro Secretario General de la Presidencia, ¿de qué forma interpreta hoy la frase “Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria”, planteada por el Cardenal Silva Henríquez en su texto “Mi Sueño de Chile” el año 1991?

La interpreto como un llamado a un ejercicio de conversión interior, de cada cual, en el sentido de desterrar el egoísmo. Eso supone también intentar poner atajo a las estructuras que provocan o favorecen los personalismos. En la vida hay que entender que los trabajos son de equipo, que la sociedad es un gran equipo en el que cada cual tiene su rol. Y eso no significa que uno sea mejor que otro, porque nadie se puede salvar solo. Es vital promover valores como la compasión, el compañerismo, el pensar en un nosotros más grande, sentirse parte de un proyecto que es común, trabajar con una visión de Chile como país, como sociedad, como América Latina. Explotar una conciencia que esté abierta a los demás.

Con miras hacia el Bicentenario, cuáles son a su juicio los grandes aportes que puede hacer la Concertación para hacer de Chile un país cada vez más solidario.

La Concertación debe poner mayor énfasis en los aspectos de políticas públicas que ha ido implementando. Se ha avanzado mucho y tenemos grandes logros a nuestro haber. Es importante recalcarlo, porque si no fuese por esas políticas públicas, que son un reflejo de mayor justicia y solidaridad, la verdad es que la situación social del país sería muy distinta. La sola lógica del mercado no produce ni jus-

ticia ni solidaridad. La lógica del mercado, es la lógica de la exclusión, de la competencia desleal, en donde gana el más fuerte. La Concertación ha abierto el camino justamente en el sentido contrario, donde se resalta la mano tendida, la preocupación del buen samaritano por el excluido.

Las políticas sociales realizadas corrigen profundamente las injusticias del mercado. En ese sentido, el mercado produce la riqueza, y la Concertación la distribuye.

A su juicio, ¿cuál es la mayor deuda que tiene Chile en materia de solidaridad frente a los más débiles y desposeídos?

Creo que la mayor deuda apunta hacia establecer los mecanismos que generen mayor igualdad de oportunidades. Muchas veces, la estructura familiar está quebrada por la violencia, el alcoholismo, la falta de calidad en la educación, etc. Y la cadena continúa, las oportunidades de trabajo no se obtienen por méritos sino por amiguismos. Los más desposeídos no poseen una red de contactos que les permita realizarse como personas. En definitiva, todo se les vuelve mucho más difícil.

Para solucionar estas desigualdades es que estamos en política y hemos obtenido logros importantísimos. Pero también hay que entender, que problemas de esta naturaleza no cambian de la noche a la mañana.

Hay un trozo deshumanizado de nuestra historia que se esconde

Daniela Sánchez Sturmer

Directora de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica Silva Henríquez.
Participó en el Comité Pro Paz y en la Vicaría de la Solidaridad.

¿Cómo ve la labor que hoy día está cumpliendo la Iglesia Católica en materia de solidaridad y justicia social?

Yo quiero mucho a la Iglesia, y en ella vamos a distinguir la jerarquía de lo que es la Iglesia viva, las comunidades, los laicos, las laicas.

Tengo la sensación de que hace falta el Cardenal o Monseñor Manuel Larraín. Hoy día hay añoranza de una Iglesia más en el mundo, sin decir que no está en el mundo, pero a lo mejor está en una parte que yo no veo.

¿Cómo ve la labor que el Cardenal desempeñó en la construcción de un país más solidario?

El Cardenal trabajó codo a codo, con un gran sentido de la autoridad, en los distintos sectores, fundamentalmente con los campesinos, con las mujeres pobladoras, con las comunidades cristianas, con su equipo de vicarios, con sus equipos laicos... Se paseó por todos los sectores sociales con mucha prestancia y sin transar sus principios, pero sí con una gran capacidad de negociarlos, en el buen sentido de la palabra.

Yo fui testigo de su capacidad de ecumenismo, de trabajo por otras iglesias... Creo que eso es propio de algunas personas, y en esas personas abunda la gracia de Dios.

¿Cómo enfrentaría hoy el Cardenal las situaciones que se relacionan con la falta de solidaridad?

Creo que el Cardenal en más de un 18 de septiembre habría entrado en "las patas de los caballos" en aspectos del trabajo, en los grandes temas sociales y éticos. Su voz era fuerte, pero porque no era una voz aislada, era una voz que tenía grupos de laicos, de sa-

cerdotes, de religiosas en oración y en acción, en anuncio y en denuncia.

Hoy día el Cardenal también estaría hablando de responsabilidad social, no sólo empresarial, y de que esta responsabilidad no se agota en el presente, sino que tiene una dimensión muy importante a futuro. No podemos consumir el planeta en el presente, tenemos que vincularnos, ser generosos, acogedores y justos también para dejar y cultivar el medio en el que vivimos, el ambiente físico, psíquico, biológico, para nuestros hijos y nietos.

El Cardenal dice en su texto: "Creo que quienes tienen más riqueza deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles". A su juicio, ¿hemos desenterrado los egoísmos y las ambiciones para lograr ser un país más solidario?

No. Se han desatado. La familia tradicional del siglo XIX era una familia sobria que sabía vivir con una economía doméstica. Había sobriedad incluso en las familias con mayor holgura económica. Eso se quebró y hoy día hay una situación de ostentación, de riqueza, de poderío, de saberes... hay consumismo.

¿Qué acciones concretas cree que se deberían llevar a cabo para que Chile fuese un país más solidario?

Las prácticas de la solidaridad se aprenden en la familia, en los grupos y en los barrios. Si la solidaridad no la vas cultivando se puede apagar.

Ser solidario también implica un compromiso con el devenir, con los procesos de desarrollo y el futuro de nuestras sociedades.

¿De qué manera vivió usted la solidaridad en tiempos de la dictadura?

Cuando participé en el Comité Pro Paz me di cuenta de que se estaban cometiendo injusticias más que sociales, se estaba atentando contra la vida, y eso nos conectó con el compromiso y con el amor; el poder defender a las personas con o sin las ideas de uno. Ahí pasamos a otro nivel que era el compartir con el otro, porque no podíamos hacer nada más que acoger amorosamente, entender, comprender.

Aprendimos otra connotación de la justicia social, que era el amor y el sentido de comunidad. Y que la solidaridad no es sólo caritativa o asistencialista.

El Cardenal, en una pastoral el año 1975, dijo, retomando palabras de la enseñanza social de la Iglesia: “No demos en caridad lo que debemos en razón de justicia”, y eso nos marcó mucho. Asistencia y promoción. Amor, justicia y verdad.

¿Cree que hoy se está haciendo la reflexión correcta para llegar al Bicentenario siendo un país más solidario y más justo?

Tenemos un problema que no hemos solucionado que es el tema de los detenidos desaparecidos.

Hay un trozo deshumanizado de nuestra historia que se esconde. Si uno no pasa ciertas barreras de la verdad, tampoco hay solidaridad, y creo que en este tema tenemos una tranca muy oculta.

Los derechos humanos son solidarios, y los valores también. La solidaridad se articula con la verdad, con la justicia. La solidaridad y la paz van de la mano también.

Hay que considerar que los derechos humanos son grandes criterios de convivencia, de sociedades modernas que tengan como centro una ética de la responsabilidad solidaria. Y éste es el desafío que nos planteó don Raúl en 1991, pero el esfuerzo es que tenemos que replicarlo en el siglo XXI.

¿Cómo?

La concepción de solidaridad la aprendí en las organizaciones solidarias en el tiempo de la dictadura, sea para la defensa de los derechos humanos, sea para generar comedores para los niños, para las bolsas de cesantes, toda esa red de tejido social que hubo a nivel de la base social fueron bases mínimas para la convivencia social y esa base mínima, ese cultivo, ese conocer los derechos que tenemos y las responsabilidades, creo que tiene que ir garantizando procesos más justos, más humanos, más sustentables.

Finalmente, ¿Cuál es su sueño de Chile?

Para mí, el proyecto de modernidad es un gran proyecto y quizás es allí donde me gustaría ver más puesta a la Iglesia, en un proyecto que es con la humanidad, con los derechos universales de las personas, con un ser pleno de corazón, pleno de solidaridad.

Sueño un Estado con más capacidad para corregir y para entrar en las batallas de las desigualdades. Es muy preocupante el que la política esté tan desvirtuada.

Sueño un país con más voces, con más protagonismo y acción de las mujeres, de los jóvenes, de los ancianos, de los campesinos y de las etnias.

Creo que no puede haber colegio ni liceo que no tenga cursos sobre el tema de derechos humanos

Miguel Luis Amunátegui Mönckeberg

Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Andrés Bello.

¿Cómo ve la labor del Cardenal en la construcción de un país más solidario?

El Cardenal tenía una visión religiosa en la que la piedad por sus semejantes era su fuerte. Cumplió en la historia del país una función significativa, como pastor y aún como un verdadero empresario, para acudir en ayuda de los más pobres.

Su más fuerte impronta quedó marcada indeleblemente por el coraje y el tesón con que defendió los derechos humanos de los desamparados y perseguidos. Es aquí en donde está la deuda más grande con él.

Sin duda el Cardenal entendió la defensa de los derechos humanos como un acto de solidaridad, y el elemento más significativo de ello es la Vicaría. ¿Cómo ve la labor del Cardenal en el ámbito de la defensa de los derechos humanos?

A mí me parece que lo que hizo el Cardenal, que yo lo vine a entender mucho tiempo después, fue una cuestión heroica. La Vicaría de la Solidaridad fue uno de los modos de salir al enfrentamiento con Pinochet, quien trató de detenerlo por donde pudiera para evitar que el Cardenal hiciera lo que tenía que hacer.

La Vicaría, y lo que se hizo allí, que lo conocí después por la Comisión de tortura, fue la base de toda la investigación que hicimos nosotros...

¿Y por qué dice que esta labor del Cardenal la entendió mucho tiempo después?

Mucho tiempo después... porque usted comprenderá que yo soy "momio", mi padre fue diputado liberal, entonces, lo que nosotros veíamos en nuestra casa y nuestra cultura interior, era una izquierda absolutamente violenta, irracional, conduciéndose hacia ningun-

na parte. El Cardenal tenía una visión más amplia en la que trataba de conjugar muchas cosas. Mirando con profundidad el tema político, sin apasionamiento, uno empieza a entender qué era lo que él estaba tratando de hacer...

Para la derecha era muy difícil entender al Cardenal, porque obviamente no estaba sintonizando con los problemas que él veía. La derecha era una parte en el tema y el Cardenal estaba en el medio, entre la derecha, la izquierda, la violencia, y él trataba de evitar todo esto, hizo muchos esfuerzos y muchos esfuerzos obviamente incomprendidos.

¿Y qué lo hizo cambiar de visión?

Yo diría que cuando (el ex Presidente) Lagos me mandó a la Comisión de tortura. En ese momento tomé la decisión inmediata de ir, a pesar de que estaba vinculado a Renovación Nacional y de que mis padres eran bastante partidarios del gobierno de Pinochet. El día en que me llamaron fui a verlos para decirles lo que iba a hacer. Y mi padre, después de un largo rato de pensar, me dijo: 'Mira, hijo, yo creo que hay que estar ahí porque no podemos seguir haciéndonos los estúpidos'. Así es que me fui tranquilo, pero sabía que iba a pagar el pato. Sabía que iba al sacrificio y que el "momiaje" me iba a aniquilar, como lo hizo.

Dentro de la Comisión hubo primero una resistencia violentísima de parte de las organizaciones comunistas y socialistas en mi contra. '¿Qué hace este señor aquí?', era la primera pregunta. Entonces, yo les dije: 'Miren. Ustedes saben lo que les pasó. Más de la mitad del país no lo sabe. El he-

cho de que yo esté aquí es una garantía de que lo que ustedes digan, por lo menos una parte grande de la población va a saber que es verdad porque yo estoy poniendo el dedo`. Ahí se terminó la resistencia.

Sin embargo, el fenómeno más importante para mí fue que empecé a entender la perspectiva de la gente. Empecé a entender que todos ellos tenían proyectos de vida, equivocados, violentos, distintos a los míos, pero tenían proyectos reales de vida, y esos proyectos fueron tronchados en la peor forma, con la violencia más insólita, con los vejámenes más insólitos, con una verdadera destitución de su personalidad y de sus seres queridos. Los redujeron a la nada.

¿Cree que el tema de los derechos humanos se ha superado en nuestro país?

El tema de los derechos humanos desgraciadamente nunca tuvo importancia.

Cuando estábamos haciendo el informe de la Comisión, en las encuestas se mostraba el poco interés del público.

Estuvimos trabajando un año y medio y no hubo políticos interesados en ir para saber qué estábamos haciendo.

¿Y hay consecuencias de esta indiferencia para el país?

No puede haber colegio ni liceo en Chile que no tenga cursos sobre el tema de derechos humanos. Creo que si no enseñamos esto, si no lo predicamos sin ánimo político, si no mostramos realmente en qué consiste el tema de la dignidad humana, el hecho de ser hijos de Dios, la igualdad entre los seres humanos, el discernimiento moral de los jóvenes será nulo.

¿Y existe la posibilidad de que el país haga la reflexión adecuada para llegar en algún momento a superar este tema?

Cada vez menos, porque con la sociedad que estamos creando... una sociedad violenta, hedonista, estamos destruyendo la familia... A veces, la visión que tengo sobre esto se me va al piso.

¿Pero no hay una esperanza?

Tiene que haberla, pero usted ve la política, ¡si es una cosa grotesca! Ridícula. Se ha perdido un poco el sentido de lo que es el servicio público, el sentido del liderazgo, de dar norte al país, de darle un rumbo.

¿Cree que hace falta tal vez una figura como la del Cardenal?

Yo le dije a la Conferencia Episcopal, 'el único sector del país que está en condiciones de decirle al país cuáles son las exigencias morales mínimas que hay que hacer a la gente del servicio y los poderes públicos, son ustedes`.

¿Usted cree que el Cardenal Silva se hubiera quedado tranquilo después de ver todo el robo que hubo?, que Ferrocarriles, que el Transantiago, que esto y lo otro. El Cardenal no se hubiera quedado callado con eso, porque se habría dado cuenta de que se está perdiendo un rumbo.

Hay muchos factores que conducen a los fenómenos que estamos viviendo, pero ahí están los fenómenos y hay que cambiarlos.

¿Será posible cambiarlos?

Tiene que ser. La gente tiene que cansarse. La política, después de un período de 17 años de destrucción, no se ha recuperado; las instituciones siguieron siendo las mismas, se han debilitado; los líderes son los mismos, no se han renovado, no son capaces de decir qué cosas habría que cambiar.

Senador italiano. Fue presidente de la Unión de Juventudes Demócrata Cristianas de Italia.

¿Cómo conoció al Cardenal Silva y cuál fue su relación con él?

Conocí al Cardenal algunos meses después del golpe de Estado, cuando Chile vivía un período muy duro. En esa ocasión él me explicó su idea, tan liberadora, de formar la Vicaría de la Solidaridad. De inmediato me di cuenta de que esta idea iba mucho más allá de algo puramente caritativo, espiritual o limitado solamente a ayudar a la gente que estaba dentro de una de las situaciones más difíciles que Chile ha pasado en su historia. La idea de la Vicaría me pareció una manera de ayudar a la sociedad chilena en su conjunto, en sus valores, en su idea democrática, en su aspecto religioso, pero en el sentido laico de la palabra.

Desde el punto de vista de su biografía, comparto un aspecto importante. El Papa Juan XXIII, nacido en la provincia de Bergamo, Italia, que es de donde yo soy, lo ordenó cardenal. Cuando murió don Raúl, se tomó la decisión, debido a que la Iglesia chilena fue una de las primeras iglesias latinoamericanas que trabajó bajo el espíritu del Concilio Vaticano Segundo, de exhibir su Birrete Cardenalicio en el Museo de Sotto il Monte, donde están todas las cosas personales de Juan XXIII.

Otra de las cosas que me ha marcado mucho fue la forma en la que el Cardenal actuó cuando se llevó a cabo el funeral de Eduardo Frei Montalva. Yo vine a Chile porque con Eduardo Frei tuve una relación cercana, pues yo fui por muchos años Presidente de la Internacional de las Juventudes Demócrata Cristianas.

En ese tiempo, la Junta Militar buscaba cualquier posibilidad de ser reconocida internacionalmente. Yo percibí que para la Junta, orga-

nizar un funeral de Estado para Frei era una manera de ser reconocida a nivel internacional, porque Frei había sido presidente institucional de Chile. La familia justamente se opuso y fue una pelea muy dura que no se sabía cómo iba a terminar.

Frente a estos antecedentes, el Cardenal intervino. Esta es una idea espiritual y política grandísima, porque al final él lo solucionó diciendo: 'el problema es mío. Ni la Junta Militar ni la familia, sino yo soy quien tiene que hacer dos ceremonias distintas'.

A la ceremonia organizada por la Junta asistieron 20 a 25 personas. Y en la tarde se realizó la ceremonia funeraria de la familia, donde fueron miles de personas. Para mí esta fue una cosa grandísima.

¿Cuál cree que es la importancia de la Vicaría de la Solidaridad y cuál fue su relación con esta institución?

"Chile América" era una estructura que realizamos en Italia para dar hospitalidad a gente como Miguel Insulza, José Antonio Viera-Gallo, Antonio Leal, entre otros, y la Vicaría de la Solidaridad, una estructura más de iglesia, contribuyó a darle forma a "Chile América" en el sentido de que me ayudó a entenderla como una estructura de solidaridad con los exiliados para ayudarles a continuar con su trabajo político e intelectual. Incluso, hicimos una revista que se llamaba "Punto Chile América", que era más de tipo político.

Además, pienso que la Vicaría permitió salvar la estructura cultural de Chile luego de los 17 años que duró la dictadura, en el sentido de haber contribuido al rescate de lo popular y

la defensa de la cultura chilena. Todo esto fue importante, porque sin este tipo de trabajo la conquista de la libertad podía determinar un regreso a la vida democrática a un nivel social y cultural más atrasado.

Veo a la Vicaría como la única estructura que pudo mantener vivo el pensamiento verdadero de los chilenos.

¿Y cuál fue su trabajo con la Vicaría?

Yo trabajé con la Vicaría para ayudar a las personas que estaban exiliadas en Italia. Esta ayuda fue trabajando con personas como Javier Luís Egaña, Enrique Palet y el padre Renato Poblete. Con ellos organizábamos la presión internacional, sacábamos gente de la cárcel, etc. Este fue uno de los períodos más significativos de mi vida personal y política.

¿Cómo recuerda la figura del Cardenal?

Humanamente, único. No he conocido otro hombre de Iglesia que tuviera esa humanidad. Su manera de ser, su vida personal y su discurso se identificaban verdaderamente con la palabra del Evangelio.

¿Cree que el mensaje y las obras del Cardenal hoy están vigentes?

Esta es una gran pregunta y para ser sincero no lo sé.

¿Por qué?

Porque veo que hay un cambio muy significativo en la sociedad chilena. Yo conocí Chile cuando la batalla acá era, entre comillas, por medio litro de leche. Ahora este país está en una situación donde el sistema económico tiene una riqueza inesperada.

Hoy, el período de la dictadura prácticamente se iguala con el período de regreso a la vida democrática. Entonces, ¿cuánto de la dictadura juega un rol importante en la sociedad chilena respecto del período de regreso a la democracia? Estas cosas son un desafío para la clase política y para los intelectuales que hay en Chile.

¿Cree que hoy en la Iglesia se necesitan personajes como el Cardenal?

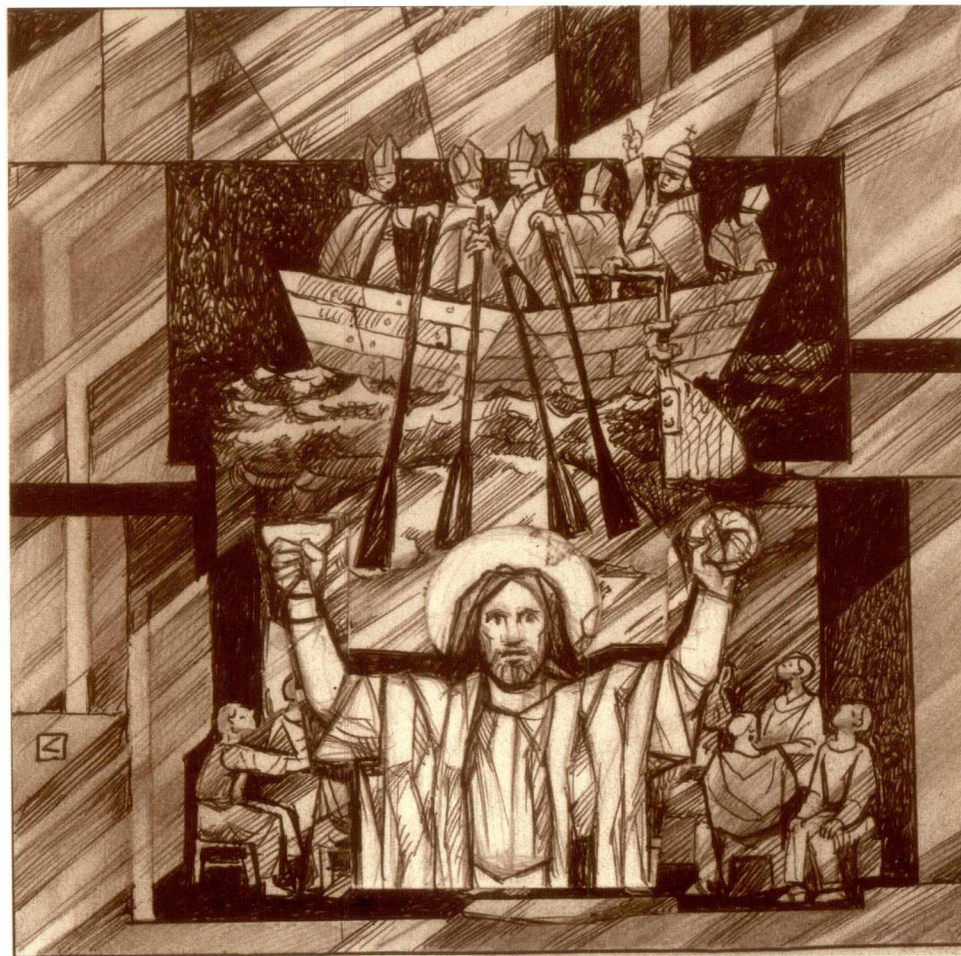
La figura del Cardenal fue universal; fue muy conocido en Europa por ser salesiano, hubo muchas exposiciones en Italia, en Turín, en Bergamo sobre él, por eso yo pienso que una pregunta de este tipo habría que extenderla a toda la universalidad de la Iglesia, en el sentido de que necesitamos de más figuras como la del Cardenal, no que no las tengamos.

El hecho de que haya habido una ventana mediática tan importante ha permitido conocer la figura del Cardenal, pero pienso que la Iglesia tiene muchos de estos personajes que trabajan en silencio y que tienen la misma humanidad.

Sin embargo, quienes hemos conocido al Cardenal a nivel internacional, creemos que es un referente para continuar en esa manera de ser humana y religiosamente.



capítulo IV



La Mirada al Señor

QUIERO UN PAÍS QUE VUELVA SU MIRADA AL SEÑOR



“Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo puedo decir: que vuelva su mirada hacia el Señor. Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios. He dedicado mi vida a esa tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan a Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por El y que lo amen de todo corazón. Quiero que mi Patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo y esperanza trae para todos...”.

+ RICARDO EZZATI A. sdb

Arzobispo de Concepción
Presidente de la Fundación
Cardenal Raúl Silva Henríquez

EN EL SURCO DE LA ESPERANZA

1.- Un Pastor para Chile

En su Providencia amorosa, Dios Padre no deja de suscitar pastores, según su corazón, que respondan a los urgentes desafíos de los tiempos, capaces y decididos de acompañar, con amor, y de iluminar, con sabiduría, el camino de sus pueblos. Pastores que no teman levantar enérgica su voz cuando se trata de defender el rebaño amenazado o perseguido, que sepan indicar proféticamente los senderos de la vida y de la paz, que mantengan los brazos abiertos para acoger el que sufre, el corazón atento para consolar al afligido, la inteligencia para abrir horizontes de nuevas esperanzas y despertar nuevas ilusiones, y manos generosas que sepan enjugar lágrimas; hombres dotados de clarividente inteligencia para discernir los caminos de la vida y, sobretudo, voz que no se cansa de gritar, a veces en el desierto, que Dios ama intensa y tiernamente a su pueblo y quiere para él vida abundante..

Esto ha sido en Chile y para Chile, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, salesiano de Don Bosco, Arzobispo de Santiago. Un pastor según el corazón de Dios, que supo armonizar en un solo amor, Dios y la patria chilena. La celebración del centenario de su nacimiento (1907-2007) ha sido motivo de acción de gracias y, al mismo tiempo, una oportunidad para proyectar hacia el futuro sus intuiciones proféticas. A lo largo de todo Chile, su recuerdo y su recado ha despertado una ola de admiración y gratitud.

2.- Chile en el corazón del Cardenal Silva

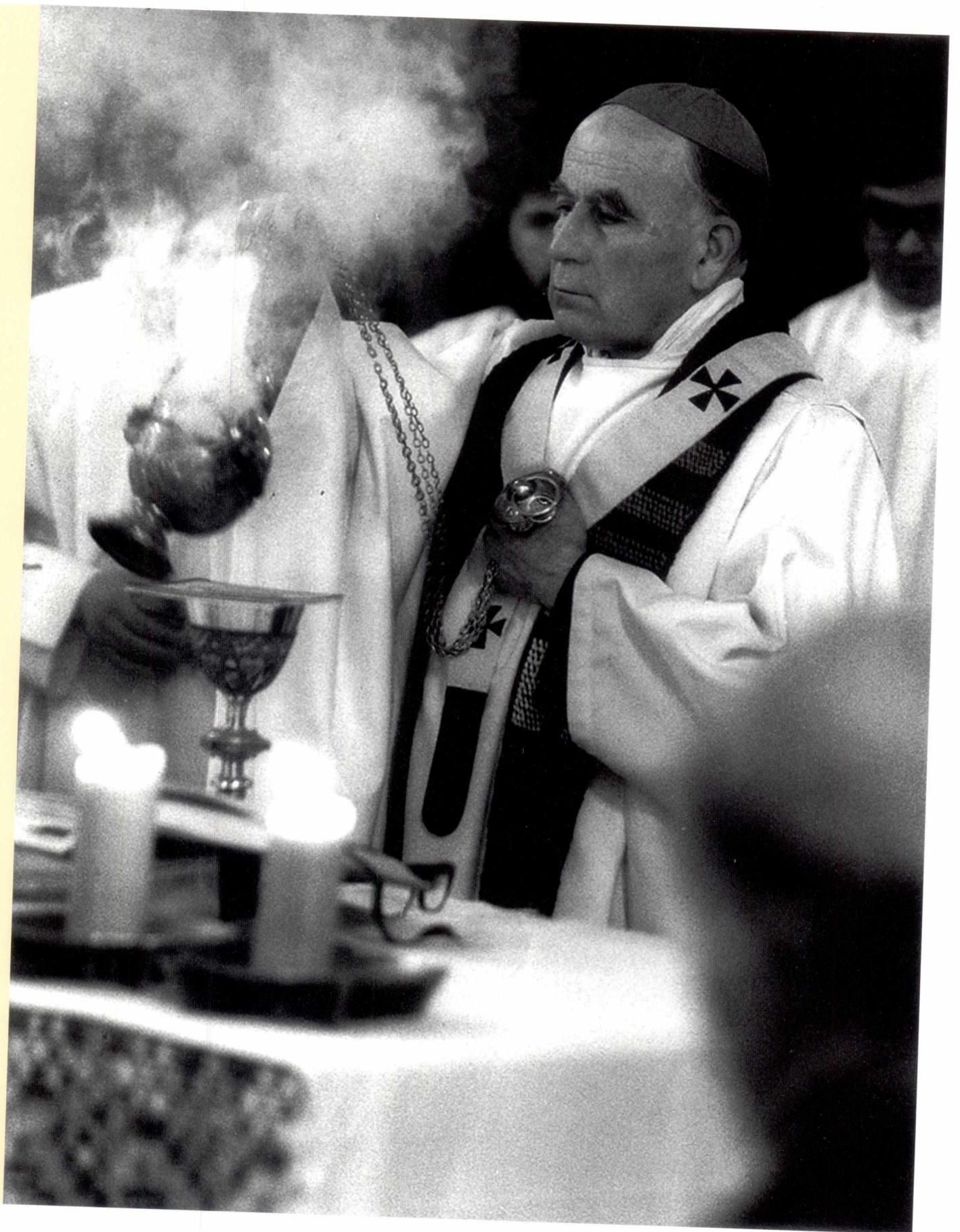
No podía ser de otra manera. Chile siempre estuvo en el corazón del Cardenal. En el Testamento Espiritual, sintetiza su relación con Chile con expresiones profundas y esenciales. Dice: “Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El Pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio

público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad” (cfr: Testamento Espiritual del Cardenal Raúl Silva Henríquez, Stgo, 1999). En la homilía pronunciada en el Santuario de María Auxiliadora de Punta Arenas, con ocasión de sus Bodas de Oro de Profesión Religiosa Salesiana, había dicho: “Don Bosco me había enseñado varias cosas interesantes... Me enseñó también amar el terruño, la patria, donde uno ha nacido, pero desprendiéndose de los entusiasmos o de las pasiones; no amar con la pasión, con la violencia, en forma irracional...” (cfr. El Card. Silva nos ha dicho, Ed. Tiberíades, p. 159). A lo largo de su ministerio episcopal, como Arzobispo de Santiago, en situaciones históricas diversas, a veces muy difíciles, el amor a Chile y a su gente, especialmente pobre, ha encontrado en Don Raúl esa ‘especial dedicación’, reclamada por él, a ‘quienes tienen la vocación y la responsabilidad de servicio público’.

Son conmovedoras sus palabras en la Homilía del 18 de Septiembre de 1974. Llegando al final de la homilía exclama: “podemos decir que Chile es nuestra Madre pero también nuestra Hija. La hemos engendrado, la hemos vuelto a engendrar, nosotros, con nuestro dolor. Y, por eso, nuestro amor por Chile se duplica, se hace tierno, vehemente apasionado, exigente. A Chile lo amamos hoy como se ama a la madre y como se ama a la hija”.

3.- El Bicentenario de Chile y su proyección para que nuestro pueblo tenga vida

El recuerdo de los cien años del nacimiento de don Raúl, coincide con la preparación de una fecha significativa para Chile: la celebración del Bicentenario de la Independencia Nacional. Consciente del significado de la fecha, la Conferencia Episcopal de Chile, en el documento, “En camino al Bicentenario”, publicado en septiembre del 2004, recuerda que “los acontecimientos fundacionales marcan decisivamente” la suerte de un pueblo, y advierte: “Construir la Patria es una tarea interesante, que a todos nos concierne, más aún si tenemos presente que en ella nos preparamos a vivir en la Patria definitiva y plena que todos anhelamos. En este sentido pensamos que el Bicentenario



de nuestra Independencia Nacional, puede ser ocasión de reencuentro con el “alma de Chile”, en palabras consagradas por el Cardenal Silva Henríquez, y de proyección de la mirada hacia el futuro con la voluntad de refundar a Chile, a partir de la fecundidad de los valores esenciales que sustentan nuestra identidad nacional”(cfr. Op. Cit., 4).

Los cristianos, en virtud de su fe en Jesucristo, saben que les corresponde ofrecer su aporte original a la construcción de la sociedad, a fin de que ésta sea un anticipo histórico, del Reino definitivo prometido e iniciado por Jesús. En “Mi sueño de Chile”, Don Raúl traza los compromisos fundamentales para tal misión, los pilares de un auténtico desarrollo humano que alcance las personas y la sociedad entera: “...mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados..., quiero que en mi país todos vivan con dignidad..., quiero un país donde reine la solidaridad..., quiero un país donde se pueda vivir el amor..., quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir: que vuelva su mirada hacia el Señor...”.

“UN PAÍS QUE VUELVA SU MIRADA HACIA EL SEÑOR”: DIOS EN EL CORAZÓN DE LA HISTORIA Y DEL DEVENIR DE CHILE.

¿Qué sueño podemos anhelar para el futuro de Chile?, y ¿qué decisiones tomar para que la nueva generación de chilenos y chilenas tenga un nuevo impulso de vida? ¿Qué lugar ocupa Dios en esa empresa? ¿Qué significa hoy responder al llamado de Don Raúl: “Quiero para mi patria lo más sagrado que yo puedo decir: que vuelva su mirada hacia el Señor”?

1.- Una reflexión fundamental

La respuesta a estas preguntas exige de parte de todos atención inteligente y fino discernimiento ya que, como recuerda el Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, vivimos una realidad histórica y social “marcada por grandes cambios que afectan profundamente...; que, con diferencias y matices, afecta el mundo entero; en todos los ámbitos de la vida social, impactando la cultura, la economía, la po-

lítica, las ciencias, la educación, el deporte, las artes y también, naturalmente, la religión...”. Además, porque “en este nuevo contexto social –agrega el documento–, la realidad se ha vuelto para el ser humano cada vez más opaca y compleja..., aparejada con una crisis de sentido”, que amenaza erosionar la preciosa tradición sobre la cual se han construido siglos de historia. De verdad, advierten los Obispos, “sin una percepción clara del misterio de Dios, se vuelve opaco el designio amoroso y paternal de una vida digna para todos los seres humanos” y se puede perder “su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos los factores, discerniéndolos a la luz del Evangelio y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada.” (Cfr. Op. Cit.33-42).

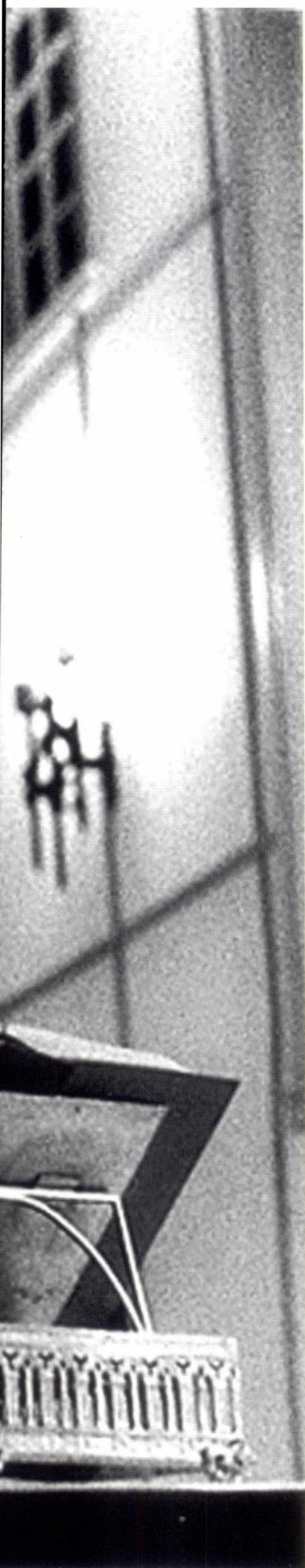
También para nosotros, especialmente para los seguidores de Jesús, me parece iluminador el pensamiento de Benedicto XVI, expresado en su discurso inaugural de la V Conferencia de Aparecida. El Papa enfrenta este tema crucial de nuestro tiempo con una pregunta a la cual él mismo responde: “¿Qué nos da Cristo realmente?”... Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida en Él, podría surgir otra cuestión: esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de una realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?”.

La tradición de la Iglesia se encuentra cristalizada en un texto del Concilio Vaticano II, que dice: “... el mensaje cristiano, no aparta los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que, al contrario, les impone como un deber el hacerlo” (GS, 34). En efecto, como afirma el mismo documento conciliar: nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de Dios (cfr. GS 1).

2.- Una respuesta lúcida: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza

La respuesta es emblemática, también para quienes tenemos la responsabilidad de re-fundar y construir las bases que aseguren el futuro de Chile. Después de denunciar “el error destructivo” de las tendencias dominantes en el





último siglo, que reducen el concepto de realidad sólo a los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos, el Pontífice vuelve a insistir que quienes pretenden construir el futuro sólo sobre esas rocas, “falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas”. Y, prueba de ello, son los resultados tanto de los sistemas marxistas como los capitalistas que han fracasado. “La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis” (Cfr. Benedicto XVI, Discurso Inaugural, 13 de mayo de 2007).

El Cardenal Silva suscribiría con toda su alma las palabras del Pontífice, ya que estaba convencido que “un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios...”. Para él esta verdad pertenece a la esencia del ‘alma’ de Chile. Sabía por experiencia personal, que el hombre necesita de Dios, de lo contrario se queda sin esperanza. Una verdad también para la vida social.

3.- ¿Sobre cuáles bases pensar y proyectar el futuro?

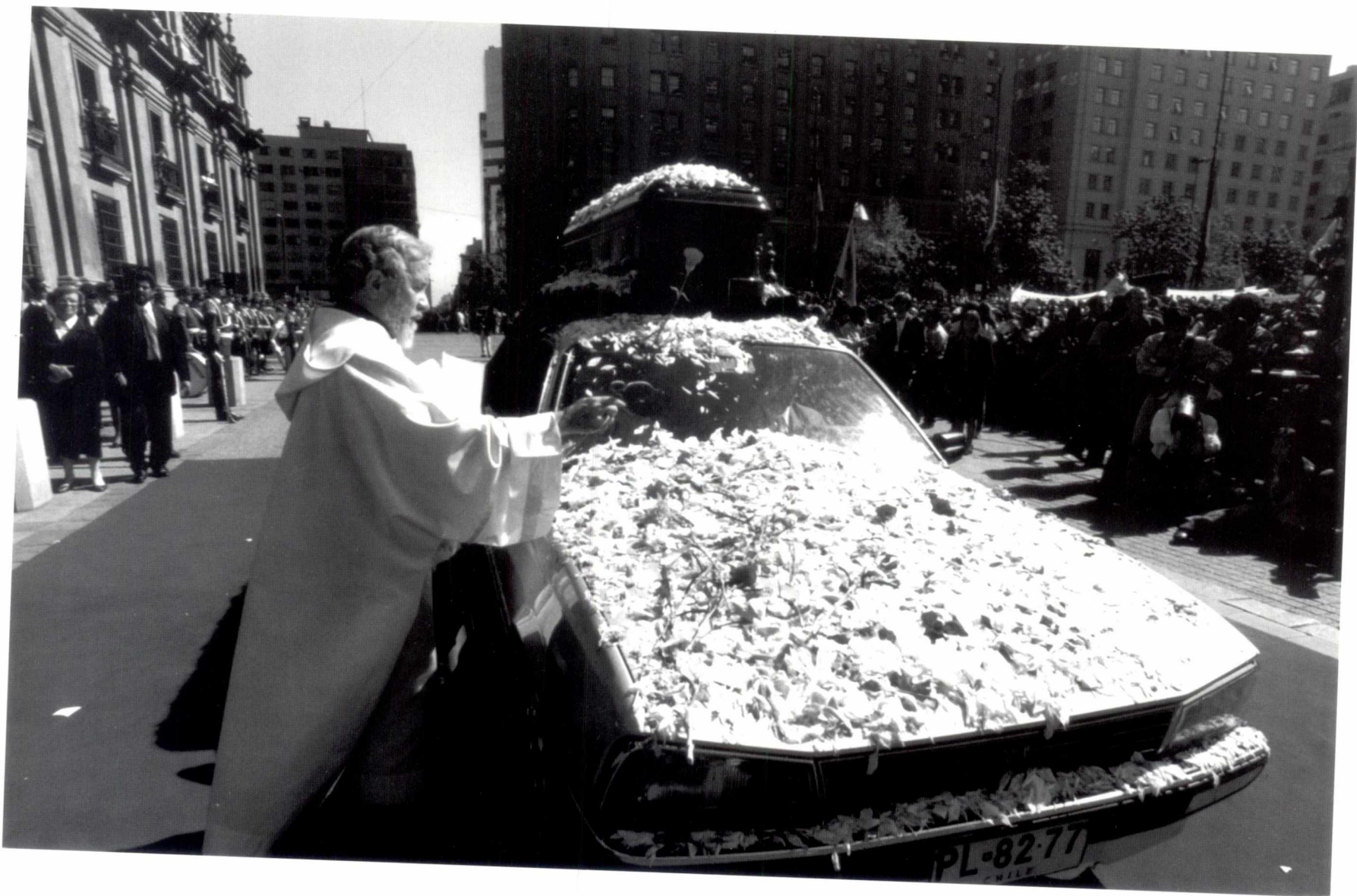
Jesús enseñó a sus discípulos que una casa construida sobre arena no puede permanecer de pie cuando arrecien los vientos y las olas. Hay que construir sobre la roca. El Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, describe, con realismo, las condiciones socio-culturales, económicas y políticas del Continente que reclaman un nuevo orden social, más justo y respetuoso de la dignidad de las personas humanas y de cada pueblo. Postulan espacios de reconocimiento, de participación cultural y política, una verdadera economía solidaria y un desarrollo integral y sustentable, puesto al servicio de toda la comunidad. Por su parte Benedicto XVI, en la Encíclica “Spe Salvi” (3° de Noviembre de 2007), recuerda que “la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para

las realidades humanas, es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida” (Cf 25). La tarea de las nuevas generaciones, está revestida, sin duda, de una enorme responsabilidad, pues, “pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que este no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella”. Para que el discernimiento y las voluntades se vuelquen hacia el bien del país, habrá que conjugar adecuadamente “razón y libertad”, “libertad y responsabilidad”, “responsabilidad y competencia”. “La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma”(Ib. 25). Sin embargo, razón, libertad, responsabilidad y competencia no parecen suficientes para garantizar un futuro lleno de realizaciones. La experiencia del Papa es también la nuestra: “Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde en un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (Cf. Ef 3,16; 2Cor 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo”(Ib.22). La conclusión es evidente, “no es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor”(Ib. 26), por el amor de Dios, “no un Dios solo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano, el Dios con nosotros, el Dios del amor hasta la cruz”(Benedicto XVI, Discurso Inaugural de Aparecida, 13 de mayo de 2007).

CONCLUSIÓN

“Me pregunta por el país que sueño o deseo...”

Desde lo más hondo de su corazón creyente, Don Raúl sabe que el bien más grande para la patria es contar con hombres y mujeres que vuelvan constan-



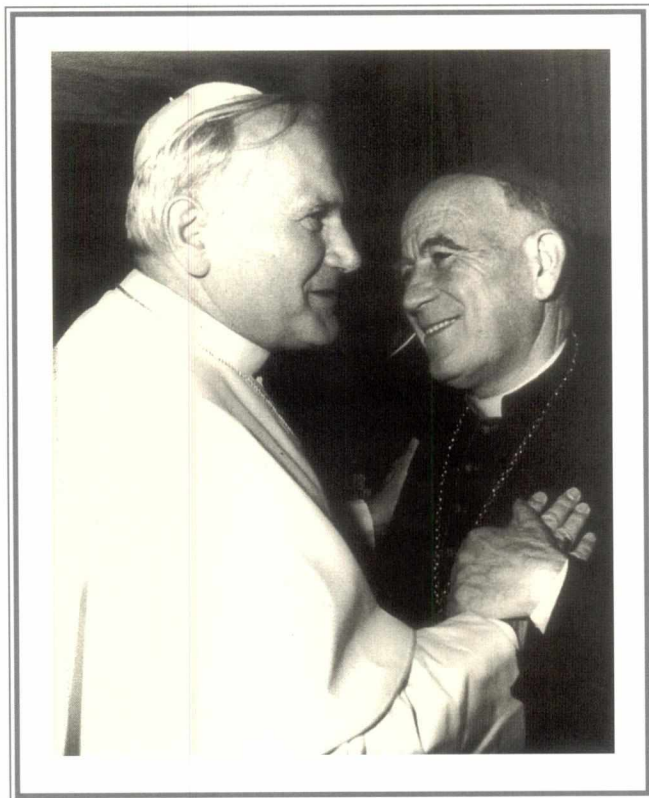
temente su mirada hacia el Señor, y descubran que es posible ser hermanos porque no hay más que un padre, el Padre Nuestro.

Cito nuevamente el Documento de la Conferencia Episcopal de Chile, En camino al Bicentenario. Dicen los Obispos: “La piedra fundamental de nuestra construcción es poner a Dios en el primer lugar de nuestra vida y de nuestros proyectos. La historia nos enseña dramáticamente que, cada vez que ponemos al hombre en la cima de la historia, las luchas de poder nos devoran y el narcisismo nos destruye. El hombre –varón y mujer- no es ni puede ser la medida de sí mismo. Necesitamos una referencia fundamental hacia Dios, Padre y Creador, y hacia los designios que El mismo nos ha revelado a través del Señor Jesucristo” (n 18). “El alma de Chile –observaba don Raúl- se ha nutrido, desde sus inicios, en la savia vigorizadora de la fe”. (Homilía, 18 de Septiembre de 1974).

Cuando se vuelve urgente el compromiso de recrear la Patria, cuidando la identidad de su alma, o cuando se nos ofrece la misión de reconstruirla, “entonces es cuando necesitamos, más que nunca, del tesoro de nuestra fe. Nuestra fe en Cristo, muerto y resucitado, que nos repite: ¡ánimo, no tengan miedo: Yo he vencido al mundo!” (Ib.).

Los profetas son un regalo de Dios para un pueblo. Señalan el camino que conduce a la vida y a la felicidad. Quiera Dios que la figura y la palabra del Card. Raúl Silva Henríquez, no sea sólo un hito para comprender parte de la historia del siglo XX de Chile, sino un estímulo para construir el siglo XXI, con sus mismos valores y las mismas actitudes de fe.

31 de Enero del 2008
Fiesta de San Juan Bosco.



Sor Rosario Alonso Niño

Religiosa. Vicaria provincial de las Hijas de María Auxiliadora en Chile.

¿Cómo ve la labor que desempeñó el Cardenal para construir un país que pusiera su mirada en el Señor?

Como la de un servidor que da la vida con su entrega personal, con su palabra y con sus acciones.

Durante su ministerio como sacerdote, obispo y cardenal, realizó la labor del profeta, y una de las funciones del profeta es anunciar la verdad y denunciar las situaciones de muerte, y por Dios que él lo hizo!

Alzó su voz en muchos momentos de la historia, llamando a todos a la cordura y al respeto, denunció atropellos y se ocupó de todos.

En su ministerio, siempre anunció la verdad sobre Dios y la dignidad de la persona. Es conocida por todos la preocupación por los derechos de las personas indefensas, especialmente los pobres.

¿Qué significa que un país tenga su mirada en el Señor?

Tantas cosas. Significa la conducción del pueblo desde el punto de vista de la justicia, de la equidad; significa buscar no sólo crecer económicamente, sino que las personas vivan más dignamente.

¿Y hacia dónde tenemos puesta hoy nuestra mirada?

Hoy, la sociedad materialista, hedonista, multicultural, hace que la persona se dirija hacia el tener y a poner su énfasis en el bienestar económico, olvidándose a veces de los valores trascendentes.

Creo que es posible, pero hay que tener voluntad, para que el reino de Dios esté dentro de nosotros y, a su vez, esté también en la sociedad.

¿Cómo cree usted que el Cardenal dio a conocer en nuestro país a este Dios vivo del que habla?

Son muchas las acciones que realizó en favor de la vida de todo hombre y mujer.

Uno recoge sus reflexiones y se queda impresionado de la fuerza, de lo concreto de sus mensajes. Él acreditó, con sus obras y con sus palabras, que realmente el reino de Dios está en las personas, y nosotros estamos llamados, como creyentes, a construirlo.

Usted menciona que el Cardenal fue muy concreto en su mensaje, ¿Cree que hoy es necesario que la Iglesia Católica tal vez lleve su discurso más hacia la acción?

Yo creo que en realidad la Iglesia sí lo hace. El Cardenal, desde su fe, era un hombre con radicalidad... y ésta es un poco la misión de la Iglesia ahora, preocuparse de qué nos pasa también a nosotros los creyentes.

Los evangelizadores tenemos la tarea de anunciar a Dios en la historia.

¿Cree que es posible proyectar el mensaje y las obras del Cardenal hacia los años venideros, pensando sobre todo el Bicentenario?

Sí, lo creo y después de leer "Mi sueño de Chile" lo creo más que antes.

Don Raúl, en su ministerio de Pastor, no sólo ha dejado un testamento, sino acciones concretas. La fuerza de su mensaje, para defender la dignidad humana, ha sido impresionante.

Estoy segura de que si se potencia este mensaje y los caminos que él va abriendo, se puede hacer algo bueno.

¿Cuál de todos los sueños del Cardenal necesita hoy trabajarse con más fuerza?

Nos queda mucho camino por andar en solidaridad y dignidad. Si pensamos en vivienda, salud, educación y sueldos dignos.

Necesitamos voluntad evangélica y conciencia ciudadana para desterrar de nuestra cultura la violencia, el atropello, el desprecio a la vida y el maltrato a la dignidad de la mujer.

El legado del Cardenal es una tarea y un desafío, especialmente para los hombres y mujeres que le conocimos. Y es un desafío apremiante.

Después de todo el tiempo que ha transcurrido desde que el Cardenal escribió este texto, ¿Cree que hoy tenemos un país más fraterno que reconoce la presencia de Dios?

Puedo afirmar con certeza que el pueblo de Chile siente dentro de sí la fuerza de lo religioso.

Como educadora, siento que los jóvenes y las personas en esta patria “están de pie” y son capaces de manifestarse en gestos solidarios hacia los más desvalidos.

La palabra de Dios ha penetrado con más conciencia y responsabilidad en el corazón de los creyentes, siento una fe más firme en aquellos que adhieren a la persona de Jesucristo.

En el último Censo se demostró que la cantidad de católicos en Chile ha disminuido en alrededor de un 7 por ciento. Según usted ¿a qué se debe esta baja?

La falta de oportunidades cierra la esperanza y el ser humano se inclina siempre por lo más llevadero. La lucha por sobrevivir, la competencia, el materialismo, paralizan los horizontes de la construcción de la persona y de una sociedad creyente.

Creo que también contribuyen a esta baja las rigideces históricas interpretadas por personas y creyentes, que se afirman en las normativas más que en la vida. En lugar de mostrar a un padre misericordioso y acogedor, algunos

muestran a un padre rígido. Ello ha hecho que mucha gente de iglesia pierda un poco la fe.

¿Cuáles son los desafíos que enfrenta la Iglesia Católica de aquí al Bicentenario?

Quiero recordar las palabras que el Cardenal dijo al clero de Santiago en el día de la toma de posesión de la Catedral: “El Obispo que llega hasta ustedes no tiene otra ambición que servirlos”. El Cardenal quería una Iglesia servidora. Y éste es un primer desafío.

¿Y qué otros desafíos hay?

Ayudar al cristiano a vivir la fe con alegría. Dar razones de esperanza a los jóvenes. Escuchar y acompañar permanentemente las angustias de todos los hombres de esta cultura, como lo hizo el Cardenal. Reencantar con el amor de Dios e impulsar efectivamente la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Finalmente, creo que es necesario formar comunidades cristianas activas y anunciadoras de la Buena Nueva del Evangelio, como testigos de una Iglesia servidora, profética y mediadora.

“Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios”, nos dice el Cardenal. ¿Es posible construir una patria mejor a través de reconocer y vivir este mensaje?

En el alma de Chile hay mucho espacio para Dios. Chile es tierra buena y el Cardenal, como lo sabía, quiso sembrarla con la Buena Nueva de Jesucristo.

Como él nos dice con fuerza en su testamento, el ser humano es “imagen y semejanza de la belleza y bondad de Dios”. Esta afirmación es un llamado a los hombres y mujeres de esta tierra a reconocer en su corazón al Dios verdadero. Sólo así, todos seremos más solidarios.

*Siempre buscó la forma de ser
consecuente con ese Sueño*

Reinaldo Sapag Chain

Empresario y profesor universitario. Ha publicado numerosos libros en torno a la figura del Cardenal.

Como país, ¿hemos cumplido el Sueño del Cardenal Silva Henríquez?

Es complicado responder en términos generales para todo un país. Por cierto que el Cardenal decía ésta es la patria que yo quiero, es mi Sueño de Chile, pero en el fondo de su corazón sabía que era imposible que se cumpliera totalmente.

Hoy día pienso en todos los homenajes que se realizaron con motivo del centenario de su natalicio y no me queda más que pensar que, aunque no lo experimentemos con toda la claridad que quisiéramos, el Sueño del Cardenal Silva Henríquez nos marcó profundamente y como nación le estaremos eternamente agradecidos. Por eso puedo afirmar que el Cardenal es la persona que más ha influido en mi vida porque, entre muchas otras cosas, me enseñó que todos tenemos la obligación de ser soñadores.

¿Teme que el mensaje del Cardenal Silva Henríquez se vaya diluyendo en el tiempo?

No, no me da miedo. No hay que perder nunca la esperanza de que van a seguir surgiendo personajes como el Cardenal Silva Henríquez. En lo más profundo de mi corazón, siempre sueño con que alguno de los niños de la Aldea de Punta de Tralca se transforme en un sacerdote ejemplar.

El Señor regala a la tierra a Teresa de Calcuta, al Padre Hurtado, a Juan Pablo II... ¿Qué nos tiene preparado el Señor? ¿Quiénes serán los que seguirán el camino del Cardenal? Él se enorgullecía en su tiempo por la cantidad de vocaciones que surgían, entusiasmó a muchos jóvenes a ser sacerdotes, por su ejemplo, por su audacia, por su consecuencia, por su valentía, por su coraje, por decir la verdad.

¿Qué haremos nosotros? ¿Qué harán los que vienen después? No me asusta la respuesta. Tengo la certeza de que otros vendrán para continuar con el Sueño de Chile, porque se trata de un mensaje imperecedero.

¿Cuál ha sido la influencia que el Cardenal Silva Henríquez ha ejercido en su vida, específicamente, en los múltiples y diversos roles que le ha tocado desempeñar?

El Cardenal me enseñó a mirar la vida de otra manera. He sido un privilegiado. Todos los días le agradezco a Dios el haber tenido la oportunidad de ser amigo del Cardenal durante veintiocho años. Él me cambió la visión de la vida. Fue un proceso y, de pronto, era otra persona. Antes miraba los desafíos como instancias de búsqueda de poder. Hoy día los miro como instancias de servicio.

En la vida uno tiene aptitudes, talentos. A cada cual, como dice el Señor, según su capacidad. El problema es qué hacemos con ellos. Los enterramos o los entregamos. Y si decidimos entregarlos no es para recibir por ellos una remuneración, sino para transformarnos en servidores.

Así es como intento actuar, por ejemplo, en mi rol de docente, sirviendo a mis alumnos. La cátedra para mí no es un espacio para demostrar que sé más que ellos. Mi discurso para mis alumnos es distinto, qué alegría me darían ellos si el día de mañana compruebo que saben más que yo. Eso es ser un servidor. Entregarte en cada una de las cosas que haces. Servidor en tu familia, servidor en tus empresas, que quienes te

rodean se sientan cómodos, acogidos y amados. En todo, amar a Dios por sobre todas las cosas y hacer vida la frase ámense los unos a los otros como yo los he amado. ¿Y cuál es el sentido de ese amor? El sentido de ese amor, al igual que lo hizo Jesús con nosotros, es entregar la vida por los demás.

El compendio de la acción social, decía el Cardenal, es la parábola del Buen Samaritano. Aquel hombre que ve al caído, lo cura, lo lleva a una hospedería, se preocupa que lo cuiden. No se desentiende del sufrimiento del prójimo. El Cardenal me dijo en una oportunidad que si escribían algo acerca de él le gustaría que dijeran que fue un hombre que nunca pasó de largo. Eso me marcó profundamente, y así como él, me esfuerzo a diario por no pasar de largo.

¿Qué opina de quienes dicen que el Cardenal Silva Henríquez fue un hombre más gerencial que espiritual?

Que están tremendamente equivocados. El Cardenal “gerente” hacía todo por el Señor, con una confianza absoluta en que estaba donde el Señor lo ponía. Era tanta su seguridad que incluso, producto del egoísmo y afán de poder que enseguece a los hombres, fue engañado. ¡Cuántas iniciativas del Cardenal terminaron transformándose en empresas privadas!

Nada le fue fácil, recibió muchas acusaciones en su contra respecto a su veta de empresario. Sus sentimientos y descargos respecto a este tema, están claramente detallados y explicados en sus memorias. ¿Cuántas veces se sintió desolado? ¿Cómo podían decirle negociante? Incluso esas acusaciones llega-

ron al Papa por integrantes de la misma Iglesia y él tuvo que concurrir a la Santa Sede a explicar cuáles eran sus verdaderas motivaciones. ¿Cómo no iba a ser doloroso? O cuando después le decían político, cura rojo... Hoy día vemos que detrás de todo eso había sólo bondad, sólo generosidad, sólo amor a Cristo.

Los caminos del Señor no están siempre pavimentados, pero no hay que hacer caso de las incomprendiones, porque existirán de todas formas. Y el Cardenal claro que las tuvo, y las vivió. Jesús también fue incomprendido y rechazado. Fue incomprendido a tal punto, que incluso fue crucificado. El Cardenal también fue crucificado.

Desde su condición de laico comprometido, ¿Cómo hacer que la mirada hacia el Señor esté puesta en todo lo que hacemos?

Sinceramente, no veo más respuesta que intentar ser como el Cardenal Silva Henríquez. Querer y trabajar porque prime el amor, la justicia, la paz, la verdad, el esfuerzo, la sinceridad, la humildad, la alegría. En suma, todos esos valores, Jesús con nosotros y nosotros con Jesús para iluminar el mundo. El Cardenal lo iluminó. ¿Seremos capaces de seguir ese camino? Todos tenemos el deber de conciencia personal de hacerlo, no es sólo una responsabilidad de la Iglesia señalarnos el camino. El Cardenal lo dijo tantas veces, cada cual tiene que saber si toma o no este mensaje, y si lo toma, ¿de qué forma lo hace? Es una cuestión de discernimiento personal. Él me enseñó a amar a la Iglesia, con sus luces y con sus sombras, y yo la amo.

He tratado, como cristiano, de entender que el servicio público es una vocación

Pedro Sabat Pietracaprina

Alcalde de la Comuna de Ñuñoa.

¿Cree que es posible sacar al Cardenal de la coyuntura en la cual vivió y proyectar sus mensajes y obras hacia nuestros días, pensando sobre todo en el Bicentenario?

Su mensaje, sin duda y lo digo como católico, es muy superior a la coyuntura misma. Siento que ninguna de las ideas que plantea el Cardenal, es patrimonio de una situación o de un momento histórico.

Si bien es cierto el sueño de Chile es un mensaje lleno de amor para todo el mundo, para los creyentes tiene una calidad especial y es que para nosotros esto es obligatorio. El sueño de Chile debiera ser los cinco mandamientos para los chilenos.

¿De qué manera este mensaje del Cardenal puede ser usado por usted en su labor como alcalde?

Es tan permanente y tan amplio su mensaje y, al mismo tiempo, tan profundo, que uno no puede dejar de aplicarlo a su vida diaria en la medida en que lo toma como un valor.

Que en el país todos vivan con dignidad, por ejemplo, tiene que ser la máxima de cualquier servidor público. Un país donde reine la solidaridad, eso es propio de lo que uno debe hacer en esta labor.

Este mensaje es algo que uno, como católico y servidor público, tiene que tomar y en el trabajo como alcalde o en cualquier otro debiera ser una guía.

Hace un tiempo se firmó un decreto para cambiar el nombre de la calle Los Pescadores, ubicada en Ñuñoa, por el de Los Pescadores del Cardenal Raúl Silva Henríquez. ¿Cómo surge esta iniciativa y por qué?

El año 1999, cuando el Cardenal murió, yo planteé esta idea al Consejo Municipal y se

aprobó, pero hubo un conflicto con un grupo de vecinos. Sin embargo, eso sirvió de base para poder trabajar el tema y, cuando supe que se iba a celebrar el centenario, me pareció que era lo menos que se podía hacer por una persona que había vivido durante larga cantidad de años, como arzobispo y cardenal, aquí en Ñuñoa y que había sido nuestro hijo ilustre.

Me parecía que el Cardenal tenía que tener algún tipo de recuerdo y, en ese sentido, propuse el tema de nuevo y fue ampliamente aceptado.

Como alcalde de una de las comunas más importantes de Santiago, ¿cuál es su visión de ciudad y comunidad de aquí al Bicentenario?

Siendo alcalde del gobierno militar, entre los años 1987 y 1989, tuve la oportunidad de compartir muchas veces con el Cardenal. Él siempre me señalaba que la tarea propia de un alcalde era hacer una ciudad amable, acogedora, en donde todos tuvieran espacio y con la característica especial de ser segura, pero no excluyente.

Una de las lecciones que me dio el Cardenal Raúl Silva Henríquez fue precisamente que las ciudades tenían que recibir a todos, sin exclusión, de manera que todas estas personas se sociabilizaran, porque la mejor forma de que no hubiera lucha de clases, según él, era precisamente que la gente se conociera.

Él hablaba de que la ciudad tenía que ser un todo armónico, que había que buscar espacios públicos donde las personas pudieran tener amistad cívica y, por lo tanto, conocerse y darse cuenta de que más allá de las riquezas materiales, lo importante es

que somos todos hermanos y chilenos, y que tenemos que aprender a convivir. La lección que el Cardenal me daba me quedó muy grabada y muchas veces yo le pregunté si él sentía que aquí era así y me decía, 'exactamente por eso es que me vine a vivir a Ñuñoa'.

Y para lograr esta ciudad amable, ¿cuál de todos estos sueños que nos plantea el Cardenal necesitamos trabajar más?

Yo creo que todos. Pero, creo que para las comunas, de todos estos sueños, la dignidad es el que más se acerca a lo que deben trabajar los municipios.

Esta comuna, en la cual uno se identifica desde que nace, esta patria chica, como yo la llamo, es la que uno tiene que querer y cuidar tanto como a la patria grande. Pero es muy importante el tema de la dignidad en el lugar donde uno vive. Si uno no tiene buena educación o buena salud en un barrio, afecta la dignidad, afecta el futuro.

En varias comunas de Santiago, el crecimiento económico ha estado por sobre la idea de identidad de barrio; han aparecido enormes edificios y se han derrumbado casas antiquísimas. ¿Es posible reunir los conceptos de modernidad e identidad de barrio? ¿De qué manera se pueden unificar las ideas de desarrollo económico con el bienestar de la gente?

Llevo 26 años trabajando en esta comuna y uno como alcalde analiza todos los procesos de ciudad, los estudia, los ve con otra mirada. Uno se da cuenta, con el tiempo, de cómo estos procesos van haciendo que una ciudad se deshabe y desaparezca si no es capaz de cambiar a la velocidad propia de la vida y del país.

En 1992 Ñuñoa tenía 180 mil habitantes, que bajaron a 163 mil, en 2002, y que el INE indicaba que en 2020 íbamos a tener 120 mil habitantes. La ciudad se envejecía a una velocidad enorme, la gente se iba. Entonces, ¿qué es la identidad de las ciudades?, la identidad del barrio y de la ciudad la hacen las personas.

Hay un grupo de gente que me reclama mucho por los edificios, pero esa misma gente no está dispuesta a cambiar su modo de vida para que otros vivan tan bien como ellos. A mí me parece inmoral que la gente se tenga que ir a extramuros de la ciudad, que no tienen áreas verdes, que no tienen colegios, juntas de vecinos, teatros, comercio, cuando nosotros tenemos todo eso aquí.

Uno tiene que mirar la ciudad con una visión más generosa, más abierta y solidaria, donde todos quepan y todos tengan una calidad de vida adecuada y similar.

¿Cuál es su propio sueño de Chile?

Mi sueño es que nos preocupemos de verdad de las cosas que queremos lograr como país y que para eso exista consenso. Yo he tratado, como cristiano, de entender que el servicio público es una vocación en la cual la primera característica es ser generoso. Entender que uno no tiene la verdad y eso significa ser capaz de escuchar a los demás y de pedir perdón.

Me quedo con las últimas palabras del texto del Cardenal, que dicen: 'este sueño es posible convertirlo en realidad', ¿cómo? Lo primero es terminar con el odio, con el resentimiento, con las cosas que nos dividen.

EPÍLOGO: LA URGENCIA DEL AMOR



Hacia el Bicentenario.



La preocupación por la solidaridad
en sus distintas dimensiones
pertenece al corazón de la Doctrina Social de la Iglesia.

P. CRISTIAN PRECHT BAÑADOS

Vicario Episcopal
de la Zona Sur de Santiago

El centenario del natalicio del Cardenal Raúl Silva Henríquez ha terminado y con él se esfuman las palabras y quedan los memoriales. Su nombre fue pronunciado con admiración, con emoción, con entusiasmo, con reverencia, como quien quisiera traspasar los cielos y hacerle llegar la gratitud de cientos y de miles al lugar donde en verdad vive para siempre, al lado del “buen Dios”, esperando el día de la Resurrección. Y, en esta tierra, junto a nosotros, queda el Cardenal vivo en su persona, en su obra, en su espiritualidad. Y vivo en el corazón de tantos que gozamos de su cercanía, tan cercana como para que le exigiéramos aún más mientras era nuestro obispo, y agradecerle tanto más con el paso del tiempo que agiganta su estatura.

¿Cuál fue la clave de su vida, cuál es su legado ?

La pregunta se repite incesantemente por quienes quisieran penetrar el misterio de su vida y, tal vez, proyectar su memoria de cara al bicentenario de la Patria. Y no cabe duda que la clave de su vida está en la urgencia del amor: del amor a Dios, del amor a la Iglesia, del amor a la Patria, del amor a su tiempo. Y todos esos amores, convergiendo en su amor ineludible por los pobres, por los jóvenes, por el derecho y la justicia.

No se entiende Don Raúl sin el amor al Dios de Jesucristo por quien entregó su vida desde siempre, consagrándole cada acto de su vida. Un amor exigente y virginal. Un amor devoto que nunca dejó de invocarle. Un amor que no dejó espacio a componendas. Era la Misa diaria y el santo Rosario, eran las páginas de su libro de oraciones – el Libro de las Horas – que lo mantuvo siempre abierto, hasta el final de sus días, aunque a veces ya no entendiera todo lo que leía...

Con el Señor Dios tuvo conversaciones íntimas y públicas imprecaciones que le arrancaban a él y sus auditores lágrimas entrañables, al ser testigos de esos alegatos que él se permitía en medio de sus homilías. Esa es la clave de su vida.

Pero también es clave el amor por la Iglesia a la que entregó su vida en la Congregación salesiana, enamorado de Don Bosco, figura que cautivó sus amores juveniles. Se soñó educador y sobre todo padre de juventudes. Y lo logró de manera admirable en

el Teologado salesiano, en el Colegio Arriarán de la Cisterna y a través de las muchas obras que hizo en bien de los jóvenes, recibíendose de abuelo en la Aldea de Niños de Punta de Tralca.

La Iglesia madre puso en él su mirada, le abrió camino, lo dejó actuar con la urgencia de su amor y lo fue llamando a responsabilidades cada vez mayores, hasta crearlo Cardenal de la Iglesia romana. Honores, pensará más de alguien. El diría “responsabilidades” y, vivido desde la fe, cruces pesadas de llevar como lo hizo su Maestro, el Señor Jesús, sin jamás dejar de cumplir estrictamente sus deberes. De esta vida y ministerio, grande y generoso, se vio favorecida su querida Iglesia de Santiago que tuvo el privilegio de tenerlo diecisiete años como su Pastor. Así fue como destacó en el Concilio, en Puebla y Medellín. Así fue reconocido por las Iglesias hermanas de USA y de Europa, y en tanto Honoris Causa por las Universidades Católicas que destacaron su figura.

Amado y discutido, en el Concilio. Amado y discutido en su Patria. Amado y discutido en su Iglesia. Es que la sinceridad en los labios unida a la urgencia del amor lo llevaron a decir muchas verdades – franco el Cardenal – y a emprender una cantidad incontable de obras que rebalsaban los estilos y las tradiciones. Todo por la urgencia del amor. No podía ver una necesidad que no quisiera remediar ahora ya... No era de los que dejaba para mañana lo que pudiera hacer hoy día. En esto de la causa del amor era impaciente, así como podía ser paciente con las personas que lo rodeamos y con nuestros titubeos.

Pocos, muy pocos, son los sectores de nuestra sociedad que no recibieran algo de su pensamiento profundo y de su mano generosa. Desde luego lo recibieron los niños sin hogar, los jóvenes pobladores y universitarios, las familias que recibieron sus viviendas, los ancianos que tenían oportunidad de descansar en Punta de Tralca. Lo recibieron los migrantes, los perseguidos y los refugiados, y un largo etcétera imposible de cuantificar aunque no de cualificar, en que habría que poner en un lugar de honor a los obreros y trabajadores del mundo sindical así como a los académicos que en él encontraron decidido apoyo.

Ah... y Chile.... Chile era una palabra que estaba grabada en el fondo de su alma. De ahí que al hablar del alma de Chile podía escribir su propio autorretrato: “el primado de la libertad ante toda forma de opresión, el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad, y el primado de la fe sobre toda forma de idolatría”. Lo leyó en la historia. Lo expresó con maestría. Citó a más de un pensador del alma nacional... Pero en el fondo, es la convicción de quien escribe, el alma de Chile era el fiel retrato de su alma maulina, de la tradición de su familia, de sus estudios de derecho y de su corazón enamorado. En el alma del Cardenal Silva no había espacio para la arbitrariedad ni para la falta de libertad, no había espacio para la injusticia ni para la idolatría, males que, aunque transitan por nuestra historia, no la constituyen.

Él ama la naturaleza de Chile, y la describe con poesía en sus escritos y homilías, pero sabe muy bien que la mayor belleza y riqueza de la Patria está en su gente. Y al servicio de esta gente pone sus mejores energías en los años tan complejos en que hubo de ejercer su ministerio episcopal. Nuevamente, la urgencia del amor...

Él no concibe, ni puede concebirlo, que haya enfrentamiento entre chilenos: ni el enfrentamiento ideológico de los años sesenta, ni el enfrentamiento armado de los setenta, ni el espectro de una guerra en los ochenta. Y en todos esos tiempos, y en todos esos frentes, ni calla ni se rinde. Siempre busca el diálogo, la mediación, el reencuentro. Da la cara y pone la otra mejilla cuando lo critican o lo insultan. Él nunca deja de abogar por la libertad y el derecho, por la justicia y la solidaridad, que con lucidez considera componentes esenciales de la paz, y los componentes del alma de su Patria tan amada.

Y donde su amor se hizo intransigente fue en la defensa del derecho cuando en Chile se quebró la convivencia. La defensa de los perseguidos, la dignidad de los reclusos, la causa de los exiliados y de los tristemente detenidos y desaparecidos. Clamó, intercedió, se hizo voz de los sin voz y Samaritano de los caminos. De ahí el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad que le valdrían reconocimientos de Estado y de las Naciones Unidas. En esos días tan dolorosos se agigantó su figura y su voz resonó

con una fuerza que ni el mismo sabía que tenía. Pero, a la vez, la mano tendida, el pastor que no quería romper los puentes, el hombre siempre dispuesto a dialogar – con franqueza, con respeto, con luminosa claridad. Los que no lo entendieron en el tiempo tuvieron la hidalguía de ir a darle un postrer homenaje a la hora de su muerte, silenciosa, retirada. Y nuevamente su persona fue aclamada, vitoreada, llevada en andas por la gente de su pueblo.

Es la urgencia del amor que los pobres sintieron tan cercana que, a pesar de su presencia adusta que no prodigaba abrazos ni sonrisas, siempre lo sintieron suyo, cercano, hermano, defensor, amigo... exactamente “Raúl, amigo” estrenando con él esa consigna. Y tenían toda la razón. La razón del pueblo herido de tantas postergaciones que en él encontraban a un abogado de su causa, a un intrépido gestor de respuestas a sus necesidades. Le sacaron más de una lágrima genuina y fueron la razón de muchas de sus posiciones, amadas y discutidas, como la Reforma agraria, su apoyo al movimiento sindical y tanta obra de amor urgente estampada en el libro que ahora epilógamos.

Ahora que se acerca el bicentenario de la Patria es importante volver la mirada hacia estos personajes inmensos que con su vida escribieron páginas inéditas e imborrables de nuestra historia nacional. El Chile de hoy es diferente al que le tocó vivir al Cardenal. Pero, ¿será tan diferente al que le tocó vivir con seis Presidentes de tan diversa inspiración? ¿Será tan diferente al de los cambios que vivimos entre la revolución en libertad, el camino al socialismo, el culto por la seguridad nacional, la democracia restaurada?

Sí, claramente hay diferencias culturales profundas. Nos ha ganado el consumismo que en su tiempo se insinuaba y nuestra democracia es política pero no tan participativa. La sociedad parece más secularizada, por lo menos, en lo que hace noticia, pues en su alma profunda las grandes mayorías expresan su fe en Cristo o, a lo menos, en Dios. Y quizá lo más duro es que prevalece el bien particular sobre el bien común, por eso estamos carentes de un “proyecto país” que haga relucir el alma de Chile en medio de estos tiempos. Se discute la toma del poder pero falta la mesa donde soñar la Patria que juntos podamos construir. Eso le dolería mucho al corazón magnánimo de Don Raúl.

Alguien ha sugerido que el Bicentenario es un tiempo adecuado para una “refundación” de la Patria, en los valores de siempre encarnados en el país diferente de doscientos años después. Sea como fuere, que no le falte el amor, ese del que hizo gala el Cardenal, sobre todo con los pobres y postergados que, hoy como ayer, con otros rostros y otras situaciones deberían ser objeto de nuestro mayor desvelo. Y que no le falte la inspiración de este gran Pastor que, en tiempos de desencuentro nos recordó, siempre con urgencia:

“Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión, hasta el odio; pobreza, sufrimiento – el sufrimiento más terrible de todos - no amar al hermano, no han podido arrebatarle a Chile su alma.”

“Y en esta hora nos estremece también la esperanza. Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra vez, estar como antes, como siempre, a la cabeza del Reino de los grandes valores; pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica; grande y desbordante en su riqueza de espíritu. Un formidable ímpetu de reencuentro y reconciliación surge y quisiera imponerse entre nosotros: reencuentro con nuestro ser original, reconciliación con nuestra tarea y destino, y con todos aquellos que por sangre y espíritus caminan con nosotros”.

“Esta afirmación imperativa de nuestra propia identidad se dejará solamente encontrar en la fidelidad a nuestra tradición”. (Te Deum, 18 de septiembre de 1974).

Entonces como ahora, “Caritas Christi urget nos”... “la Caridad de Cristo nos urge”, es la clave más profunda de su sueño de Chile, el lema del Cardenal Raúl.

Su secreto fue vivirlo hasta su último suspiro.

*Hemos aprendido que es necesario
saber convivir más allá de nuestras diferencias*

Walter Sánchez González

Cientista Político. Presidente Comisión Arquidiocesana de Santiago en Camino al Bicentenario.

Amor, dignidad, solidaridad, mirada hacia el Señor, son los conceptos que articulan el Sueño de Chile, escrito por el Cardenal Silva Henríquez. A su juicio, ¿en cuál de estos ejes centrales Chile ha avanzado más en los últimos años?

Considero que el proceso de dignificación de los seres humanos, su igualdad fundamental ante la ley, ante el Estado, el hecho de que no haya ninguna posibilidad de que el gobierno abuse de los gobernados, ha sido un salto cualitativo de nuestro país.

Ha sido un proceso difícil, no ha estado exento de enfrentamientos violentos, pero precisamente en este legado de ir rescatando el valor de la persona –más allá de sus ideas, más allá de su género, de su origen, de su clase–, ha habido un avance notable. Hemos aprendido que es necesario saber convivir más allá de nuestras diferencias. Por cierto que las condiciones que hacen posible esta mayor dignidad todavía están lejos de ser ideales, pero sí en términos políticos, de tolerancia civil, de convivencia ciudadana, ha habido un cambio cualitativo y en ese sentido gran parte de ese sueño por dignificar se ha logrado. Sin embargo, la pobreza existente en Chile no nos permite afirmar con certeza que esta parte del sueño esté cumplido. Es un tema que nos azota, nos conmueve y es ahí donde existe una brecha que debe ser superada en el futuro.

Como presidente de la “Comisión Arquidiocesana de Santiago en Camino al Bicentenario” (convocada por el Cardenal Francisco Javier Errázuriz), ¿cuál cree que debiera ser el aporte propio e irrenunciable de los obispos y del cardenal Errázuriz de aquí al 2010?

Esperamos hacia el 2010 poder entregar al país, junto con sistemas viales modernos, sis-

temas viales donde circulen personas con un cambio de orientación. La meta fundamental de toda la actividad de la Comisión Bicentenario, ha sido cómo hacer de la estrategia de desarrollo económico chileno un instrumento para hacer de Chile una tierra de hermanos. En ese sentido, considero que el trabajo no sólo del episcopado, sino que el trabajo de todo el clero, y el trabajo de los laicos, e incluso de personas que no están involucradas en las tareas de la Iglesia es tratar de repensar, refundar, rebautizar al país en el nombre del Padre. Rebautizarlo para hacernos saber que somos hijos de un mismo Padre, de una misma madre que es la Virgen y dentro de ese manto no debiera haber dificultades. Somos todos hijos de ese mismo Padre y esa misma Madre y eso es lo que nos hace consustancialmente hermanos. Pensamos que el Bicentenario de nuestra independencia nacional puede ser ocasión de reencuentro con el alma de Chile, palabras que precisamente consagró el Cardenal Silva Henríquez.

Creo que al Cardenal Silva Henríquez le dolería que esa solidaridad, esa comunión que él pidió en la patria, no se dé al interior de la Iglesia. En ese sentido son importantes los desafíos que tiene el Cardenal Errázuriz y sus obispos en darle a Chile la Iglesia que necesita.

¿Qué Iglesia respondería al Sueño del Cardenal Silva Henríquez? ¿Cómo debiera ser la Iglesia del Bicentenario?

La Iglesia que nos interesa debe estar muy vinculada al mundo del dolor, al mundo de la cruz. No tenemos otro destino, si queremos ser santos, más que asumir estos sufrimientos que tiene la sociedad y por eso se nos

va a juzgar. Y en ese sentido creo que seguiríamos siendo fieles representantes de lo que nos dejó el Cardenal Silva Henríquez. Esta preocupación por los más frágiles, que hoy día no necesariamente puede ser el típico personaje que vivía en una población, ahora el más frágil puede estar incluso detrás de un computador o puede estar trabajando en la soledad de una minería o de un banco. La idea es preocuparnos de los rostros nuevos de la pobreza, y tratar de servirlos a ellos, sobre todo tomando en cuenta su manera de ser, su cultura. El sueño de Chile tiene desafíos en el siglo XXI que no podemos desconocer. Esta Comisión en Camino al Bicentenario busca abrir la puerta a un nuevo estilo de participación laical.

En su perspectiva de cientista político, al mirar la realidad actual del país, ¿cómo evalúa el actual rol de la Iglesia? ¿Ha perdido relevancia su opinión en medio de la variedad de otras opiniones?

Desde el punto de vista político, es indudable que ha habido una depreciación en general de todos los actores tradicionales. La voz del Ejército no tiene el peso de antes, la voz de la Universidad de Chile tampoco tiene el peso de antes, y por cierto, la voz de la Iglesia no tiene el peso de antes. Por lo tanto, el fenómeno de depreciación de la autoridad en sus versiones tradicionales, no es exclusivo de la Iglesia. Incluso más, se extiende a la familia, que también ha depreciado su rol y su papel. En este contexto, estas grandes instituciones que formaban de alguna manera el código no escrito de ser chileno, están atravesando un período de enorme prueba. En el sentido de que si no se modernizan y atienden las demandas de la sociedad que se está gestando, van a quedar obsoletas.

Por lo tanto, en una sociedad donde las instituciones se autonomizan cada vez más, en desmedro de un trabajo en conjunto, es más fundamental que nunca que la Iglesia sea un espacio de comunión. Y eso no es fácil, requiere que todos sus integrantes tengan la capacidad de mirar a la Iglesia como esa madre común que los necesita a todos y que ningún grupo ni ningún sector puede monopolizarla. Quizás lo más difícil del nuevo liderazgo eclesial post Aparecida, va a ser cómo acercarse a ese laico de a pié, que creo representar y que la mayoría de los que trabajamos en la Comisión tratamos de representar. ¿Qué significa ese laico de a pié? Que tiene problemas en su vida matrimonial, que tiene dificultades en su vida laboral, que no tiene todo el tiempo ni todas las posibilidades para poder formarse mejor. Un laico que le exige al consagrado y a la jerarquía, que tenga el corazón y el oído muy atento a sus propias realidades.

Creo que al Cardenal le alegrarían ciertas novedades y ciertas revoluciones que estamos viviendo

Claudia Bobadilla Ferrer

Gerente General Fundación País Digital.

¿Desde su posición de Gerente General de Fundación País Digital, ¿cómo cree que puede favorecer la tecnología a cumplir el Sueño del Cardenal? ¿Hemos avanzado respecto del Chile que vivió el Cardenal?

Cada época se analiza en función de los méritos y problemas que le son propios. Hay etapas que hemos ido superando, momentos de reconciliaciones nacionales en que sí hemos avanzado. En definitiva, hay temas que de alguna manera como sociedad hemos ido tratando de solucionar.

Ahora la pregunta es cómo convivir. Creo que el gran desafío para el Bicentenario es aprender a entendernos con las diferencias de acceso existentes, con los contrastes que la globalización nos va presentando, que se van sumando a los que naturalmente ya tenemos.

Tengo una mirada optimista en torno a la sociedad que estamos construyendo. Sin embargo, no podemos desconocer problemas que son urgentes de solucionar. Y uno de ellos, y en mi opinión fundamental, tiene que ver con la educación. Me preocupa que todas las comisiones que se han formado para tratar este tema no ahonden en la importancia de la tecnología como herramienta de educación. Ese es un grave error si consideramos, por ejemplo, que hoy los niños aprenden y se relacionan con otros a través de juegos digitales. Estamos frente a un mundo que, si no reconocemos como un espacio de oportunidades para educar mejor y estar a la altura de los países con los que establecemos vínculos, vamos a perder valiosas ocasiones de desarrollo.

¿En qué medida el uso de las tecnologías de la información y comunicación generan oportunidades de desarrollo al país?

La Fundación País Digital busca masificar el uso de las tecnologías de manera transversal, considerando como uno de los focos prioritarios la educación, principalmente por la importancia que tiene en la generación de oportunidades. Desde mi perspectiva, lo más importante es disponer de opciones, oportunidades de conocer el mundo, de relacionarse con otros, que es lo que finalmente permite que puedas encontrar un trabajo, desarrollar un proyecto, movilizarte, etc. En la Fundación disponemos de pruebas concretas que demuestran que el uso de tecnología en educación acorta brechas, simplifica el camino para llegar a mejores resultados y constituye el lenguaje natural con que los niños de hoy se mueven en el mundo. Es un excelente laboratorio y una óptima herramienta de preparación para el mundo real.

¿Cómo se logra vincular esa globalización con la gente que le preocupaba al Cardenal?

Finalmente lo que tienes que lograr es generar mayores y mejores oportunidades para todos y, en gran medida, la tecnología contribuye a ello. No es posible que sólo beneficie a ciertas personas que tienen condiciones naturales o que les fueron dadas. Lo que más me apasiona del mundo tecnológico es que es transversal y que constituye un espacio de mucha movilidad social. Además, como desconoces completamente a la persona con la que estás conversando al otro lado, desaparecen todo tipo de prejuicios. Entonces es muy interesante lo que ocurre en el mundo de las tecnologías, en donde si logras dar acceso a todos, estás entregando opciones para todos. Estás

abriendo la libertad para emprender, libertad para crear, libertad para educar, libertad para comunicarte.

Es un mundo que el Cardenal ni lo soñó...

No lo soñó. Pero creo que a él le alegrarían ciertas novedades y ciertas revoluciones que estamos viviendo. Y lo complicarían otras como, por ejemplo, el tema de la seguridad mundial que es tremendo. A nosotros pareciera que no nos tocara porque vivimos más alejados de los centros de conflicto, pero Chile se va a mover cada vez más en escenarios globales y realmente se trata de una situación que nos va a seguir envolviendo por un tiempo. El tema energético, es otro asunto preocupante que tiene que ver finalmente con productividad, con el ser humano, con acceso a fuentes de energía, con el desarrollo del propio país, con desafíos de políticas públicas, etc.

Para nosotros como Fundación, es primordial estar alertando al país de cuáles son los avances que están sucediendo a nivel mundial y que son traspasables a través de la tecnología. Debemos entenderlos, asimilarlos, socializarlos y aterrizar esos cambios a nuestra realidad con el fin de desarrollar estrategias de innovación productiva.

El diario La Segunda la distinguió como una de las mujeres líderes de este país. Desde su visión, ¿en qué medida las mujeres actuales contribuyen a cumplir el Sueño de Chile que nos heredó el Cardenal?

El mundo está conformado por hombres y mujeres, por lo tanto como punto de partida podemos afirmar que el ingreso de las mujeres al mundo del trabajo contribuye a que nuestro entorno sea más real. Paralelamente

favorece en la mejora de los ingresos familiares. Hoy existe un trato más digno hacia ella en cuanto ciudadana, se reconoce su existencia, cumple un rol preponderante en la sociedad y es un aporte indiscutido en el mundo laboral y familiar. Sin embargo, me preocupa la falta de flexibilidad laboral que hoy existe en el país, no sólo para las mujeres sino también para los jóvenes. Creo que estamos perdiendo oportunidades de crecimiento y de mejoramiento en la calidad de vida al no tener mayor elasticidad laboral. Si los jóvenes de hoy tuvieran la oportunidad real de trabajar y estudiar, no sólo podrían financiar su carrera sino que además estarían más preparados a la hora de terminar sus estudios y buscar su primer trabajo. Lógicamente no se puede desconocer que existen jóvenes que logran compatibilizar ambas actividades, pero el objetivo que debe perseguir cualquier política pública para producir grandes cambios, y constituir una oportunidad real, es que el acceso a este tipo de medidas sea masivo.

*Es un Sueño que está inserto
en la sociedad chilena*

Ernesto Ottone Fernández

Secretario Ejecutivo Adjunto a.i. de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL).

¿Tuvo la oportunidad de conocer al Cardenal Silva Henríquez?

Provengo de una familia salesiana, con un tío sacerdote y una tía monja pertenecientes a esa congregación. Al cardenal Silva Henríquez lo conocí cuando era obispo de Valparaíso. Me encontré con un hombre realista, abierto de espíritu y que en ese entonces no era particularmente progresista. Sin embargo, con posterioridad al Concilio Vaticano II se notó un fuerte cambio en él, que supo transmitir a la congregación salesiana.

Concretamente pude apreciar esa transformación en mi tío sacerdote, quien de ser un educador de jóvenes, tradicional y sin una concepción social muy avanzada, de pronto y siendo un hombre ya de edad, adquirió un tremendo compromiso con la gente. Salió del colegio en el que trabajaba, ingresó a una parroquia y no la abandonó más hasta su muerte. Sin duda, el Cardenal imprimió un carisma inigualable en la congregación y constituyó una influencia decisiva.

¿Qué elementos esenciales rescata del texto “Mi Sueño de Chile”?

El Sueño de Chile tiene dos elementos que me parecen muy importantes, y lo señalo desde la perspectiva de una persona que no es religiosa. Primero, es un sueño posible. Es decir, cuando el Cardenal Silva Henríquez planteó su Sueño de Chile, no proyectó metas irrealizables ni utópicas. Muy por el contrario, nos pedía cosas muy concretas y precisas. Nos invitaba a construir una sociedad que tuviese una mínima línea de civilización bajo la cual no existiese nadie. Y es en este punto donde le preocupaban los niños, los pobres, los enfermos... Una sociedad en la que existiese un humanismo práctico realizable.

Lo segundo importante, es que él expresó este sueño a través de la palabra solidaridad. Nos pidió algo más que tener niveles de justicia aceptables, nos pidió cohesión social. Y cohesión social significa en gran medida ser solidario, corresponsable de lo que ocurre en la sociedad. Más aún, puso sobre la mesa el tema de la corresponsabilidad cuando Chile vivía su momento más débil como República, en un contexto de separación y enfrentamiento.

Esos son los dos elementos fundamentales que nos planteó el Cardenal. Uno objetivo, en el cual nos comparte un sueño posible al señalarnos que existen determinadas brechas que no pueden existir, que no son éticas. Pero junto con ello, nos esboza un componente subjetivo: el reconocimiento del otro, del otro como un igual. En lenguaje religioso, como un hermano.

En ambas direcciones este país ha avanzado fuertemente. Cuando el Cardenal hizo este llamado, Chile tenía un 38 por ciento de pobreza, y hoy día tiene 13 por ciento. Es mucha la diferencia, existen muy pocos países en el mundo que hayan prosperado tanto en este terreno. Sin embargo siguen siendo cifras inaceptables. Si bien queda mucho por hacer, lo rescatable es que el Sueño de Chile está inserto en la sociedad chilena y en sus políticas públicas.

¿Con qué cree usted que él estaría descontento respecto al Chile actual?

Estaría reclamando más justicia, más solidaridad, mejor relación entre las personas. A él no le gustaría una situación de ofensa entre las personas, de enfrentamiento brutal. No creo que estuviera feliz con cierta atmósfera que

existe en los medios de comunicación, que es pequeña, destructiva, que no levanta la mirada y que no atesora lo que se ha construido como país. Creo que criticaría lo pequeño, lo mezquino, que se da en gran medida como parte de la batalla política. El tema de fondo es lograr que esa batalla política no nuble lo que Chile ha ido construyendo. Personalmente, en mi trabajo relativo a América Latina, he podido apreciar lo que Chile comparativamente ha avanzado.

Muchas de las preocupaciones del Cardenal Silva tienen plena vigencia hoy. En su papel de Secretario Ejecutivo Adjunto a.i. de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe, y en su condición de sociólogo, ¿cómo evalúa los avances y retrocesos en materias económicas y sociales al acercarse el Bicentenario prácticamente en toda América Latina?

Podría decirse que existe una parte del vaso que está medio lleno y otra que está peligrosamente medio vacío. Desde la perspectiva del vaso medio lleno, destaca una fuerte baja en la mortalidad y morbilidad infantil, un aumento en los niveles de educación y en la consecuente caída del analfabetismo, en la mejoría de la salud y de infraestructuras fundamentales. En los últimos cinco años se ha vivido un importante crecimiento en la región y se ha experimentado una relevante disminución de la pobreza.

Sin embargo, desde la perspectiva del vaso medio vacío, no se puede desconocer que es una región que vive la injusticia, que sigue teniendo desigualdad y que aún no alcanza un nivel de sostenibilidad del crecimiento. Todavía es vulnerable ante los cambios de la economía mundial. Por lo tanto, es una región donde queda mucho por hacer.

El 2010 nos encontrará en este camino de crecimiento. Estoy convencido que no habrá vuelta atrás en términos de seguir avanzando. Sin embargo, es importante tener en cuenta que cada vez es más difícil, porque cuando se llega a niveles más bajos de pobreza es más complicado continuar progresando. Pero no tengo ninguna duda que vamos a estar mejor.

¿En qué medida puede contribuir la CEPAL a hacer del “Sueño de Chile”, un sueño extensible a toda América Latina y El Caribe?

La CEPAL trabaja permanentemente por obtener un crecimiento sostenido en la región, a través del estudio de la realidad latinoamericana, de la medición de las distintas variables que interactúan y de la asistencia técnica otorgada a los distintos países.

Toda esta valiosa información nos permite sugerir políticas adecuadas y contribuir a la construcción de una América Latina que goce de mayor igualdad. En el caso específico de Chile, desde que se recuperó la democracia, ha existido una fuerte receptividad de los gobiernos a compartir con la CEPAL la prioridad e importancia del crecimiento con equidad.

El Cardenal habla de la patria, del amor a la patria, porque él es profundamente chileno

Cecilia García-Huidobro Moroder

Vicepresidenta ejecutiva de la Corporación de Patrimonio Cultural de Chile.

¿Qué te pareció el texto “Mi sueño de Chile”, del Cardenal?

Este texto es bastante fundacional. Me imagino que en doscientos o trescientos años más seguirá siendo analizado y citado por las próximas generaciones, porque realmente llega a un nivel de profundidad y de amor por Chile que no tiene parangón. Además, no es un texto utópico, es bastante aterrizado, tampoco pide lo imposible.

¿El mensaje que nos entrega el Cardenal puede ser considerado como patrimonio nacional?

El Cardenal habla de la patria, del amor a la patria, porque él es profundamente chileno. Tiene un sentido de Chile tan profundo, tan arraigado con el territorio, con la historia de Chile, con su proyección.

Si bien su mensaje es universal, él lo entrega desde la particularidad del territorio en el cual él nace y le toca vivir. Su sueño no es un sueño para el hombre, es un sueño para Chile y, en ese sentido, la figura del Cardenal y su mensaje es patrimonio de todos los chilenos. Es una figura que nos pertenece a todos.

¿Cuál es la importancia de la conservación de nuestro patrimonio y la valoración de nuestra identidad en el contexto actual?

Para mí el tema del patrimonio es muy importante. Soy chilena y me quiero sentir orgullosa de serlo, y para sentirse orgulloso y para querer a tu país, tienes que conocerlo y ése es el patrimonio.

El patrimonio no es solamente el pasado en su totalidad, sino que lo que hace es iluminar ciertas áreas de la memoria y preservarlas para las próximas generaciones. El patrimonio es aquello que queda y que debe ser conservado.

Hoy, con la globalización, siento que necesitamos pararnos con mucha fortaleza desde nuestra identidad.

¿Y eso es posible?

Claro. México, Perú, Bolivia, son países que lo hacen.

Mira, yo siento que los chilenos siempre estamos pensando que la vida está en otra parte. En el siglo XIX era Francia, ahora es Estados Unidos, la cultura americana, cuando en realidad nosotros tenemos grandes valores y cosas para sentirnos felices y orgullosos.

Nos ha costado muchísimo entender que nuestra cultura y nuestra historia tienen un valor.

¿Y cómo podemos conservar el patrimonio que nos deja el Cardenal?

Bueno, la verdad es que en eso no nos podemos quejar, porque si hay una figura que ha sido plenamente estudiada, recordada, homenajeada, citada, es la del Cardenal y no sólo en Chile, su estatura internacional es impresionante.

Creo que más bien su imagen va a ir creciendo con los años, porque es una figura consolidada, y patrimonialmente no hay el más mínimo temor de pérdida.

De alguna forma el Cardenal ha sido recordado y homenajeado por un sector específico de nuestra sociedad, pero ¿cómo hacer para que este mensaje llegue a todas las personas?

“Mi sueño de Chile” se está consolidando como un testamento espiritual y patriótico, y eso es ineludible. El Cardenal es una figura humana ya reconocida por todos. Es un personaje fundamental de la historia reciente de Chile y eso por supuesto que llega a todas partes.

Él dejó una huella muy fuerte y quienes lo conocieron y trabajaron con él han podido divulgar, difundir y hacer parte a todos de esa huella. Han sido los anunciadores de todo lo que fue el Cardenal.

¿Y hay alguna tarea para que también las próximas generaciones conozcan este mensaje?

Es que no me cabe duda de que si hay alguien que será recordado y mantendrá su legado es el Cardenal y eso es un privilegio, porque no todos los que han hecho grandes cosas en Chile han tenido esta ventaja.

¿Cómo evalúas el respeto al patrimonio y la cultura en nuestro país?

Creo que en los últimos años se ha adquirido una conciencia muchísimo mayor de la necesidad de asumir una tarea que nos pertenece a todos y que es la conservación de nuestra memoria y el fortalecimiento de nuestra identidad, pero las acciones para llevar a cabo esto todavía son bastante precarias.

Nos falta asumir como país una cultura patrimonial seria, que sea compartida por todos y que todos podamos trabajar con una visión común.

¿Y cuál es el desafío para que en el futuro exista mayor conciencia?

Una institucionalidad fuerte y una voluntad política de mirar el patrimonio como un tema importante dentro de las agendas políticas. Y ¿por qué importante?, porque la identidad de un país es la carta de presentación que tenemos ante el mundo y es también lo que da un sentido de pertenencia a todos los chilenos. Si la identidad es difusa, nos convertimos en unos autómatas que consumen en los malls y dejamos de sentir orgullo de ser quienes somos y de recibir el legado de nuestros antepasados.

Hoy día hay instancias privadas y públicas, pero el accionar está más bien en el discurso y no en la realidad.

Todavía hay desconfianzas, miradas y procedimientos distintos de cómo abordar los temas y no es un trabajo mancomunado.

Relacionando un poco el texto del Cardenal con la falta de conservación del patrimonio, ¿dónde radica el problema? ¿En la falta de solidaridad entre el mundo público y privado, en la falta de amor por nuestro patrimonio y memoria?

Sí. Falta de amor por nuestro país, por nuestro territorio tanto físico como espiritual. Chile tiene más de cuatro mil kilómetros de distintas realidades, de diversidad cultural de paisajes, y los chilenos lo miramos muy poco y lo protegemos muy poco.

Falta ese amor por el territorio y por el legado de todos los que nos precedieron e hicieron algo para que nosotros estemos mejor.

¿Crees que el patrimonio sería hoy un tema que preocuparía al Cardenal?

No me cabe ninguna duda. Primero, porque creo que él es un hombre profundamente patriótico, al cual le interesaba Chile de verdad.

Finalmente, ¿cuál es tu sueño de Chile?

Creo que si nosotros nos focalizáramos en que los niños tuvieran una buena educación, que tuvieran espacios, estaríamos invirtiendo para la próxima generación y, aunque se verían los frutos más a largo plazo, sería un gran salto.

Ojalá que los niños pudieran vivir una infancia sana para que puedan ser chilenos que disfruten su país; ellos tienen el derecho de disfrutarlo.

*Un legado que trasciende de lejos
la coyuntura en la cual le tocó vivir*

Sergio Torres Pinto

Rector Universidad Católica Silva Henríquez.

¿Cree que es posible sacar al Cardenal de la coyuntura en la cual vivió y proyectar su mensaje y obras hacia nuestros días, pensando sobre todo el Bicentenario?

Ciertamente el Cardenal será recordado como uno de los grandes personajes del siglo XX en la historia de nuestro país, tanto por la importancia que tuvo al interior de la Iglesia, como también la que tuvo en nuestra convivencia nacional.

Al observar su actuación, su enorme capacidad emprendedora, su innegable corazón de pastor, su vocación de educador, uno descubre que hay cosas que trascienden. Su amor a la patria, su amor a la Iglesia, su mirada sobre la realidad y sus desafíos, y una mirada que no sólo percibía las necesidades profundas, sino que al mismo tiempo se hacía respuestas con urgencia tal cual lo dice su lema episcopal, creo lo proyecta más allá de su contexto. Su compromiso, su forma de mirar al país, nos entrega un legado que trasciende de lejos la coyuntura en la cual le tocó vivir.

Uno de los legados del Cardenal es la UCSH.

¿Cómo se inserta la universidad en este sueño?

El Cardenal, hacia el final de sus años, al parecer quiso decantar cosas que habían sido parte muy profunda de su proyecto de vida, entre ellas la de ser un profundo educador. Ya en su ancianidad vuelve a mirar con especial atención y solicitud a los jóvenes y sus oportunidades. Creo que lo que el Cardenal quiso hacer en la UCSH fue precisamente intentar plasmar esto, con una respuesta concreta.

De lejos, no sólo nosotros como institución, sino que como sociedad, tenemos la urgencia de tener un diálogo intergeneracional fecundo; de no mirar con temor, con recelo y sos-

pecha a los jóvenes, sino que descubrir sus aspiraciones más profundas.

Creo que el Cardenal, a través de lo que quiso hacer en este proyecto de universidad, nos recuerda que tenemos que profundizar en nuestra capacidad de escuchar, dialogar y construir una sociedad no para los jóvenes, sino que con ellos.

¿Cumplir el sueño del Cardenal es entonces uno de los desafíos que tiene la UCSH?

Creo que “Mi sueño de Chile” es una herencia para todo el país, creyentes y no creyentes; la aspiración por un país donde las personas puedan sentir que viven con dignidad, donde realmente podamos encaminarnos hacia una sociedad más solidaria, más inclusiva, que acoja, que respete la diversidad, pero que pueda tener oportunidades dignas, es un desafío para todos, también para nosotros como universidad.

Mirar al país y a los jóvenes con los ojos del Cardenal, creo que está en el centro de nuestro proyecto.

¿Cuál de estos sueños habría que trabajar con más fuerza para lograr quizás una mejor educación?

El desafío de la educación en estos últimos años se le ha presentado al país con una urgencia tremenda.

El sistema educativo actual, que tiene que estar a la altura de los desafíos del siglo XXI, se presenta con un grave dilema, que es que aún tenemos serios y grandes resabios del siglo pasado.

Muy hacia fines del siglo XX nuestro país está logrando niveles de cobertura deseables, pero

nos damos cuenta de que la calidad y pertinencia de nuestro sistema educativo está lejos de ser en igualdad de condiciones para todos.

Creo que ahí hay una urgencia de poder compatibilizar las competencias que requiere la sociedad moderna, pero no sólo las económicas, también las sociales. No se trata sólo de mejores niveles de instrucción acordes a las competencias de conocimientos, sino también a todos los requerimientos sociales que se necesitan para poder lograr una sociedad más inclusiva.

Y ¿esto lo está haciendo la Universidad Silva Henríquez?

Creo que la Universidad está trabajando para lograrlo; intentar dar una oportunidad de formación seria y de calidad para los estudiantes que depositan su confianza en ella y, al mismo tiempo, desarrollar un proyecto académico que esté al servicio de las demandas sociales y culturales más profundas de nuestro país.

¿Cuál es el desafío de las universidades hoy?

El desafío de las universidades es generar conocimiento, pero ese conocimiento no se debe dar en independencia del contexto en el cual ellas están inscritas.

Una universidad que olvida su entorno social y los desafíos profundos de la cultura, es una universidad que reduce su mirada formativa.

En el contexto de la educación actual ¿qué diferencia a la UCSH del resto de las universidades en nuestro país?

La gran mayoría de las universidades hoy quieren hacerlo bien, sería caricaturesco y mezquino no reconocerlo, y creo que todas tenemos enormes desafíos de hacer nuestra tarea con calidad, pero no sé si todas las instituciones

están intentando entender la calidad bajo la responsabilidad social que tenemos.

Creo que en nuestro proyecto esto es una aspiración muy profunda, no digo que lo estemos desarrollando plenamente, digo que estamos trabajando seriamente para que ello sea posible; es decir, hoy día un proyecto de calidad académica también es un proyecto que mira responsablemente la suerte de su país.

Un buen egresado no es sólo aquel que ha adquirido competencias técnicas y profesionales para insertarse al mundo laboral, un buen egresado también es una persona que se inserta en una sociedad más rica, más compleja de la cual también es responsable. En la medida en que contribuyamos a ello, creo que estaremos respondiendo en algo al sueño del Cardenal para este proyecto.

¿Es posible que algún día el sueño del Cardenal se cumpla?

Sueños como éste, tal vez en su plenitud nunca puedan lograrse de una manera acabada. Lo importante para nuestra generación y para las que vienen, es que estemos trabajando decididamente por aquello.

Creo que los adultos debemos traspasar a las generaciones que vienen, a través del compromiso, este sueño.

Finalmente, ¿cuál es su sueño de Chile?

Un país que cultive seriamente espacios de libertad ciudadana; que sueñe para que realmente el estado de derecho se haga una realidad para todos sus ciudadanos, y un país que ancle su mirada en el Señor, y en el señor de la historia, que es capaz de liberar los anhelos más profundos de la cultura humana.

“Tú eres parte importante de nuestras vidas”.

TESTIMONIO

Claudio di Girolamo Carlini

Artista. Ex Jefe de la División de Cultura del
Ministerio de Educación.

Querido don Raúl,

Estamos aquí para recordarte en tu cumpleaños número cien.

Para poner de nuevo en el corazón lo mucho que te debemos y lo mucho que te seguimos queriendo.

Tú eres parte importante de nuestras vidas. Tu figura llena muchos años de nuestra historia personal y colectiva; se ha vuelto un referente indispensable para aquellos que aún seguimos creyendo que la Iglesia, así con mayúscula, la hacemos todos y que la construcción del Reino de Dios se lucha en el día a día del aquí y el ahora.

Cuando alguien vive como tú lo has hecho arriesga caer en manos de los apologistas profesionales que se dedican a construir pedestales que van alejando lo humano y reducen un ser vital, contradictorio y cercano en un símbolo casi aséptico, que se presta a ser manipulado por la conveniencia del momento.

Tuve la suerte de encontrarme contigo al comienzo de los años sesenta del otro siglo. Mi amigo Jorge Díaz, quien aún era arquitecto, ex postulante al seminario salesiano y proyecto en ciernes del gran dramaturgo en que había de convertirse, me presentó como posible candidato para ejecutar la entera decoración mural del templo de San Juan Bosco en La Cisterna que recién se había terminado.

La cosa resultó y eso me significó un largo período de varios años de interminables viajes en una motoneta Vespa, atravesando toda la ciudad, desde Vitacura hasta el paradero 22 y medio de la Gran Avenida, y diarios almuerzos en el comedor de la comunidad Salesiana, con las consiguientes sobremesas plagadas de discusiones y debates acerca del trabajo y de la situación del país.

Recuerdo con claridad una de ellas en la cual las cosas llegaron a ponerse difíciles a raíz de algunos comentarios tuyos acerca de mi estilo de pintura que a tu juicio era demasiado “moderno” así entre comillas, para la comprensión de los feligreses del barrio, mayoritariamente de clase media, comerciantes y de clase obrera. Llegó a tal extremo la diferencia de opinión que terminé el debate con una frase de esas para el bronce, que de vez en cuando a uno le salen sin pensarlo.

Muy tranquilo, te dije: “Mire, don Raúl, es mejor que usted no me siga discutiendo, porque usted es Salesiano”. Se produjo un silencio de esos que se pueden cortar con un cuchillo. Tú, don Raúl, aparentemente calmado, me preguntas “Y eso, ¿Qué significa?”

Ya no había posibilidad de volver atrás. Seis o siete pares de ojos salesianos me miraban fijamente y esperaban una aclaración a mis palabras que sonaban casi a insulto... tomé aire y mirándote, dije lo que sigue imitando tu misma calma.: “Es que los Salesianos pertenecen a la única congregación católica que tiene cuatro votos en vez de tres (Una pausa justa para dar un poco más de suspenso)... Pobreza, Castidad, obediencia, y... MAL GUSTO”.

Un instante de silencio y después... una carcajada tuya que se contagió al resto y que terminó en un brindis con el vinito de misa de la viñita salesiana de Macul.

El resultado de mi aseveración no se hizo esperar... Terminado el trabajo de San Juan Bosco, seguí con el Teologado Salesiano de Lo Cañas y con miles, literalmente miles de dibujos para los Catecismos y libros de

La Iglesia, así con mayúscula, la hacemos todos.

religión de la Editorial Salesiana que algunos de los que hoy nos acompañan, seguramente han tenido en sus manos en su época de escuela básica. En definitiva el sistema como siempre, ganó y me retuvo por varios años...Aún no sé si fue porque yo me contagié con el gusto salesiano o ellos con el mío.

De párroco a obispo de Valparaíso, a Arzobispo de Santiago, hasta que el entrañable Juan XXIII te nombra Cardenal.

Y allí quedaste para todos los chilenos. No es necesario nombrarte con nombre y apellido. Cuando se dice “el Cardenal” sabemos perfectamente de quién se trata...

Nos reencontramos en el Comité Pro Paz y en la Vicaría de la Solidaridad, en la lucha por la defensa de los derechos humanos. Después en el Simposio de los Derechos Humanos de 1978, al alero de nuestra Iglesia Catedral. Con la Cantata de Alejandro Guarello, con los artistas del exilio y del “insilio”, (como los de adentro nos definíamos entonces) en la exposición de pintura en los patios del Convento de San Francisco, con la DINA en la puerta, “cuidándonos” de posibles desmanes...

Cuando asesinaron al padre André Jarlán en la Población la Victoria, tú ya no eras arzobispo de Santiago. Sin embargo fuiste a la Victoria y al ser requerido por los periodistas con la pregunta de siempre: “¿Qué siente en estos momentos?” “¿Qué opina?”, contestaste algo que te retrata de cuerpo entero y que hasta hoy nos cuestiona... “Han muerto tantos, que el que muera un sacerdote está bien.... ¡¡Nosotros debemos morir con el pueblo!!”.

Tengo la suerte de haber podido atesorar esas palabras y esa imagen en mi documental “Andrés de la Victoria” como testimonio para las nuevas generaciones...

Mucho se ha dicho y aún mucho más habría que decir de ti, querido don Raúl.

En esta ocasión, quise desempolvar estos pocos recuerdos, simplemente porque los viví contigo, porque para mí no sólo fue un honor poder haberlos compartido, sino que porque me permitieron poder vislumbrar dos facetas de un ser excepcional que nos dejó un legado inigualable de cómo vivir la Buena Noticia en el mundo. Por eso, cuando se trató de hacer una selección de personajes de nuestra historia, para representarlos en el mural que pinté para la universidad de Talca, no dudé un instante para incluirte. Y allí estás, con tu poncho, el mismo que está aquí en la exposición que te recuerda, en el Archivo Nacional, con tu boina, tu bastón y tu mirada socarrona de huaso maulino, entre Clotario Blest, Santa Teresita de los Andes y San Alberto Hurtado...

... Quién sabe que no sea algo premonitorio....

Bueno, llegó el momento de poner fin a esta pequeña carta, y no se me ocurre otra cosa que despedirme con el mejor homenaje que los chilenos te hemos concedido y que seguimos otorgándote en nuestro corazón... “¡¡¡¡RAÚL, AMIGO, EL PUEBLO ESTÁ CONTIGO!!!”...

...Y siempre lo estaremos... hasta siempre, Don Raúl,

Se despide con mucho afecto,

Claudio di Girolamo C.

“Un corazón generoso, de mucho compromiso”.

TESTIMONIO

Viviana Díaz Caro

Presidenta de la Agrupación
de Familiares de Detenidos Desaparecidos

En octubre de 2007, como parte de la conmemoración de los cien años del Cardenal Raúl Silva Henríquez, se realizó en el Museo Histórico, en Santiago, un foro en el que participaron diversas personalidades convocadas por la Biblioteca Nacional. El encuentro fue moderado por el académico y poeta Hans Schuster. Viviana Díaz, de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos entregó un emocionante testimonio:

Escuché hablar del Cardenal luego de que él asistiera a un acto que convocó la Central Única de Trabajadores (CUT). Mi padre era el orador principal del encuentro y fue en compañía de mi hermano menor. Lo había llevado para que lo esperara cerca de la ceremonia, pero mi hermano en algún momento entró al acto y alguien lo sentó justo entre el Cardenal Silva Henríquez y el Presidente Allende. Esa imagen salió en más de una ocasión en la prensa. Cuando mi padre y hermano volvieron a la casa, comentaron esto.

Yo pertencí a una familia bien especial. Mi madre fue de la Acción Católica de Antofagasta, y mi padre, Secretario General del Partido Comunista en la misma ciudad. Personalmente, no tenía mayor cercanía con la Iglesia, a pesar de que eso fuera algo muy respetado en mi casa. Por eso, para mí, la figura de Raúl Silva Henríquez, en el año 1971, era la del Cardenal de Santiago, pero yo no había puesto mayor atención a su labor, sólo lo conocía a raíz de lo que mi padre y mi hermano comentaron.

El 11 de septiembre fue el Golpe Militar. La vida de todos los chilenos cambió. Era el término abrupto de lo que había significado conseguir que un socialista, el doctor Salvador Allende, llegara a la Presidencia de la República. Aquello que había costado tanto lograr se interrumpió de una manera tremenda.

Desde ese momento se instaura el estado de sitio, viene el toque de queda, se cierra el Parlamento, se termina con el ejecutivo y sólo queda el poder judicial funcionando; entre todo esto, la figura del Cardenal aparece en el Estadio Nacional, que se ha transformado en campo de concentración y donde miles de chilenos comienzan a ser llevados y detenidos.

Mi padre pasó a vivir en la clandestinidad. El 11 de septiembre, a las 7:30 de la mañana, salió de la casa y nunca más lo volvimos a ver. Teníamos esa tremenda incertidumbre de que ya no había contacto con él, no sabíamos qué iba a pasar o si lo iban a ir a buscar a la casa. En medio de todo esto, supe por la televisión que el Cardenal había ido a visitar a más de siete mil personas que se encontraban detenidas y ahí recordé a este hombre del que mi hermano y mi padre habían hablado. Pensé en lo valiente que era al ir y entregar una palabra de aliento a quienes se encontraban privados de libertad, y me impresionó la forma en la que él dio su opinión a la salida, con lágrimas en los ojos, porque no podía entender lo que pasaba.

En la Vicaría recuerdo haber conocido a gente muy humana...
Lo grandioso era que allí llegaban personas con espíritu
de servicio, de ayuda, de salvar vidas, de proteger...

Cuando nos avisan que mi padre fue detenido en la madrugada del 12 de mayo de 1976, después de 32 meses viviendo en la clandestinidad, nos dicen, 'vayan a la Vicaría de la Solidaridad'. Mi madre fue y quedó muy impactada, porque se encontró con que no solamente mi padre había sido detenido, sino que había otros. Así empieza la relación de nuestra familia con la Vicaría.

En los primeros dos meses, mi hermano acompaña a mi madre. Pero, luego de conversar con el propio Departamento Jurídico de la Vicaría se determinó que era necesario que mi hermano saliera del país, porque ya había antecedentes de niños a los que se les detenía para presionar al padre. Al irse mi hermano, yo empecé a acompañar a mi madre a la Vicaría.

En ese mes había salido el número uno de la Revista Solidaridad y ahí me enteré de que, por presión de Pinochet, el Comité Pro Paz había tenido que cerrar sus puertas, porque brindaba atención jurídica y asistencial, y que por eso el Cardenal había determinado crear, por un decreto canónico, la Vicaría de la Solidaridad.

Recuerdo que a la semana empezamos a ver qué hacer y con quién teníamos que hablar, entonces, con mi madre pensamos que por qué no íbamos a conversar con el Cardenal Silva Henríquez.

Había muchos familiares que trataban de conversar con el Cardenal y no a todos les iba bien; era difícil que recibiera a decenas de familiares que perdían a un ser querido y, claro, ahora uno lo puede entender. Con mi madre dijimos que igual íbamos a ir y que trataríamos de conversar con él.

Cuando llegamos al Arzobispado, y por esas cosas de la vida, nos encontramos con el Cardenal en la entrada, donde no tenía la posibilidad de decir que no, y entonces nos acercamos, lo saludamos y le dijimos que queríamos hablar con él. Lo pensó y dijo, 'subamos'.

La señora Raquel, su secretaria, nos dijo que tomáramos asiento. Pasó media hora y nosotros pensábamos que el Cardenal se había olvidado de recibirnos, pero felizmente nos hizo pasar. Cuando mi madre le contó que era la esposa de Víctor Díaz, Subsecretario General del Partido Comunista y dirigente de la CUT, el Cardenal lo recordó. Le explicamos todo y él dijo que era poco lo que podía hacer, pero que iba a realizar algunas averiguaciones. A pesar de que el Cardenal tuvo ese trato tan lejano, en mi opinión, el hecho de que dijera que iba a hacer las consultas, ya para nosotros, y para mí en lo personal, era muy importante.

Paralelamente, yo me incorporé a la Agrupación de Detenidos Desaparecidos, donde ya voy a cumplir 31 años. Esto me permitió ir conociendo en el día a día lo que fue la gran obra de la Vicaría de la Solidaridad, y también conocer al Cardenal gracias a los hechos que iban pasando, que ya no sólo estaban relacionados con lo particular de los detenidos desaparecidos, sino que con lo que pasaba en el país. De esa manera empecé a sentir un cariño por el Cardenal, por su manera de ser, por involucrarse con los temas.

La Vicaría para mí, y para todos los familiares de las víctimas, era como el oasis que teníamos dentro de todo lo que pasaba en Chile; bastaba que uno cruzara la Plaza de Armas y subiera las escaleras al segundo piso para sentirse en otro lugar; en la Vicaría uno estaba tranquila y sabía que nada le iba a pasar. Allí no se sentía la presión... claro que cuando a las seis de la tarde había que irse, ahí uno nunca sabía si iba a llegar a la casa o no.

En la Vicaría había una oficina, un espacio donde nosotros nos juntábamos. Allí llegaron las compañeras que habían sufrido la pérdida de un familiar en los días posteriores al Golpe a contarnos cómo había sido la etapa del Comité Pro Paz. Nos relataron que en el Comité también había un grupo de asistentes sociales y abogados que voluntariamente se sumaron para orientar, construyendo un trabajo en solidaridad con los perseguidos.

Cuando la Agrupación de Detenidos Desaparecidos surge en el Comité Pro Paz, los familiares viven ese hecho tan tremendo que fue la publicación de la lista de los 119, lo que hoy se conoce como la Operación Colombo. Para ellos, ésta fue la primera gran respuesta de que sus seres queridos ya no estaban vivos, sino que se les había asesinado al margen de toda ley. Pero, cuando uno llegaba tenía la esperanza de que estuvieran vivos, de que había que hacer muchas cosas y salvar sus vidas.

Cuando llegamos a la Vicaría, en el año 1976, nos hablaban de la Agrupación y nos decían que nos incorporáramos. Nosotros decíamos '¡No! Porque vamos a lograr que se reconozca la detención'. Pero, el tiempo fue transcurriendo y llegó el año 1977 y las víctimas aumentaban, entonces nos dimos cuenta de que esto era algo que había empezado, pero no se sabía cuándo iba a terminar.

En la Vicaría recuerdo haber conocido a gente muy humana... Lo grandioso era que allí llegaban personas con espíritu de servicio, de ayuda, de salvar vidas, de proteger, y no con esa cosa de si tú eres comunista o no lo eres; ahí todos estaban por la defensa irrestricta de los derechos humanos.

La Vicaría fue creciendo. Estaba el Departamento Campesino, el Departamento de Zonas, después se creó la Coordinación Nacional, donde la Vicaría fue haciendo un trabajo en defensa de todos los perseguidos, a través de los obispados de las regiones. Esa acogida que nos brindaron, el escuchar nuestros testimonios, el creer en nuestras denuncias, fue muy importante, porque en otros lados nos decían '¿está segura de que lo detuvieron? ¿No se habrá ido con otra familia o con otra mujer?'

En la Vicaría había personas que se exponían al igual que nosotros para brindar ayuda. Sin ser parte de la institución, éramos una organización que funcionaba al interior de la Vicaría, donde había un asistente social que nos brindaba asesoría, había abogados que nos daban charlas, porque teníamos que saber qué era un recurso de amparo, qué era una querrela por secuestro y así tener elementos para defender a nuestros familiares.

Con el pasar de los meses nos fuimos dando cuenta de que no bastaba el interponer recursos de amparo y querellas, sino que había que hacer otras cosas y, poco a poco, fuimos también implementando acciones que a la Iglesia tampoco le parecían, pero, y eso uno también lo valora, siempre se respetó nuestra autonomía. Por ejemplo, la primera huelga de hambre que se hizo en junio de 1977. Nadie en la Vicaría se imaginó que un grupo de personas iba a ingresar en la sede de la CEPAL y se iba a declarar en huelga de hambre. Fue una gran sorpresa para ellos.

Después empiezan las salidas a la calle con letreros, que no eran más que una hojita pequeña, donde escribíamos: 'dónde está mi padre' o 'dónde está mi hijo'. Íbamos tratando de hacer conciencia en la sociedad de lo que estábamos viviendo. Ahí comenzaron las detenciones, donde los abogados de la Vicaría nos iban a sacar. Ellos se preocupaban de que no quedáramos sin defensa.

El tiempo fue pasando y en abril de 1978 Pinochet dicta el Decreto Ley de Amnistía. Como nosotros ya teníamos más conocimiento de la cosa jurídica, nos dimos cuenta de que era un decreto de autoperdón, que buscaba la impunidad para los violadores de derechos humanos, y por eso había que reaccionar... Pero, ¿qué podíamos hacer? Entonces, dijimos: 'vamos a hacer una nueva huelga de hambre', pero esta vez no solamente en un recinto internacional, sino que decidimos tomarnos las iglesias.

La Vicaría tenía una estructura zonal. Ellos nos habían distribuido según la zona en la que vivíamos. Entonces, pensamos en hacer la huelga dentro de las iglesias de distintas áreas, para involucrar a más gente y dar a conocer lo que estábamos viviendo, en respuesta al Decreto Ley 2.191.

Buscamos un lema y le pusimos "Nuestra vida por la verdad" y nos distribuimos. A mí me tocó la iglesia Don Bosco (en La Cisterna). Claro, yo no sabía en esa época que esa iglesia era de la congregación del Cardenal, los Salesianos. Cuando llegamos a Don Bosco, supe que el vicario era el padre Gustavo Ferraris, a quien yo conocía y que, después con el tiempo, supe que era el gran amigo del Cardenal.

Llegamos esa mañana del 22 de mayo y nos declaramos en huelga de hambre. Esos 17 días nos permitieron conocer a la Congregación Salesiana y la experiencia, para todos nosotros, fue extraordinaria.

Al lado de la iglesia funcionaba un liceo. Al rector no le gustó mucho que estuviéramos ahí y al párroco también le costó entender. Nosotros les explicamos por qué habíamos tomado esta decisión tan extrema. Al segundo o tercer día, ellos comenzaron a observar que realmente ésta era una huelga de hambre. Empezaron a ir curitas y religiosas, y a la semana, el rector, que era tan distante, autorizó a los cuartos medios del liceo para que fueran a conocernos. Llegó mucha gente a vernos. Ahí fuimos conociendo la vida de Don Bosco y supimos que el Cardenal era la gran figura que había construido esa iglesia donde estábamos.

En la zona oeste, a los cuatro días de la huelga, un grupo de sacerdotes, Mariano Puga, el padre José Aldunate, Ignacio Vergara, Gonzalo Aguirre y algunas religiosas, se plegaron a la huelga. Cuando el Cardenal, que estaba en Roma, se enteró, no le gustó la idea de que se involucraran y le pidió a Monseñor Alvear que hablara con ellos para que se retiraran.

Mientras seguíamos en huelga, el Cardenal volvió a Chile y dijo que al único lugar al que iría, sería a Don Bosco, porque era su casa.

Durante la huelga también supimos que el Cardenal era el creador de Caritas Chile, de Invica, del Banco del Desarrollo, de tantas obras. Por eso era importante que fuera a entregarnos su solidaridad. Su visita significaba ver a alguien que encontraba justas nuestras demandas y sufría por todo lo que nosotros vivíamos.

El 31 de mayo llega el Cardenal, en compañía de algunos periodistas de Radio Chilena y de otros medios más, y nos señala que no está de acuerdo con huelgas de hambre, pero que esperaba que existiera una respuesta que nos ayudara a paliar el dolor y la incertidumbre. Él habló mucho, pero yo me quedé con lo que dijo en un momento: “los muertos no se resucitan”. En lo personal me golpeó enormemente porque estábamos en mayo de 1978 y yo todavía creía que los detenidos desaparecidos estaban vivos, entonces, que la máxima autoridad de la Iglesia fuera a decir eso, fue tremendo. Yo miraba a mis compañeras y muchas se pusieron a llorar. Luego, pensamos que el Cardenal tenía más información. Me acuerdo que reaccioné y le pregunté, ‘Monseñor, qué antecedentes tiene usted. Le pido que nos diga para poder asumir efectivamente que están muertos’. Ahí vuelve a hablarnos a las 24 mujeres que estábamos allí, y adquiere un compromiso para tratar de mediar y buscar una salida. Una semana después decidimos terminar la huelga, porque él había logrado que Pinochet, a través del ministro del Interior, acogiera, como ellos dijeron, “cualquier camino serio que la Iglesia les presentara”.

Esta fue la segunda vez que me encontraba con el Cardenal. Recuerdo que cuando le hablé me dio la bendición. El hecho de que nos visitara, independientemente de lo que nos había dicho, era un respaldo tan importante a nuestra lucha.

Luego de que adquirió este compromiso con Sergio Fernández, ministro del Interior, el Cardenal le envía la ficha de los detenidos desaparecidos. Al no recibir respuesta que acusara recibo, el Cardenal no mandó más fichas, porque no había investigación. Entonces, tomó la decisión de que la Vicaría publicara los libros “Dónde están”; fue la manera de mostrar su enojo ante un compromiso no cumplido.

Nosotros también habíamos ayudado a elaborar las fichas. El trabajo que hicimos con los abogados de la Vicaría fue notable, porque nos sirvió para darnos cuenta de cómo habían empezado a operar los servicios de seguridad en nuestro país. Con el método de la desaparición forzada, matando y haciendo desaparecer a la víctima, se pensó que se lograba todo y, efectivamente, te lograba paralizar, creaba terror, miedo, pero nunca pensaron que los familiares, gracias a la Vicaría de la Solidaridad, íbamos a tener la posibilidad de organizarnos, de darnos fuerza, de vencer el miedo y de salir a la calle.

A finales de ese año se realizó un simposio internacional por los derechos humanos, del cual nosotros fuimos parte y donde Sola Sierra intervino en la inauguración. Después supimos que en este simposio se dio información sobre los restos de algunos desaparecidos.

El 1 de diciembre, nos llamaron a la secretaría ejecutiva de la Vicaría, donde estaba Javier Luís Egaña y Cristián Precht, para darnos a conocer esa información. En los hornos de Lonquén encuentran restos óseos. Este es otro golpe. Ahí está la respuesta de que no vamos a encontrar vivos a nuestros familiares y que han sido asesinados.

Para que se entregaran los restos encontrado en Lonquén a los familiares, tuvimos que hacer una nueva huelga de hambre durante diez días y, cuando logramos que el fiscal militar se decidiera a entregar los cuerpos, la suspendimos, pero nunca imaginamos lo que vendría después.

Empezamos a organizar el funeral, hablamos con la Iglesia para hacer una misa. Recuerdo que con los familiares de estas víctimas fuimos a dar una conferencia de prensa junto al padre Alfonso Baeza y, mientras estábamos allí hablando sobre cómo iba a ser el retiro de los cuerpos y la entrega, llegó un periodista corriendo: ¿ustedes no saben lo que ha pasado. El director del Servicio Médico Legal secuestró los restos de las víctimas y los ha ido a lanzar a una fosa común del Cementerio de Isla de Maipo. Nunca voy a olvidar los desmayos de mis compañeras por el impacto. Pero, ahí hubo otro gesto del Cardenal; el 15 de septiembre de 1979, decidió hacer una misa en la Catedral de Santiago.

Llegaron unas siete u ocho mil personas. El Cardenal dio a la misa rango de Te Deum, porque pensó que esos campesinos, que habían sido no solamente asesinados de la forma más brutal, sino que después fueron lanzados a una fosa, merecían un reconocimiento del pueblo chileno como debía ser.

Después me volví a encontrar con el Cardenal. Ya me reconocía y era más cariñoso. Ahí uno se daba cuenta de que detrás de su forma de ser se escondía un corazón muy generoso, de mucho compromiso y que a él nunca le importó si las víctimas eran creyentes o no, comunistas o no, eran todos seres humanos que tenían todo el derecho a ser respetados en su dignidad.

Cuando el Cardenal se enfermó, fuimos a verlo. No pudimos entrar, pero le expresamos toda nuestra gratitud y ganas de que siguiera viviendo.

Luego, lo acompañamos en su funeral grandioso, donde todo el pueblo le gritaba: “¡Raúl, amigo, el pueblo está contigo!”. Él fue un hombre que se ganó el cariño de todos los chilenos y que fue tan incomprendido por los militares, muchas veces no respetado como debió haber sido, pero lo más importante es que murió sabiendo que era querido por su pueblo y que todos reconocían la inmensa labor que hizo en muchos ámbitos de la vida nacional.

Si bien es cierto el Cardenal no está físicamente, sigue estando en todas partes y siempre va a estar. Fue un hombre que se adelantó a los tiempos.

Para la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, la Vicaría fue una experiencia increíble, porque aprendimos mucho de la Iglesia, y ellos también, yo creo, aprendieron mucho de nosotros.

“Hay que hacer algo...”

TESTIMONIO

Iván Radovic Pacheco

Director Ejecutivo
Fundación OCAC

Una calurosa tarde de octubre de 1974, mi familia me informó que el Arzobispo de Santiago me esperaba a cenar. Era la primera vez que conversaba con él. Me lo imaginaba serio y formal. Fue todo lo contrario: cariñoso, afable, le gustaba hacer sentir bien a sus invitados. Estuvo muy preocupado por mí porque llegué muy tarde a la cena, a los postres. Se pueden imaginar mi nerviosismo... Me atraganté un par de veces y hasta el buen vino que tomé me produjo alergia.

Se habló de todo y obviamente de la situación social y política. Antes del postre, me miró y me dijo: “Hijo, a los campesinos que recibieron tierras de la reforma agraria, se las están quitando. A otros, los están tentando para que las vendan por un auto y hasta por un televisor. Y éste es sólo el comienzo. Esto se agravará. Además, los bancos no les prestan plata para cultivar y criar su ganado porque no tienen garantías para respaldar los créditos. Hay que hacer algo”.

Era su frase típica, la que le escuché muchas veces, durante los 25 años que lo acompañé: “hay que hacer algo”.

Y siguió, “sería una pena que esta conquista de los campesinos se perdiera. Tenemos que conseguir dinero para apoyarlos en estos momentos difíciles. Te encargo que me acompañes a hacer algo para ayudarlos. Yo me comprometo a buscar el capital inicial para partir”.

Y así fue. Antes de 20 días de que me encomendara esta misión, estaba creada la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina (OCAC). Era el Primero de noviembre de 1974, día de Todos los Santos.

Pero, una cosa era la creación de este servicio y otra su implementación y puesta en marcha.

Don Raúl siempre estuvo cerca y atento a esta iniciativa que ya cumplió 33 años: me llamaba siempre para preguntarme cómo andaba el programa; se puso de inmediato a disposición para recorrer el mundo buscando más recursos. No recuerdo en los 25 años de trabajo junto a él que no nos haya acompañado ni una sola vez, cuando se lo pedíamos, a visitar a los comités campesinos, sus programas, sus campos; que no recibiera y escuchara a las organizaciones y a sus dirigentes; que no interpusiera sus buenos oficios para evitar el remate de sus propiedades, cuando había deudas e interceder por ellos, buscando una renegociación con los bancos. Tengo cartas tuyas dirigidas a los bancos acreedores donde les representaba su honda preocupación por el difícil momento por el que pasaban los campesinos. En una de ellas dice: “Cómo dejar a tal cantidad de gente sin tener en dónde y cómo vivir. Creo que es necesario hacer lo posible por llegar a un acuerdo con ellos”. Termina su carta diciendo: “Dejo a su buen corazón, mi buen amigo, el estudiar las posibilidades de ayudar a estos hermanos” (Febrero, 4 de 1984). Podría citar tantas otras cartas y episodios...

De mis 25 años de trabajo y cercanía con él puedo decir que tenía un corazón de carne; sentía profundamente todo el dolor, particularmente el de los pobres. Este corazón era el mismo con que amaba a Jesucristo y a su Madre, en quienes se apoyaba para servirlos. Confió siempre en los laicos, a pesar de que algunos de ellos no le fueron leales, se aprovecharon de su confianza y desvirtuaron el espíritu de sus obras. Pensaba sin embargo que el riesgo valía la pena. Lo decía a menudo: sin laicos no hay Iglesia.

No solo confió, sino que nos acompañó muy de cerca en los momentos difíciles. Nunca nos dejó solos. Fue co-solidario siempre. Era un pastor.

Hoy la OCAC que creó hace más de 33 años y que nació en Santiago, puede mostrar con orgullo que está presente de Arica a Castro; que ha apoyado con entereza la sobrevivencia del movimiento sindical campesi-

Era su frase típica, la que le escuché muchas veces, durante los 25 años que lo acompañé: “hay que hacer algo”.

no; que ha logrado que varios cientos de campesinos no vendieran sus tierras; que ha apoyado en este largo período a más de 2.140.000 personas del campo y que sigue esforzándose porque los campesinos conserven esas tierras, vivan en ellas, no emigren a las ciudades, crezcan como familias y sean felices.

Don Raúl querido: no te voy a decir tarea cumplida. Prefiero decirte como te gustaría más: estamos en la pelea, quizás menos cruenta pero, tan ardua como la de aquellos tiempos; seguimos luchando tranquilos, porque sabemos que tú nos acompañas.

ÍNDICE

Cita de documento de los obispos de Chile “En camino al Bicentenario”	pg. 5
“Mi Sueño de Chile” / Cardenal Raúl Silva Henríquez	pg. 6
Presentación	
Lecciones de un Sueño / Abraham Santibáñez	pg. 8
“Testigo y actor” / Sol Serrano Pérez	pg. 10
Capítulo I: El Amor	
<hr/>	
“Quiero un país donde se pueda vivir el amor” / Eliana Rozas Ortúzar	pg. 15
Entrevistas:	
“Hay que abrir espacios de gratuidad al interior de la familia” / Benito Baranda Ferrán	pg. 44
“Dar las gracias por haber encendido una esperanza en esos años tan difíciles” / Carolina Tohá Morales	pg. 46
“Un joven cesante es parte de nuestra Patria que se muere” / Diego Olivares Aravena	pg. 48
“El problema más profundo y difícil es la soledad, el abandono de su familia, su tierra” / Monseñor Enrique Troncoso Troncoso	pg. 50
Capítulo II: La Dignidad	
<hr/>	
“Quiero un país donde todos vivan con dignidad” / Sergio Molina Silva	pg. 53
Entrevistas:	
“Siempre fue una persona preocupada de romper las desigualdades” / Guillermo Blanco Martínez	pg. 74

- “Hay que hacer un reconocimiento de las personas que conformamos este país” / Carolina Huenchullán Arrué pg. 76
- “Un país que ofrezca oportunidad de crecimiento y desarrollo a todos” / Esperanza Cueto Plaza pg. 78
- “Me gustaría un Chile donde se reconozca que el trabajo es más importante que el capital y se valore la dignidad” / Juan Somavía pg. 80
- “Falta que los actores sociales hagan su papel” / David Bravo Urrutia pg. 82

Capítulo III: La Solidaridad

- “Quiero un país donde reine la solidaridad” / Pedro Morandé Court pg. 87

Entrevistas:

- “El tema más exigente, más demandante y más urgente es la desigualdad escandalosa” / Enrique Palet Claramunt pg. 110
- “Chile está al debe con la gente” / Lily Pérez San Martín pg. 112
- “El recuerdo de un hombre que se jugó, que fue valiente” / Javier Luis Egaña Baraona pg. 114
- “Es importante sentirse parte de un proyecto, de una visión de Chile” / José Antonio Viera-Gallo Quesney pg. 116
- “Hay un trozo deshumanizado de nuestra historia que se esconde” / Daniela Sánchez Sturmer pg. 118
- “Creo que no puede haber colegio ni liceo que no tenga cursos sobre el tema de los derechos humanos” / Miguel Luis Amunátegui Mönckeberg pg. 120
- “La figura del cardenal fue una figura universal” / Gilberto Bonalumi pg. 122

Capítulo IV: La mirada al Señor

“Quiero un país que vuelva
su mirada hacia el Señor” / Monseñor Ricardo Ezzati Andrello pg. 125

Entrevistas:

“Los evangelizadores tenemos la tarea
de anunciar a Dios en la historia” / Sor María Rosario Alonso Niño pg. 138

“Siempre buscó la forma
de ser consecuente con ese Sueño” / Reinaldo Sapag Chain pg. 140

“He tratado, como cristiano, de entender
que el servicio público es una vocación” / Pedro Sabat Pietracaprina pg. 142

Epílogo

Hacia el Bicentenario: La urgencia del amor
Monseñor Cristián Precht Bañados pg. 144

Entrevistas:

“Hemos aprendido que es necesario saber convivir
más allá de nuestras diferencias” / Walter Sánchez González pg. 150

“Creo que al Cardenal le agradarían ciertas novedades
y ciertas revoluciones que estamos viviendo” / Claudia Bobadilla Ferrer pg. 152

“Es un Sueño que está inserto en la sociedad chilena” / Ernesto Ottone Fernández pg. 154

“El Cardenal habla de la Patria, del amor a la Patria
porque él es profundamente chileno” / Cecilia García-Huidobro Moroder pg. 156

“Un legado que trasciende de lejos
la coyuntura en la cual le tocó vivir” / Sergio Torres Pinto pg. 158

Testimonios:

- “Tú eres parte de nuestras vidas” / Claudio di Girolamo Carlini pg. 160
- “Un corazón generoso, de mucho compromiso” / Viviana Díaz Caro pg. 162
- “Hay que hacer algo...” / Iván Radovic Pacheco pg. 168

Coordinación general y responsabilidad editorial: Nello Gargiulo
Director Ejecutivo de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez

Director Editorial: Abraham Santibáñez
Periodistas: Paula Mobarec, Camila Pistacchio

Concepto y Diseño: Francesco di Girolamo e Irene Pardow
Ilustraciones portadillas: Claudio di Girolamo

Consejo Editorial: Cecilia García-Huidobro, Daniela Sánchez,
Javier Luis Egaña, R.P. Leonardo Santibáñez SDB,
Ernesto Corona Bozzo, Sergio Fernández Aguayo.

Fotografía: Los editores agradecen encarecidamente el aporte anónimo de
todos los autores cuyas imágenes ilustran el presente trabajo

Esta obra es una coedición entre Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez
- Ediciones de la Universidad Católica Silva Henríquez
y la Editorial Don Bosco EDEBE

Registro de Propiedad intelectual N° 170.164
ISBN: 978-956-18-0785-3

Esta primera edición se realizó con el auspicio del Banco del Desarrollo,
la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez
y la Ley de Donaciones Culturales, con el patrocinio
de la Corporación Patrimonio Cultural de Chile.

Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez



ucsh

UNIVERSIDAD CATOLICA
SILVA HENRIQUEZ

